


Consejo
Nacional de
la Cultura y
las Artes

Fondo Nacional de
Desarrollo Cultural
y las Artes
FONDOF REGIONAL

Gobierno de Chile

MEMORIAS DE LA CUECA CENTRINA

❖

POR LA GÜEYA DEL MATADERO

❖



POR LA GÜEYA DEL MATADERO

MEMORIAS DE LA CUECA CENTRINA

Luis Castro · Karen Donoso · Araucaria Rojas
Los Chinganeros

» ❖ «

POR LA GÜEYA DEL MATADERO

MEMORIAS DE LA CUECA CENTRINA

» ❖ «

Primera edición, junio 2011.

POR LA GÜEYA DEL MATADERO. MEMORIAS DE LA CUECA CENTRINA
por Luis Castro González, Karen Donoso Fritz, Araucaria Rojas Sotoconil se encuentra
bajo una Licencia *Creative Commons*: Atribución–NoComercial–SinDerivadas 3.0 Chile.

© Autoedición. Santiago de Chile, 2011.

Tipografía, diseño y estilo:
Toro, diseño cooperativo.
Flora Argemí, Conrado Muñoz, Javier Quintana.

Fotografías:
Págs. 14 y 28, Biblioteca Nacional de Chile.
Portada y págs. 46, 71 a 75, 86, 94 y 95, 116, 126 y 127, archivo personal Luis Castro González.
Págs. 146 y 147, Esteban Galindo.

Impresión y encuadernación:
Versión, producciones gráficas.

ISBN 978-956-345-416-1

Obra financiada con el aporte del Consejo Nacional de la Cultura y las Artes.

Impreso en Chile.



{ a }

*A Don Fernando González Marabolí,
inmenso matarife, portentoso erudito.
Éstas líneas vayan en su honor y gloria.*

*A todos los cuadrinos que a pata pelá,
dieron vida al Matadero:
miliqueros, huachos, tripaleros, guateros, pateros,
sangreros, malcorneros y maestros de cuadrilla.*

*A los rotos de pata ancha
y a los cantores de la güeya antigua.*

A los entrañables recovecos del Barrio Franklin.

AGRADECIMIENTOS

Agradecemos a todos quienes crearon este libro con su testimonio: Mario, Sergio y Flor González Marabolí, Luis Tobar, Carlos Navarro “El Pollito” y Doña Inés, Luis y Patricia Téllez, Leonor y Carmen Jaime.

También al Archivo de Literatura Oral y Tradiciones Populares de la Biblioteca Nacional de Chile, al Centro Cultural de España y al Archivo de Música Popular de la Universidad Católica por apoyar este trabajo cuando era sólo un deseo.

Al Club Social y Deportivo Comercio Atlético por cobijar las primeras luces de estas obras, al Mercado Matadero por acogernos en esta búsqueda y a la bella casa Huemul, por ser refugio de nuestras reflexiones, ensayos y pichangas.

Al Consejo Nacional de la Cultura y las Artes y Fondart Región Metropolitana por financiar esta iniciativa.

A la tradición, por darle sentido a este canto y escritura.

* * *

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	— 14	— EL HABLA DE LOS VERSOS ESTÁ VIVA Memorias de la cueca centrina
CAPÍTULO I	— 28	— SANTIAGO, ANTIGUA CIUDAD DE LOS CUCHILLOS Discursos sobre el barrio Matadero Franklin
CAPÍTULO II	— 46	— A PATA PELÁ Y CON LEVA Memorias de los matarifes, faena y organización
CAPÍTULO III	— 86	— QUE SE CIERRE ESTE SALÓN, QUE SON DUEÑOS LOS CUADRINOS Sociabilidad popular en el barrio Matadero
CAPÍTULO IV	— 116	— SON LOS TONOS BRILLANTES, DE LA CHILENA Cueca centrina y Los Chinganeros



INTRODUCCIÓN

EL HABLA DE LOS VERSOS ESTÁ VIVA

Memorias de la cueca centrina

DESDE LA ÚLTIMA DÉCADA DEL SIGLO XIX la visualización de *lo popular* como patrimonio atendible desde la academia, produjo una serie de estudios y compilaciones de inmensurable valor¹. De diversa índole y perspectiva, ellos fueron extendiéndose temporalmente y cristalizándose en campos literarios, folclóricos e historiográficos. Posteriormente, Diego Muñoz, Pablo Garrido, Antonio Acevedo Hernández, fueron algunos de los nombres que tuvieron como misión reconocer y tipificar sus sujetos, costumbres, sonoridades y comidas más “genuinas” en lo que hoy nos parecen textos tan cabales como olvidados.

El *sujeto popular*, sería bifurcado en dos tipos identitarios basales: huaso y roto, supeditados ambos a los vaivenes políticos y sociales de toda la trama del siglo XX otorgándoles innumerables veces, nuevas fisonomías y atributos. A veces revolucionario, otras sumiso, el *roto* fue situado como parte de un pueblo transhumante y *patiperro* que poblaba móvilmente todos los intersticios del territorio. Enganchado o tratero, fue inspirador de múltiples crónicas, novelas y poesías². La historiografía, si bien le concede espacios previamente, es durante la década del ochenta del siglo XX, cuando prolifera la producción de investigaciones

¹ Ver por ejemplo Rodolfo Lenz, *Sobre la poesía popular impresa*, Eds. Centro Cultural de España, Santiago 2003. Ramón Laval, *Cuentos populares chilenos*, Ed. Nascimento, Santiago 1968. Julio Vicuña, *Romances populares y vulgares. Recogidos de la tradición oral chilena*, Ed. Biblioteca de escritores de Chile, Santiago 1912.

² Ver sólo a modo de ejemplo Roberto Hernández, *El roto chileno. Bosquejo histórico de actualidad*, Imp. San Rafael, Valparaíso 1929. Lautaro Yankas, *Rotos*, Ed. Zig-Zag,

IMAGEN: Fachada del Antiguo Matadero en Jorge Walton, *Album Vistas de Chile*, Imp. Barcelona, Santiago 1915.

Santiago 1945. Nicolás Palacios, *Raza Chilena Libro escrito por un chileno y para los chilenos*, Ed. Chilena, Santiago 1918. Nicomedes Guzmán comp., *Autorretrato de Chile*, Ed. Zig-Zag, Santiago 1957.

3

Si bien conocemos la proliferación del uso de archivos judiciales, las consideramos enunciativamente mediatizadas por las estructuras institucionales en las cuales se inscriben.

sobre lo popular siendo Gabriel Salazar y Maximiliano Salinas –entre otros– quienes afianzan dicho campo de estudios. Comienzan a distinguirse populares desmarcados del proletario politizado o confinado territorialmente, esbozándose un relato que concentra sus inquietudes en el *peón-gañán* en sus múltiples facetas. Esta nueva zona investigativa, será para los años noventa mucho más inquietante y diversa: las prácticas culturales, el disciplinamiento y la criminalidad se erigrán como ramificaciones ciertamente tributarias de las explotaciones anteriores. No obstante, observamos que los documentos utilizados para levantar estas últimas, no han surgido necesariamente desde regímenes discursivos populares³. Si bien no adscribimos a la escisión rotunda entre un patrimonio popular y uno de elite, sí observamos lineamientos distintos en el sentido de su contenido y la ubicación social de sus enunciantes.

El texto que hemos construido se ha confeccionado a partir de dos premisas medulares: por un lado, articularlo por medio de fuentes mantenidas en el tráfico de una tradición oral y popular. Así, las cuecas componen el lazo que contiene toda la extensión de esta investigación, posicionándose como fuentes pletóricas de una realidad que a continuación desciframos. Por otro lado, los testimonios, indicios y huellas que hemos visitado quisimos estimarlos únicamente como prácticas sociales, sin ejercer sobre ellas un juicio moral o criminalizante. Los duelos a cuchillos, las *casas de niñas* y las faenas que remembramos, no las hemos asumido o descodificado como delitos y muy lejos de ello, las atisbamos sencillamente modos de habitar.

Nos internamos en el barrio Franklin y sus intersticios; abrimos la puerta del viejo Matadero; entramos y distinguimos el tráfico de los gloriosos cuadrinos. Observamos su faena, su organización para, al final de la jornada, hacer una *pichanga* y recorrer sus salones. Oímos de cerca sus cantos, los aprehendemos, se vuelven audibles.

Güeya

La voz *güeya* fue acuñada por Fernando González Marabolí, como forma de plasmar fielmente la sonoridad de cierto hablar popular. Su significado primordial proviene –como es evidente– de huella, vinculado esta vez con un patrimonio germinado y puesto en circulación a modo de *enunciado colectivo*. *Entrar en la huella, salir al camino*, oficiarse en *trabajos grandes*, ser *niño de la familia* son sinónimos de faenas y formas de sociabilidad que habría asumido el roto, en sus múltiples aconteceres. Todas ellas hacen referencia a un modo de vivir riguroso, colmado de códigos propios que se actualizan en un trazado-huella que se emprende, comparte y hereda:

*Conozco de sur a norte
Del mar a la cordillera
Y el roto que nació libre
Tiene una sola bandera⁴*

Se le ha relacionado como gesto que comporta peligrosidad, siendo el trayecto del *ajuerino* y con ello, del roto-bandido⁵. Se le visualiza siempre con el *ferro que mata* y el puñal siempre ávido:

*Me gusta el ferro que mata
Tengo pacto con el diablo
Zapateo en cualquier fonda
al son que me tocan bailo*

4

Samuel Claro, et. ál., *Chilena o cueca tradicional. Con las enseñanzas de Don Fernando González Marabolí*, Ed. FUC, Santiago 1994, p. 364, n° 566.

5

Ver Manuel Guerrero y Carlos Miranda, *La huella del bandolero*, Ed. Letras chilenas, Santiago 1960. Antonio Acevedo Hernández, *Retablo Pintoresco de Chile*, Ed. Zig-Zag, Santiago 1952.

6
Samuel Claro, Op. cit.,
p. 370, n° 590.

7
Ibidem, p. 387, n° 676.

Con el diablo en el cuerpo

Me dijo un pillo

Confía hasta la muerte

En el cuchillo

En el cuchillo, sí

La corcoveo

Y en la punta 'e los pie

La zapateo

Yo la canto y la bailo

Soy roto diablo⁶

Asumimos este aspecto mas no la circunscribimos a él, en tanto la afirmamos portadora de relatos que nos dicen prácticas, indumentarias y espacios propios, desprovistos de análisis moralizantes. Con más precisión, alude a sujetos briosos, impasibles y discretos que fundan un *locus* preeminentemente libertario. Ello se inscribe en los versos que trasuntan un quiebre entre el sometimiento y la emancipación de la vida de la güeya:

Yo fui azota'o de chico

Pero eso ya se acabó

Cuando me encarné en la güeya

Dejé de ser pan de Dio.⁷

Camino móvil, rotos deslizados entre él, creando incesantemente las líneas que lo hagan fugarse del trabajo, de la ley. Rotos traficando sus fatalidades y

remoliendas en la güeya antigua de tiempos imprecisos, que otros glosaron sin plasmar autoría. Nos queda su presencia en los versos de la “cueca centrina”, que hoy recogemos para esbozar una definición cantada, atiborrada de sentido y actualidad. Ella, “vigorosa y refinada” habla de la “cultura oral”⁸, se empalma con la güeya del ajuerino, canalino, caminero y cuadrino. Sus memorias más fieles allí se despliegan, puliéndose con el paso del tiempo, con los pasos de los mismos rotos que la portan, tañen y palmean como su más grande estandarte. Las memorias de los *gallos*⁹, de todo guapo, cantor y habiloso.

Cueca centrina

En los estudios del origen y la historia de la cueca chilena, se ha dado cuenta de su permanente habitar en espacios populares urbanos. Rodolfo Lenz apuntó hacia 1895 que las cuecas y tonadas eran “verdaderamente populares” y que por esta razón

«rara vez se apuntan i menos se imprimen. Andan por millares de boca en boca, en estrofas aisladas i menos a menudo en composiciones enteras; se varían i se improvisan siempre de nuevo. Cada chileno sabe de memoria unas cuantas estrofas al menos, i entre media docena de mujeres del pueblo casi siempre hai alguna que sepa cantar algunas cuecas i tonadas, acompañándose con algunos acordes de la guitarra»¹⁰.

Más tardíamente, el dramaturgo, periodista y escritor Antonio Acevedo Hernández indica respecto del roto: «la cueca es su más legítimo patrimonio y la manifestación del arte que mejor lo interpreta»¹¹. En tanto que Pablo

8
Fernando González Marabolí,
Manuscritos inéditos.

9
Samuel Claro, Op. cit.,
pp. 165-166.

10
Rodolfo Lenz, Op. cit., p. 26.

11
Antonio Acevedo Hernández,
La cueca: orígenes, historia y antología, Ed. Nascimento,
Santiago 1953, p. 64.

12

Pablo Garrido, *Historial de la Cueca*, Editorial Universidad Católica de Valparaíso 1979, p. 197.

13

Benjamín Vicuña Mackenna, “La zamacueca y la zanguaraña”, en *El Mercurio de Valparaíso*, 1 de agosto de 1882.

14

José Zapiola, *Recuerdos de treinta años*, Ed. Zig-Zag, Santiago 1974, p. 44.

15

Lonco Kilapán, *El origen araucano de la cueca*, Ed. Impresiones Universitarias, Santiago 1995.

16

Samuel Claro, Op. cit., p. 77.

Garrido, nos muestra la vivencia de la cueca entre las chinganas del siglo XIX, emergiendo de lo popular a ser “admirada por recato” por la burguesía desde 1850¹². Este mismo proceso es descrito por Rodrigo Torres, quien da cuenta del desplazamiento que experimenta la cueca, trasladándose desde el ambiente popular que encarna la chingana, hacia el teatro.

El origen de la cueca chilena por su parte, consta de muchos brazos analíticos. Se le ha afirmado de raíz africana¹³, limeña¹⁴ e incluso mapuche¹⁵. No es, sin embargo, hasta la cristalización de *Chilena o Cueca tradicional*, donde se esgrime una pormenorizada tesis sobre su origen arábico-andaluz. Este escrito, afirma el origen de la cueca y su zalagarda en la *zambra* mora, fiesta de los árabes que con su cultura de características “ilustradas y alegres” se habría trasladado hasta el viejo continente, dando vida así a una cultura singular. Este acervo habría arribado a América en manos de moriscos analfabetos y españoles de menor categoría, que no fueron considerados dignos de ser incorporados en una historia escrita de la “Conquista”. Ellos, con sus acopios de versos, formas de canto y desbordadas tradiciones, habrían marcado un perfil de los populares en este continente, manteniéndose en la rutilante penumbra de la oralidad.

¿Cómo comprender la intrincada teoría del autor, sin asirse necesariamente a un análisis lineal de la trayectoria de la cueca? Nos precisa al respecto:

«A Chile llegaron los andaluces trayendo la sal y el sol de Arabia en los labios. [...] Ante el asombro de la población de los caseríos indígenas va pasando la bulla y la algarabía de la eterna caravana y cada vez que hacen un aro en el camino, les quedan resonando las sonajas, campanillas y cascabeles con que acompañan el vocerío musical de sus cantos»¹⁶.

Lo que se describe, señala el encuentro entre dos regímenes discursivos disímiles que se confrontan y seducen, generando una fusión cultural tan enmarañada como sorprendente. El autor nos presenta una realidad inexplorada que contiene en sus recovecos narrativos, el lugar que ata inescapablemente las experiencias descritas en las cuecas –como crónicas de lo acontecido–, con la misma realidad de los cantores y cultores que actualizan la tradición constante y pluralmente. Una pieza, que habla desde la misma cueca como enunciante, dice de sí:

*Yo soy de abolengo moro
Tengo un nombre que es postizo
Y mi corazón es moreno
Como el de cualquier mestizo*

*La solaza de Arabia
La ardiente arena
Son el padre y la madre
De la chilena*

*De la chilena, si
Dile y re dile
Que nació en el desierto
La flor de Chile*

*Y es la tabla divina
La de Medina.¹⁷*

17

Samuel Claro, Op. cit., pp. 193, N° 947.

18
Fernando González Marabolí,
“Historiología de la Cueca”,
contraportada disco
Los Centrinos *Las buenas
cuecas centrinas*, LP
Emi-Odeón, Santiago 1971.

19
Samuel Claro, Op. cit., p. 143.

Esta herencia, se hace presente de diferentes maneras según su contexto, siempre con movilidad y ostensibles diferencias. Nuestro estudioso afirma categóricamente:

«La cueca en sí es Centrina, por cuanto aventureros andaluces impregnados con la cultura árabe durante la invasión a España, se establecieron en las zonas del Aconcagua, Valparaíso y Santiago todo ello corresponde a la herencia mora, puesto que se encuentra hasta en las viejas escrituras egipcias. [...] Y como el cantar del beduino que habita en el desierto, andaba en boca del pueblo andaluz la copla, la seguidilla; por ende, el canto de la cueca brilla con el oro y la pompa oriental de la antigua Arabia.»¹⁸

Desde esta declaración tan amplia como taxativa, es que se funda el corazón investigativo del texto que a continuación desplegamos. Se consigna la preeminencia de un influjo cultural que elabora y estatuye sus elementos en determinados territorios, estableciéndose un ejercicio oscilante de depuración y mixtura. Dicho traspaso, dice relación con el arraigo de un patrimonio que se vuelve propio por medio de la permanencia en ciertos espacios durante extensos marcos epocales. En este caso, se atisba una familiaridad indiscutible entre la cueca más “prístina” y lo que conocemos hoy como chilena o cueca tradicional. El proceso de asimilación y apropiación de esta tradición, pretende ser develado en uno de los lugares donde ella se manifestó con profusión y distinción.

Seguidamente nos cuestionamos ¿Qué aspecto de la cueca centrina se aloja en el Matadero? Como anuncia González, las crónicas que el roto volcó con total honestidad en esta cueca, hizo que fuera relegada a un espacio social de clandestinidad primigenia y culminante¹⁹. Ser hija de de los moros marginales, hablar de tabernas y cárceles, la fueron perfilando como *canto territorial* restringida a sus espacios de enunciación. El Matadero de Santiago –como otros

espacios periféricos– favoreció el desarrollo del estilo de canto y la sociabilidad que ella implicaba, ya no materializándose como la zambra mora ni como canto morisco “puro”, sino constituyéndose como su forma revitalizada. Su re narración se produjo en un ambiente laboral cincelado por las mismas exigencias que la faena imponía: sonidos del astil, rumor de las cuadrillas, estertores de los novillos. Al remitirnos y con ello, refrendar la definición de la cueca como “centrina”, si bien damos cuenta de una forma musical, también lo hacemos de una forma poética, de canto y aún más, de vida. Nuestra pretensión es dar un testimonio fiel de las narrativas populares y orales que bullen contorneando los espacios del Barrio Matadero Franklin, desde donde es posible asir las fibras que González Marabolí manifiesta. Emplazamos nuestros decires, siempre desde una perspectiva que rehuye la linealidad analítica y nos concentramos en lo que las mismas memorias populares expresan, descubren y vislumbran.

De igual modo, quisiéramos plantear algunas digresiones respecto del “resurgir de la cueca urbana”, por medio de lo que hoy llamamos genéricamente “Cueca Brava”. Desde hace algunos años, ésta se ha posicionado como discurso “verdadero” y monolítico al tratarse el cultivo y expansión de la cueca en la ciudad. Reconocemos el valor de quien concita en torno a su figura la eferescencia y constancia de este movimiento, mas la reiteración de esta nomenclatura como homologación de *todas las cuecas* suscitadas en los barrios populares, nos parece reductiva, pequeña, simplificadora²⁰. De esta manera, se ha vuelto hegemónico un relato popular que –cavilamos– jamás pretendió serlo, relegándose en esta construcción la posibilidad de narrar las *otras* interpretaciones que existen sobre ella y su pervivencia en los “barrios bulliciosos de Santiago y Valparaíso”²¹. Nuestro interés no será erigir un nuevo estereotipo que pretenda decir lo inmóvilmente “cierto” respecto de la cueca y sus formas de actualizarse en la ciudad. Abogamos así, por reivindicar la cueca centrina en tanto memoria, cosmología y exégesis de

20
El texto más célebre de esta construcción es de Pablo Padilla y Daniel Muñoz, *Cueca Brava. La fiesta sin fin del roto chileno*. Ril editores, Santiago 2008.

21
Recurrentemente Don Fernando González Marabolí nombra de este modo a lo que llamamos “periferias urbanas”. En Fernando González Marabolí, *Manuscritos inéditos*.

22

Nos referimos a la falsa controversia que se ha impuesto entre dos discursos que no se topan, como son el de Hernán Núñez y Fernando González Marabolí.

23

Es interesante considerar las observaciones de Alessandro Portelli quien indica que la memoria tiene su *propia historia*, en “Las peculiaridades de la historia oral”, *History Workshop*, n° 12, otoño 1981. Ver Peter Burke, *Formas de historia cultural*, Alianza Editorial, Madrid 2000, p. 69. Para el caso de Chile Mario Garcés y Sebastián Leiva, *El golpe en la Legua. Los caminos de la historia y la memoria*, Ed. LOM, Santiago 2005, p. 16.

24

Jacques Le Goff, *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario*, Ed. Paidós, Barcelona 1991, pp. 181-183.

25

Michel De Certeau, *La invención de lo cotidiano. Artes de hacer*, Ed. Universidad Iberoamericana, México DF 2000, p. 97.

26

Paul Ricoeur, *La memoria, la historia, el olvido*, Ed. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires 2010, p. 191.

las recopilaciones realizadas por Don Fernando, sin confrontarla forzosamente con discursos que hacen referencia a la creación o rúbrica de cuecas de autor y no a una teoría histórica y política de la cueca²².

Memorias

Muchas producciones historiográficas han cogido –ya desde hace mucho– la memoria como *corpus* substancial para bosquejar sus interpretaciones²³. Este gesto ha comportado una revaloración sistemática de un pretérito que es dicho y actualizado en esa sola enunciación, ampliando o contradiciendo las más de las veces el panorama que la historia escrita presentaba. La que se rescata en la extensión de este escrito, devela la unicidad del recuerdo que nos es reportado, estando siempre agudizado y alterado en el sentir del presente.

No adscribimos al carácter teleológico y totalizante de “memoria colectiva”²⁴ y la concebimos no obstante, entramada por capas, segmentos, recortes²⁵, que asimilan o subvierten el sentido de otros relatos que le enfrentan o anteceden. Los testimonios recogidos están atravesados por la textualidad de las cuecas, disponiéndose algunas veces, en niveles de relatos que se superponen y en otros, encuentran. Es el caso de la materialidad del espacio, que cruza todos los aspectos de este escrito: pabellones, callejones, el cuerpo mismo de los animales y de los matarifes, evocan un recuerdo en particular que culmina por influir poderosamente en el discurso-memoria que remembran²⁶. Matarife en el Matadero, matarife en una picá, matarife del pabellón de chanchos, cincelan los múltiples nudos identitarios que los constituyen presentes tanto en testimonios como en las cuecas.

Nos servimos del término *tradicción*, no desde una perspectiva conservadora²⁷ o como espejo de la dominación “de una clase específica”²⁸, sino como

actualización de un repertorio que por medio del canto y re escritura, se presenta atiborrándolo de sentido actual. Recurrimos por ello a la significación que tiene para este texto en particular la noción de güeya que explicitamos previamente, como tráfico de una oralidad que insiste y para este caso, también se vocifera. Su localización antípoda respecto de la reproducción de valores “conservadores”, se refrenda en la misma construcción y tráfico de estas memorias. Los vasos comunicantes por los que se desplaza, son espacios de trabajo (o sus fórmulas para esquivarlo) y las sociabilidades populares específicas que se suscitan entre ellos. Se concibe en un habla que discurre, voz de su devenir andariego que despunta en la realidad que los atañe.

Como observaremos, no se describen necesariamente como contribución a la “liberación”²⁹ en tanto anhelo finalista y tampoco la situamos forzosamente como esencialmente “subversiva”³⁰. La originalidad que presentan las memorias, se alojan en el sentido de su discurso acentuado en la forma en que éste se colectiviza, siendo ciertamente señalizada desde el territorio y adoptado entre sí, como *deseo* circulante.

Específicamente, el capítulo 1, «Santiago, antigua ciudad de los cuchillos» se ha montado a partir de la recolección de documentos “oficiales”, de legitimidad académica y política. Ellos, siempre escritos y en el mayor de los casos sostenidos por instituciones, funcionan encadenadamente, dando cuenta de una perspectiva absolutamente negativa del barrio. La reiteración en estos documentos se hace presente en cada uno de ellos, sin necesidad de escudriñarlos con demasiada agudeza: Matadero, muerte, borrón ciudadano, delitos por doquier. Rondamos desde esta primera vía al barrio Matadero.

En el capítulo 11, «A pata pelá y con leva», nos adentramos hacia el interior del Matadero, describiendo y escrutando las labores más *micro* desarrolladas por sus trabajadores. Con ello, damos cuenta de su organización primaria en

27

Al respecto ver la diferenciación entre tradición y costumbre en Edward Palmer Thompson, *Costumbres en Común*, Ed. Crítica, Barcelona 1991, p. 19.

28

Raymond Williams, *Marxismo y Literatura*, Ed. Las Cuarenta, Buenos Aires 2009, pp. 158-159.

29

Visión presentada en Nestor García Canclini, *Arte Popular y sociedad en América Latina*, Ed. Grijalbo, México DF 1977, pp. 74-75.

30

En referencia a relatos folklóricos y populares ver James Scott, *Los dominados y el arte de la resistencia. Discursos ocultos*, Eds. Era, México DF 2004, p. 192.

31
Samuel Claro, Op. cit., p. 141.

cuadrillas y de sus lazos sindicales. Recogemos los decires de los propios individuos que se desempeñaron como matarifes, observándose desde este momento un giro en el desarrollo posterior del libro, adentrado llanamente en las memorias. Testimonios y cuecas acá se encuentran, cruzan y vigorizan, descubriéndose visiones que corren por un carril alternativo a los explicitados en el primer capítulo.

Por su parte, el capítulo III «*Que se cierre este salón, que son dueños los cuadrinos*» hace referencia con más fidelidad y detalle, a las modalidades de sociabilidad asumidas por los trabajadores del Matadero y a la vida que discurre en el mismo barrio. Revisamos algunos aspectos de lo que ha sido comprendido como *sociabilidad popular*, para consignar con pormenorización el caso del esparcimiento y jarana del Matadero en el siglo XX. Aquí, el contrapunto entre contenidos historiográficos y el sentido que aportan las cuecas y los testimonios, es palmario.

El capítulo IV «*Son los tonos brillantes, de la chilena*» tiene por objeto introducir, esta vez desde una perspectiva musical el disco mismo y la cueca centrina en tanto cuerpo sonoro. Se revisan las eventuales particularidades que presenta la cueca albergada en el Matadero, haciendo alusión a los cantores y sus especificidades estilísticas instrumentales. Desde lo estudiado por Fernando González Marabolí, se indica el repertorio que se cantaba en el Matadero y el que, a modo de crónica, hace referencia a él.

En último lugar, se dispone el disco «*Por la Güeya del Matadero. Memorias de la Cueca Centrina*», momento en que culmina de modo vivo y audible todo el proceso investigativo. Se presentan las cuecas ya no como opacos documentos, sino como un “habla viva de los versos”³¹ exhibidas aquí, sin necesidad de mediación. Ellas hablan y vocean por sí solas, a través de minuciosas recopilaciones de letras y melodías que interpretan magníficamente sus propios herederos: *Los Chinganeros* del Matadero.

No está de más explicitar el lugar desde el que nos hicimos la pregunta inicial: ¿Qué memorias guardan esta geografía urbana? ¿Qué se ha dicho sobre el Matadero, sus obreros y el barrio en que habitan? ¿Dónde y desde qué perspectivas han sido nombrados? y aún más: ¿Han sido alguna vez narrados? Nos encontramos con inmensas lagunas documentales, ausencias que fueron colmadas con las voces de nuestros entrevistados y los versos de las cuecas que compendiamos. Pensamos en este escrito, como el deseo de plasmar memorias, sin pretensión de fundar nuevamente una historia monolítica del barrio que visitamos. Lo es tanto más, cuando nuestras fuentes operan como representaciones, discursos de lo acontecido y no como rígidas *facticidades*.

¡Tire, tire cochero, pa'l Matadero!



CAPÍTULO I

SANTIAGO, ANTIGUA CIUDAD DE LOS CUCHILLOS

Discursos sobre el barrio Matadero Franklin

A DIFERENCIA DE OTRAS PERIFERIAS URBANAS, el perímetro del Barrio Matadero Franklin no cuenta con una investigación que condense las crónicas, leyendas o historias que a su alrededor ha circulado¹. Los textos que lo invocan son generalmente fragmentarios, no habiendo sido incorporado aún en la esfera de historia escrita de la ciudad. Por un lado lo reconocemos como paradigma del Santiago bullente y trepidante, mas al mismo tiempo lo hemos relegado a una palmaria opacidad narrativa. Es por ello que las aproximaciones documentales a las que hemos recurrido han sido diversas: periódicos, estudios institucionales, académicos, reglamentos, estatutos, novelas, cuentos, poesías, etc. Cada uno contiene un acercamiento particular a este barrio, conduciéndonos a él por caminos distintos que relatan sus relieves y fisonomías. Sin ánimos de forzar vínculos entre ellos o de ensamblarlos en un mismo registro, hemos descubierto ciertos elementos reiterados a la hora de dibujar al Matadero Franklin y sus sitios colindantes.

Decidimos articular este capítulo sin la presencia de *nuestras cuecas*, con el objeto de graficar un contrapunto que se revelará más patentemente entre ellas

¹ Ver Carlos Lavín, *La chimba del viejo Santiago*, Ed. Zig-Zag, Santiago 1947. Justo Abel Rosales, *La Chimba antigua. La Cañadilla de Santiago (1541-1887)*, Ed. Difusión, Santiago 1948. Alfonso Calderón, *Memorial de Santiago*, Ed. RIL, Santiago 2005.

IMAGEN: Calle Alberto Romero, Población Huemul en *Caja de Crédito Hipotecario, Población Huemul: Inauguración del Sector de Beneficencia*, Imp. Barcelona, Santiago 1918.

² Benjamín Vicuña Mackenna, *Una peregrinación a través de las calles de la ciudad de Santiago*, Ed. Guillermo Miranda, Santiago 1902, p. 31.

y las fuentes que presentaremos a continuación. Con sorpresa consignamos que en éstas, se le confiere a la periferia del sector sur cierta pestilencia, criminalidad y miseria que –nos dicen– ineluctablemente “le pertenece”. Se les nombra parte constitutiva de la “ciudad de los cuchillos”², con sus briosos matanceros y sus profusos corvos.

Es por ello, que en este acápite más que reseñarle “históricamente”, procuramos esbozar los múltiples discursos que se han modulado en torno a nuestro barrio. Con consternación, consignamos que los textos referidos a la configuración de la ciudad de Santiago y sus periferias, continúa siendo acotado. Los escritos decimonónicos de Benjamín Vicuña Mackenna o Recaredo Tornero, se adicionan a los paridos con pretensiones historiográficas más nítidas como los de René León Echaíz y Guillermo Feliú Cruz. En las últimas décadas del xx, recogemos textos ya insoslayables, donde es posible hallar con agudeza estas temáticas: Armando de Ramón, Luis Alberto Romero y Vicente Espinoza vigorizan y refundan este devenir historiográfico. Contemporáneamente, nos servimos de artículos más recientes de los mismos autores, además de los de Patricio Gross y Mario Garcés, entre otros.

A todas luces, observamos que el mapa escriturario de Santiago no se halla monográfica, honda, ni microhistóricamente trazado. Muchos universos geográficos, no cuentan aún con historias que se hayan traspasado hacia un soporte narrativo. Este primer ejercicio ensaya el acercamiento hacia uno de los barrios que Santiago entraña y su memoria clama.

*

«UN VERDADERO POTRERO DE LA MUERTE»

Periferia, peligrosidad

Santiago decimonónico, escindido en ciudad deleitosa³ o ciudad de los cuchillos, nos ha sido relatado como dimensión poblada de rotos “desbordados”⁴ e “indisciplinados”⁵. Ambas imágenes, nos reportan elementos que parecen contrapuestos, no obstante, prorrumpen entre ellos la figura protagónica del sujeto popular, del ajuerino. Ellos, repletaron la ciudad de una forma de vida a la que forzosamente se le imbricó la noción de peligrosidad. Las fiestas, el alcohol, los juegos y sus imprevisibles maneras de relacionarse, se superpondrían a la diversidad de crímenes y permanentes riñas que entre ellos acontecían. Su nomadismo y desterritorio, los hacían inasibles, escurridizos y desde allí, amenazantes. Crónicas plurales, enuncian la “inherente” peligrosidad de estos sujetos, siendo tempranamente visualizados: «bien raras veces se les ve en épocas de tranquilidad, cuando permanecen en acecho en los barrios de Guangualí y la Chimba, pululan como lobos en las calles en la expectativa de saqueo cuando se ofrece alguna reyerta o revolución»⁶. Las más paradigmáticas áreas periféricas, cristalizan en sus recodos la “tendencia a la violencia” y “carácter agresivo”⁷ de estos arquetipos populares. La presencia invariable de un arma, los tornaba un cuerpo intimidante, fluctuante, latente. «Es común oír decir que el roto es cuchillero. Sí, pero cuchillero fino, como ajustado a un código de honor» y «es así como peleó todas las batallas»⁸. Otras recopilaciones de cronistas indican que sus reuniones «terminaban siempre en pendencias o en una lucha con puñal»⁹, repletando Santiago y sus afueras, de “rotos de alto caballo”, no más que cientos de “ladron[es] de mucha fama”¹⁰. En las orillas de la ciudad se actualizan, trajinan y retozan los enganchados, bandidos, “espinceadores”¹¹ y matanceros. Todos ellos, se emparentan por un mismo apero: el *corvo* que identifica, invariablemente, su “ser popular”.

³ Maximiliano Salinas, et. ál., *¡Vamos remoliendo mi alma! La vida festiva popular en Santiago de Chile 1870-1910*, Ed. LOM, Santiago 2007, p. 7.

⁴ Maximiliano Salinas, “Comida, música y humor. La desbordada vida popular”, en Rafael Sagredo comp., *Historia de la vida privada en Chile. El Chile moderno 1840-1925*, Ed. Taurus, Santiago 2008, pp. 85-117.

⁵ Gabriel Salazar y Julio Pinto, *Historia Contemporánea de Chile. Tomo 11. Actores, identidad, movimiento*, Ed. LOM, Santiago, p. 107. Misma idea ver en María Angélica Illanes, *Chile Des-centrado. Formación socio-cultural republicana y transición capitalista (1810-1910)*, Ed. LOM, Santiago 2003, pp. 93-101. Maximiliano Salinas, et. ál., *El que ríe último... Caricaturas y poesías en la prensa humorística chilena del siglo XIX*, Ed. Universitaria, Santiago 2001, pp. 265-268.

⁶ “Memorias de un oficial de marina inglés al servicio de Chile durante los años de 1821-1829”, en José Toribio Medina (traducción y prólogo), *Viajes Relativos a Chile. Tomo 11: 1817-1822*, Santiago 1962. El traductor

de estas crónicas le atribuye estas memorias al capitán Richard Longeville Vowell.

7

Alberto Cabero, *Chile y los chilenos*, Ed. Lyceum, Santiago 1948, pp. 116-118.

8

Oreste Plath, *Baraja de Chile*, Ed. Zig-Zag, Santiago 1946, pp. 37-44.

9

Guillermo Feliú Cruz, *Santiago a comienzos del siglo XIX*, Ed. Andrés Bello, Santiago 1970, p. 86.

10

Julio Vicuña, *COA: Jerga de los delincuentes chilenos. Estudio y vocabulario*, Imprenta Universitaria, Santiago 1910, p. 131.

11

Antonio Acevedo Hernández, *Croquis chilenos. Crónicas y relatos*, Ed. Zig Zag, Santiago 1931, p. 85-93

12

Gabriel Salazar, *Labradores, peones y proletarios. Formación y crisis de la sociedad popular chilena del siglo XIX*, Ed. LOM, Santiago 2000, pp. 118-123.

13

Armando De Ramón, *Santiago de Chile 1541-1991. Historia*

Según señala Gabriel Salazar, la difundida construcción de mataderos municipales a lo largo del país, fue en desmedro directo de mataderos campesinos que operaban como “empresas populares”. Es en esta nueva institucionalidad, donde los labradores serán excluidos de la fase más lucrativa del proceso de matanza para ser confinados a la mera reproducción del ganado¹². Así, la zona elegida para el caso de Santiago fue el sur, sector que antes de ser un barrio propiamente tal, ostentaba el signo de arrabal y “borde ciudadano”¹³. En sus proximidades, entre 1843 y 1847 Jacobo Vial dona dos de sus potreros y luego vende a la Municipalidad de Santiago dos cuadras de sus posesiones, para el levantamiento del Matadero Municipal¹⁴. Tres años después éste estaría funcionando en un polo de la capital: Placer, San Francisco, Valdivia (hoy Franklin) y Arturo Prat serían sólo la geografía nuclear donde acontece *nuestra historia*, eje de faenas y específicas sociabilidades¹⁵. La ubicación espacial que le es asignada, extendía su significación hacia aspectos morales que lo determinaban: ser margen de la ciudad, implicaba necesariamente situarse en el filo abismal de la luminosa civilidad. Con esto, nuevos asentamientos iniciarían el poblamiento del sur santiaguino, conformándose desde entonces y perpetuamente, como mancha urbana. Problemas de insalubridad, pobreza y delitos, lo volvieron un blanco de críticas que se plasmaron consecutivamente, por más de cien años. Los juicios emergieron desde todos los ámbitos, confiriéndole inicial y eternamente, el estatuto radical de “Potrero de la Muerte”¹⁶, “Conventillo”¹⁷ y “humano pobrerío”¹⁸. Jugaban un rol protagónico, las delimitaciones y confines que se le atribuían al barrio. Por un extremo, se trazaba el flujo pestilente del Zanjón de la Aguada que envolvía con su hedor e inopia a las precarias poblaciones. En la *Historia de Santiago* de René León Echaíz, aparece temprano como límite eminentemente rural donde, en el siglo XVIII, se cobraba la alcabala¹⁹. La Penitenciaría hacía lo suyo, situándose probablemente como destino final de

sus habitantes o en cualquier caso, última parada imaginaria del transeúnte. Durante el siglo XIX los conventillos y rancheríos recludos entre estos dos colosos fatales, volvían los alrededores del Matadero una mácula abominable que debía ser transformada, “remodelada”. Desde 1872 y a manos del intendente de entonces, Benjamín Vicuña Mackenna se realiza –además de un sustancial rediseño de toda la ciudad–, una intervención en este sur que nos atañe: la avenida de los Monos (segmento de Avenida Matta), Canal de San Miguel (Avenida Diez de Julio) y el Zanjón. Sobre esto nos revela: «Es una población nómada [...] causa de su inagotable atraso, de sus inmundicias inagotables y de su insalubridad física y moral»²⁰, sindicándolos ya como sujetos desarraigados, que no pertenecen –ni pertenecerán– al lugar en que residen. Estos arrabales que operaban como fuerzas antiprogresistas, debían erradicarse. Al respecto, Armando de Ramón, nos dice que luego de la “remodelación” «los rancheríos en verdad desaparecieron casi totalmente de este sector, aunque a orillas del Zanjón de la Aguada y alrededores proliferaron otras barriadas populares»²¹, observándose la renovación y concomitante persistencia del “problema” que –según sus espectadores– aquejaba a la ciudad²².

A las edificaciones emblemáticas enunciadas, se añadieron tres que para el mapa y la reconfiguración del perímetro en cuestión, fueron fundamentales. La instalación de la Fábrica Nacional de Vidrios, fundada en 1902²³, la inauguración de la Población Matadero –en Placer, entre Santa Rosa y San Isidro²⁴– y la Población Modelo de Huemul en 1911, reforzaron su apariencia de barrio obrero. La Población Huemul ocuparía el estatuto de “oasis”²⁵, persistiendo en el imaginario de los habitantes de cités o conventillos como “una utopía, un lugar hermoso”²⁶. Primera obra de edificación propulsada por la Caja de Crédito Hipotecario, pretendía incentivar el ahorro en los trabajadores de barrios próximos²⁷. Con una prolija construcción, un Teatro

de una sociedad urbana, Ed. Sudamericana, Santiago 2000, p. 143. Recaredo Santos Tornerio, *Chile Ilustrado*, Eds. El Mercurio, Santiago 1872, pp 6-8.

14

Emilio Eyquem, *Memoria de la inspección veterinaria del Matadero Municipal de Santiago*, 1929, Imp. Cisneros, Santiago 1930, p. 32.

15

Luis Alberto Romero, *Qué hacer con los pobres. Élite y sectores populares en Santiago de Chile, 1840-1895*, Ed. Sudamericana, Buenos Aires 1997, p. 20.

16

Citado en Luis Alberto Romero, “Urbanización y sectores populares. Santiago de Chile 1830-1875”, en *Revista EURE* n° 31, vol. XI, Santiago 1985, p. 59.

17

Ibidem, p. 27. También en Armando De Ramón, *Santiago de Chile...*, pp. 143-144.

18

María Angélica Illanes, *Cuerpo y sangre de la política. La construcción histórica de las visitadoras sociales (1887-1940)*, Ed. LOM, Santiago 2007, p. 11.

19

René León Echaíz, *Historia de Santiago*, Ed. I. Municipalidad de Santiago, Santiago 1975, p. 158.

20

Citado en Armando De Ramón, *Santiago de Chile 1850-1900. Límites urbanos y segregación espacial según estratos*. Revista paraguaya de sociología N° 42/43, Asunción 1978, p. 260.

21

Armando De Ramón, “Estudio de una periferia urbana, Santiago de Chile 1850-1900”, *Revista Historia N° 20*, PUC, Santiago 1985, p. 229 y 284.

22

Luis Alberto Romero, lo relata así: «Luego de arrasados muchos ranchos en las inmediaciones del Canal San Miguel y la avenida de los Monos, la reconstitución de la propiedad y su posterior división regular para la venta ayudaron al cambio de fisonomía de la zona. Así, aparecieron “poblaciones” más ordenadas, como la de Vicuña Mackenna sobre la calle Santa Rosa, o la de Valdés Ramírez en la calle Victoria entre San Diego y el Parque Cousiño». En *Qué hacer con...*, p. 36.

23

Fábrica Nacional de Vidrios S.A. *Datos ilustrativos referentes a la Sociedad Anónima Fábrica Nacional de Vidrios*, Imp. Gutemberg, Santiago 1904, p. 3.

24

“Vivienda”, en Armando De Ramón y Patricio Gross

i Sala de Conferencias, biblioteca, parroquia, centros de caridad y escuelas, pretendían la «transformación en la hábitos [sic] de vida y en las condiciones morales de las familias del pueblo»²⁸. Su instalación e implementación, marcó de alguna manera el devenir de “los hogares más menesterosos” que lo colindaban. Representó, qué duda cabe, la *redención* del pueblo y del mismo Franklin, materializándose en ella los discursos progresistas-higienistas que lo precedieron e impulsaron: casas-repositorios de “cultura y civilización”²⁹. La caridad, aquí se depositó en un complejo “Sector de Beneficencia” que contaba con la institución de la “Gota de Leche” cuya función era entregar el alimento básico al niño, sin desvincularlo de su madre³⁰, simbolizando a la vez, pureza y abundancia.

Como contraparte, persistían las fábricas y el Zanjón, siendo ambas según De Ramón «una barrera que, sin impedir el poblamiento, inhibió a los grupos sociales más elevados el trasladarse definitivamente a ella»³¹. Todas ellas, conformaban un cerco aparentemente ocluido, constreñido entre sus fronteras, que no podía escapar de su sino trágico e iniciático. Los ranchos del Zanjón, fueron mutando hacia las “callampas” del siglo xx, proporcionando una apariencia característica al barrio, ampliamente reconocida por la historiografía³². Armando De Ramón, indica que en la década del 30, la demolición de conventillos por saturación y el alza de las rentas forzaron la emigración hacia los sitios eriazos y es entonces cuando sobreviene una nueva oleada de ocupación del Zanjón³³. Las callampas se dispusieron en «una continuidad que no parecía tener fin»³⁴ y en particular, la década del 40 sería distinguida por la ampliación del área residencial y la subsecuente subdivisión³⁵. La nueva comuna de San Miguel acoge a la mayoría de las familias, que ilegalmente ocupan territorios³⁶. Remembrado es el incendio de 1956, donde cientos de personas perdieron sus frágiles construcciones. Las habitaciones del Zanjón, «mayor cordón de miseria de Santiago»³⁷,

representaban una “arena movediza” de la que era dificultoso escapar. Si bien quienes se allegaban lo creían una estación provisoria, éste se convertía en *ghetto* que los “consumía”, les “impedía salir”³⁸. Para sus narradores, ese distintivo les asigna a sus residentes un estatuto de “nómades metropolitanos”³⁹, misma condición apuntada a fines del siglo xix por Vicuña Mackenna. Otra vez, sujetos que viven pensando en partir hacia otro sitio, donde se encuentra su *vida definitiva*. Nuevamente, permaneciendo en un lugar esencialmente ajeno, que *no les pertenece*. En 1957 se funda lo que sería la población La Victoria y La Feria⁴⁰, momento en que según sus actores, «florecieron las banderas chilenas entre el polvo y la maleza»⁴¹. Los asentamientos cambiarían desde entonces y se inscribirían como parte de una nueva memoria, que esta vez sí se nos ha sido gradualmente contada.

Con todo, El Zanjón, Matadero, las fábricas y la Penitenciaría se encumbraban como hitos doloridos y funestos del barrio. El humo bullicioso de las industrias, el hedor de la Aguada y la belleza *modelo* de Huemul, nos permiten captar la temperatura, tonos y velocidades que se deslizaban por Franklin, constituyéndolo, bautizándolo *barrio*.

Como hemos enunciado se visualiza aquí, una criminalidad radical, disgregada en el alcohol, la prostitución y ciertas exuberancias, que allí acontecen amplia, totalmente. Una identidad inextricable entre gentes pobres y su propensión al delito, se afianza⁴². Contribuyen a ello, las semblanzas hechas en torno a los *matanceros*, *cuadrinos* o *cuchilleros* de entonces. Cuchillero o matancero, eran nomenclaturas de oficios carentes aún de total especialización y territorialización, como serían posteriormente la de cuadrino o *matarife*. Para entonces dicho quehacer se realizaba en recintos ocasionales, incluso trayectoriales que operaban de manera itinerante, peonal⁴³. Todas ellas eso sí, hacían referencia al *volteo* más o menos profesional de distintos tipos de animales y, evidentemente,

comps., *Santiago de Chile: Características Histórico Ambientales 1891-1924*, Ed. Nueva Historia, Londres 1985, p. 89.

25

Varios Autores. *Voces de la ciudad Historias de barrios de Santiago*, Ed. LOM, Santiago 1999, p. 148.

26

Ibidem, p. 29.

27

Caja de Crédito Hipotecario, *Población Huemul. Inauguración de la Sección de Beneficencia*, Imp. Barcelona, Santiago 1918, p. 21.

28

Ibidem, p. 30.

29

Ibidem, p. 52.

30

María Angélica Illanes, Op. cit., p. 138. Ver también Caja de Crédito Hipotecario, Op. cit., p. 22.

31

Armando De Ramón, *Santiago de Chile...*, p. 208.

32

Patricio Gross, “Segregación ambiental en Santiago 1952-1982”, *Revista EURE N° 44*, vol. xv, Santiago 1988, pp. 55-77.

en disímiles condiciones. El semblante que ostentaban, pareció para sus distantes escrutadores siempre repugnante. Su aspecto denotaba cierta peligrosidad, que se agravaba en su flagrante “gusto” y “propensión” a la pendencia. Crónicas decimonónicas así los describen:

«Lo que le daba un aspecto siniestro era su presentación siempre ensangrentada: la cara, las manos y las piernas y pies, dejaban la impresión de un hombre herido. A veces en la cara veíanse coágulos de sangre y en las piernas, como en los brazos, estrías que dejaban la sensación de profundas heridas. El espectáculo era peor cuando se mataba al animal en la calle, a veces cerca de la Plaza de Armas, debajo de una ramada.»³³

Ellos, los “siniestros” y “amantes” de sus armas, fueron indisolublemente liados al perímetro de Franklin: «Estos individuos, connaturalizados con el uso del cuchillo, son hombres verdaderamente peligrosos cuando se encuentran en estado de ebriedad, circunstancia indispensable en ellos después de las once o doce del día [...]»³⁴. La elite lo sopesa como ingénitamente delictual, pues dicha área acoge entre sus vías sujetos a los que les está “enquistada” la práctica de la violencia, proveídos además del soporte simbólico que definía este sector de la ciudad: el *cuchillo*. Por su parte, la poesía popular –emplazada en su vereda cultural-escritural antípoda–³⁵ nos enuncia detallados episodios de bandidaje y asesinatos acontecidos en el barrio. Por su pormenorización, recurrimos a los versos del gran *pueta* Meneses, quien refrenda lo que hemos insinuado:

33

Armando De Ramón, *La Población informal. Poblamiento de la periferia de Santiago de Chile 1920-1970*, en Revista EURE N° 50, vol. XVI, Santiago 1990, pp. 5-17.

34

Armando De Ramón, *Santiago de Chile...*, p. 141.

35

Vicente Espinoza, *Para una historia de los pobres en la ciudad*, Ed. Sur, Santiago 1988, p. 245.

36

Ibidem, p. 247.

37

Mario Garcés, *Tomando su sitio*, Ed. LOM, Santiago 2003, p. 121.

38

Guillermina Farías, “Lucha, Vida, Muerte y Esperanza. Historia de la población La Victoria”, en Varios Autores, *Constructores de ciudad. Nueve historias del primer concurso “Historia de las Poblaciones”*, Ed. Sur, Santiago 1989, p. 51.

39

Carlos Franz, *La Muralla Enterrada (Santiago, ciudad imaginaria)*, Ed. Planeta, Santiago 2001, p. 105.

ESCENA DE SANGRE HORRRIBLE ASESINATO EN EL BARRIO MATADERO

*En la calle de Chilóe
Del barrio del Matadero
Fue muerto un abastero
El jueves según diré
No sé la causa por qué
Se cometió el estupor
Mas creo que es el licor
Que estos males ha acarreado
I por él se ha presenciado
Un crimen que causa horror*

[...]

*Dos puñaladas mortales
Le dieron al corazón
Sin tenerle compasión
Estos hombres criminales
Más me parecen chacales
En las iras i el furor
No temieron al Señor
Que les mandase un castigo
Por eso franco le digo
De este suceso al lector*³⁶

[...]

40

Armando De Ramón, *Santiago de Chile...*, p. 246.

41

Juan Lemuñir, *Crónicas de la Victoria: testimonio de un poblador*, Ed. Documentas, Santiago 1990, p. 12.

42

Ver un análisis entre sujeto pobre y criminalidad en: Marcos Fernández, *Prisión común, imaginario social e identidad, Chile 1870-1920*, Ed. Andrés Bello y DIBAM, Santiago 2004. También ver Daniel Palma, *Ladrones. Historia social y cultura del robo en Chile, 1870-1920*, Ed. LOM, Santiago 2011.

43

Para una definición paradigmática de peonaje, ver Gabriel Salazar, *Labradores...* p. 156.

44

Guillermo Feliú Cruz, *Santiago en el siglo XIX*, p. 146. Lo advirtieron asimismo, Armando De Ramón y Patricio Gross, *Algunos testimonios de las condiciones de vida en Santiago de Chile: 1888-1918*, Revista EURE N° 31, vol. XI, Santiago 1985, p. 67. «Tanto los propios chilenos como algunos extranjeros que visitaron esta tierra estuvieron de acuerdo en destacar las deficiencias, injusticias, lunares, lacras, vicios, fallas, irregularidades y demás

anormalidades que empañaban la sociabilidad urbana».

45

Citado en Armando De Ramón, *Estudio de una periferia urbana...*, p. 229.

46

Sólo por nombrar los estudios más paradigmáticos, ver Antonio Acevedo Hernández, *Los Cantores Populares Chilenos*, Ed. Nascimento, Santiago 1933. Diego Muñoz, *Poesía Popular Chilena*, Ed. Quimantú, Santiago 1972. Juan Uribe Echevarría, *Tipos y cuadros de costumbres en la poesía popular del siglo XIX*, Ed. Pineda Libros, Santiago 1973. Maximiliano Salinas, *Canto a lo divino y religión popular en Chile hacia 1900*, Ed. LOM, Santiago 2005. Micaela Navarrete, *Balmaceda en la poesía popular, 1886-1896*, Ed. DIBAM, Santiago 1993 y las colecciones de Lira Popular publicados por el Archivo de Literatura Oral y Tradiciones Populares desde 1998 a la actualidad.

47

Micaela Navarrete y Daniel Palma, Comps., *Los diablos son los mortales. La obra del poeta popular Daniel Meneses*, FONDART-DIBAM, Santiago 2008, p. 524. Ver otros episodios en Micaela Navarrete y Tomás Cornejo, Comps., *Por historia y travesura. La*

Así las cosas, el Matadero se perfilaba desde todos los frentes como una *ultraurbanidad* criminal. Fines del siglo XIX, comienzos del XX: sobrevendrían un sinnfín de maldiciones, críticas y diatribas más.

«NACER EN EL MATADERO, ES NACER PARA LA MUERTE»⁴⁸

Higiene, insalubridad

La insalubridad sería otra arista que con insistencia emergería cuando se evocaba el Matadero. Se reclamaba en su nombre, falta de progreso y asepsia, ponderándolo como impedimento, sombrío bemol de sangre *antimoderno*. La operación era categórica: las insuficientes condiciones higiénicas, traerían consigo enfermedades (cólera, viruela, influenza, sífilis) lo que dirigiría a la población, ineluctablemente hacia la muerte⁴⁹. Las conductas del “pueblo lego” y sus vicios, se contradecían cabalmente con las ideas de instrucción y avance que proponía esta idea, para entonces muy en boga⁵⁰. La alarma fue constante y este centro de trabajo fue intervenido por el Estado, quien proporcionó un Médico Veterinario quien debía fiscalizar su correcto funcionamiento. El foco infeccioso, saturado de enfermedades, debía ser re direccionado como regla básica de salubridad propiciando así, el *progreso* expedito de Santiago. Estos médicos, por medio del acercamiento científico a la cuestión, materializaron una serie de textos donde entregaron su perspectiva y ejercieron influencia en otros enunciantes de la sociedad a los que ya pasaremos revista⁵¹. Arsenio Poupin, Jefe de la Oficina Veterinaria del Matadero de Santiago, indica que, de los servicios públicos, «uno de los más descuidados es el que se relaciona con las condiciones científicas de los Matadero i servicios anexos»⁵². Se reclama la insuficiencia infraestructural del espacio, su desobediencia a los “dictados de la ciencia” y su desorganización⁵³.

Sus dichos, paridos desde la misma experiencia y a la vez desde una atalaya teórica, le otorgaban una veracidad y legitimidad que parece imperecedera. Los proyectos de construcción del “Nuevo Matadero” –promesa eternamente incumplida– y quienes peleaban por su concesión, asumieron los preceptos higienistas como verdades inapelables. Se prometían «buenas casas, espaciosos jardines y extensos parques hasta escuela, Iglesia, restaurant y baños»⁵⁴ en pos del correcto oreo de animales y esparcimiento de trabajadores. Años después, uno de los administradores del Matadero, Emilio Eyqumen, denuncia allí, la ausencia de control sanitario, proliferación de enfermedades y venta de carnes infectadas. Advierte la influencia de los discursos científicos que exponíamos y se acuña la idea de un «Matadero Modelo limpio y aseado»⁵⁵ a diferencia del foco infeccioso que para entonces existía. En la década del 30 del siglo XX, se evidencian e intensifican las denuncias detalladas sobre las carencias del Matadero. Por entonces, los aspirantes a la concesión de su re-construcción, argüían sus planteamientos que no hacían más que reiterarse: «inhumano y anti-higiénico», «una afrenta para la ciudad»⁵⁶.

En pos de concretar dichas aspiraciones y construir el anhelado nuevo Matadero, se detallan los cambios y secciones específicas que deben implementarse. La forma de matanza era crucial, en tanto los matarifes habrían cultivado una fama de insensibilidad frente a la muerte de los animales beneficiados⁵⁷. Dos secciones fundamentales, una de matanza y la otra de venta, posibilitarían una máxima ventilación y la aplicación de aparatos eléctricos⁵⁸ que alejaran a los operarios de dichas prácticas. El objetivo final era siempre, eso sí, optimizar la ganancia, «doblar la matanza y producción»⁵⁹. Las costumbres arraigadas con las que trabajaban industriales y trabajadores significaban también una dificultad onerosa para la Inspección, en tanto este vínculo patrón-trabajador no se regía por normas mínimas de previsión y planificación⁶⁰.

Lira Popular de Juan Bautista Peralta, FONDART-DIBAM, Santiago 2006, pp. 323 y 361. Ver también Adolfo Reyes, En pliego: *Los tres minutos asesinados por el hambre [1894]*. Col. Am. I, 148, mic. 22; Col. Am. I, 182, mic. 28; Col. Lenz, 6, 12, mic. 33.

48

Carlos Franz, Op. cit., p. 109.

49

Ver el ilustrativo texto de Adolfo Murillo, *La mortalidad en Santiago*, Imp. Cervantes, s/n, p. 7, 8 y ss.

50

El caso específico del norte salitrero en Rodrigo Henríquez, “La jarana del desierto: Burdeles, prostitutas y pampinos en Tarapacá 1890-1910”, en Colectivo Oficios Varios, *Arriba quemando el sol. Estudios de Historia Social Chilena: experiencias populares de trabajo, revuelta y autonomía (1830-1940)*, Ed. LOM, Santiago 2004, pp. 111-135.

51

Una interesante aproximación a la “modernización de la medicina” y el posicionamiento de la “higiene como ciencia” en María Angélica Illanes, Op. cit., p. 46.

52

Arsenio Poupin y Carlos Fernández, *Condiciones*

Científicas de los Matadero i servicios anexos en relación con la higiene pública, Imp. Cervantes, Santiago 1899, p. 6.

53
Ibídem.

54
José Victorino Varela, *Proyecto de construcción del Matadero Municipal de Santiago*, Imp. El Globo, Santiago 1907, p. 1.

55
Emilio Eyqumen, Op. cit., p. 22-53.

56
Gustavo Placier, et. ál., *Construcción de un Matadero para Santiago*, Imp. Nascimento, Santiago 1933, p. 3 y ss.

57
José Victorino Varela, Op. cit, p. 9. «El animal tiene que pasar forzosamente al pabellón de matanza, tranquilo y cubierto del mal trato con que habitualmente los mortifican nuestros matanceros».

58
Ilustre Municipalidad de Santiago. *Bases y especificaciones para la petición de propuestas públicas relativas al proyecto definitivo y construcción del Matadero Municipal de Santiago*, Santiago 1935, p. 28.

Desde la década del 30 se discutió la aplicación del tipo de Matadero Americano o Europeo⁶¹, no siendo ninguno de los dos aplicados al modelo chileno. Los proyectos esgrimidos se incrustaron en el tiempo como compendios de fantasías y reclamos. Por su parte, los problemas de salubridad, la carencia de tecnología básica y las formas de trabajo, nunca fueron modificados a cabalidad. Hasta su cierre definitivo, datado a comienzos de los años 70, este Matadero contaba con un cariz muy similar al que habría ostentado cincuenta años antes.

«ENTRE BURDELES INFECTOS Y CONVENTILLOS⁶²»

Huida, fatalidad

Como última estación de este primer capítulo, recorreremos los decires literarios que se han pronunciando sobre el Matadero y los sitios que lo colindan, relevando de ellos algunas temáticas que relucen como medulares. Una es la delineación del barrio mismo, que se ve colmada con la *criminalidad y fatalidad* que en él discurre. Otra, la invocación de algunos personajes que encarnan la necesidad manifiesta de huir de ese espacio de constricción. Ellas ciertamente, enlazadas y concatenadas entre sí.

Pesquisamos en estas literaturas, un trazado imaginario del lugar que se narra, dibujándose un heterogéneo mapa textual, que hace referencias a nodos barriales de interés local que en muchas ocasiones ya han desaparecido. En esta operación, se acrecienta la posibilidad de captar una representación más detallada y fina de los espacios descritos. Para ello, nos servimos especialmente de dos novelas y dos obras de teatro. La primera de ellas de Alberto Romero, *La mala estrella de Perucho González* se adhiere a un tipo de novela

que se sitúa en el conventillo y en las periferias, mas no definiéndose como “social” u “obrero”, pues sus protagonistas están lejos de ser loables trabajadores. Novela “lumpen”⁶³ o “hampesca” es ésta, donde quienes la habitan son seres perdidos, atrapados en su miserable realidad, vagantes, sin destino. Figuran en ellas, actos delictuales anidados en personajes irascibles que nos hablan cruenta, descarnadamente de su realidad. Historias de lupanares, presencia de prostitutas y parias en ellas se vierten, consignándose un tipo de escritura que opera como fuente literaria de espacios y seres radical e irreversiblemente marginados⁶⁴. Moralidades “trastocadas”, violencias y desamores se corporizan en tipos marginales desparramados entre choros, pungas y palomillas. Una novela de esta laya, nos cuenta la historia de Perucho, niño que nace en la calle Placer y cuya vida aciaga ocurre entre los límites de este barrio. Hijo del matarife Alamiro, vive el ajetreo del Matadero desde siempre, con sus ojos infantiles:

«Hasta los cuajarones de sangre vagueante tenían su belleza, su fondo de atracción. Del pabellón de los lanares –unos animalitos pacíficos que degollaban las mujeres, los chiquillos; con una crueldad inconcebible, una torpeza repugnante– pasaron al de los porcinos, cerdos gordos y solemnes que chillaban de una manera desesperada cuando asomaban la trompa por el zaguán resbaladizo de la muerte»⁶⁵.

Nos da cuenta de una fascinación que a un tiempo le repugna, retrotrayéndonos la imagen de impasibilidad de sus habitantes, delimitada entre «los miasmas del Zanjón de la Aguada» y «los enjambres de moscas golosas que infectan al barrio»⁶⁶. Todo ello, conforma un área espesa, enlutada, repleta de humo, de muerte.

59
Ibídem, p. 23.

60
Emilio Eyqumen, Op. cit., p. 51.

61
Ibídem, p. 47 y ss.

62
Alberto Romero, *La mala estrella de Perucho González*, Ed. LOM, Santiago 1997, p. 19.

63
Así califica esta novela Volodia Teitelboim en el prólogo de la misma. Ibídem, p. 10.

64
Ver sobre el presidio Eugenio González, *Más Afuera*, Ed. Nascimento, Santiago 1930. Sobre el hampa mapochina Alfredo Gómez Morel, *El Rúa*, Ed. Talleres Arancibia, Santiago 1962. Diversos cuentos en Luis Cornejo, *Barrio Brava*, Ed. Alfa, Santiago 1955. Sobre la cáfila hampona Armando Méndez Carrasco, *Chicago Chico*, Ed. Flor Nacional, Santiago 1962, p. 30.

65
Alberto Romero, Op. cit., p. 34.

66
Ibídem, p. 17.

En la vereda antípoda, se encuentra el paradigma de la novela social obrera: Carlos Sepúlveda Leyton, inaugura su trilogía con *Hijuna*, que habla igualmente de un niño que nace y vive en el Matadero, pero con un destino muy distinto al de Perucho. Él, recorre sus rutas y nos habla de sus trabajadores, tildando su oficio –como todas las veces anteriores– de “sangriento”⁶⁷ y a ellos mismos como bárbaros⁶⁸. El personaje de Sepúlveda Leyton, los visualiza residiendo «arrinconados y acorralados en los conventillos míseros, mil veces más abandonados que el nuestro»⁶⁹, que trafagan luego de la faena, hacia las cantinas, únicas “casas alegres” de todo el circuito⁷⁰. Prodigiosa en datos, *Hijuna* nos habla de un barrio verdadero, apuntándonos los nombres de sus emporios, boticas y tiendas.

Desde la dramaturgia, el sainete *Barrio Matadero* sitúa la acción en el despacho El Tricolor y en un cité. El ambiente es viciado, atestado de borrachos pendencieros y delincuentes que han salido de la “caniasta”⁷¹. El Cheno, único personaje noble de la obra, habría sido inculcado de un crimen que no cometió. Él promete venganza y se produce un duelo a cuchillos, que termina por perjudicar a Cheno. El único escape a la sordidez –que es el barrio mismo–, es la muerte, por lo que decide inferirse puñaladas, con el fin de huir “de esta mala gente”⁷².

Estos elementos se reiterarán incesantemente en los textos: otra vez cuchillos, tabernas, golpes, muertes, fatalidad total. En *Hijuna* se relata el crimen de Pancho Zúñiga quién con un hacha mató a su madre “sin querer” y a su padre lo cortó en pedazos. Como es habitual en las novelas de conventillo, se acude a los versos populares –generalmente cuecas y tonadas–⁷³ para re narrar lo acontecido:

*Pancho Zúñiga, en silencio,
Murió como un hombre honra'o...
¡Por defender a su madre
Que Dios lo haya perdonado!...⁷⁴*

Obra teatral del contemporáneo Luis Rivano, *Los Matarifes*, vuelve a la misma temática. Presenta una familia de matarifes, que viven en un mundo iracundo, alcohólico. El cuchillo –nuevamente– esta vez empuñado en manos de David, matarife e hijo de uno, dio muerte al rival de su cuñado, por defenderlo “justamente”. Ser matarife y vivir allí, parece una maldición: «¡Los Iturra vinimos al mundo hediondos a Matadero!»⁷⁵, mundo del desamparo, de la pobreza, del sino de la muerte.

El caso de Perucho, es más radical en tanto es el mismo joven protagonista quien vuelca su vida de “cabro tragedioso”⁷⁶ en la lúgubre “patilla”⁷⁷. Ella «cobraba esa actitud de la hembra burdelera a la que se ama como una fatalidad, se ama con sus lacras, sus traiciones, su canallería baja, cruel»⁷⁸. Se ama la Penitenciaría, como único territorio, única esfera segura, acaso protectora de todo el perímetro de Franklin. Como otro de los Iturra, fatales matarifes, Perucho aspira a salir de ese barrio-abismo. Hálito, sueño culminante «saltar el barranco; ¡huir! El sueño de los oprimidos, de los hostigados por la vida»⁷⁹.

Como vemos, la criminalidad ingentemente presente en las fuentes oficiales, se halla también en las novelas y obras teatrales que revisamos. El ejercicio delictual, pródigamente incorporado a sus habitantes, se inscribe y actualiza entre las arterias de esta área urbana. Es allí donde se establece una fusión narrativa entre el territorio y su carácter principal, haciendo de él un barrio-peligroso. Las imágenes remiten recurrentemente a pleitos a cuchillo, hombres violentos

⁶⁷ Carlos Sepúlveda Leyton, *Hijuna*, Ed. Austral, Santiago 1962, p. 49.

⁶⁸ *Ibidem*.

⁶⁹ *Ibidem*, p. 64.

⁷⁰ *Ibidem*, p. 92.

⁷¹ Cárcel.

⁷² Alberto Mery, *Barrio Matadero*, Ed. Cultura, Santiago 1938, p. 23.

⁷³ Ver por ejemplo Juan Godoy, *Angurrientos*, Ed. Nascimento, Santiago 1959. Nicomedes Guzmán, *Los Hombres oscuros*, Ed. Zig-Zag, Santiago 1961.

⁷⁴ Carlos Sepúlveda Leyton, Op. cit., p. 82.

⁷⁵ Luis Rivano, *Antología de obras teatrales*, Ed. Alfaguara, Santiago 2010, p. 147.

⁷⁶ Alberto Romero, Op. cit., p. 246.

⁷⁷ Prisión.

⁷⁸ *Ibidem*, p. 263.

⁷⁹ *Ibidem*, p. 28.

Carlos Franz, Op. cit., p. 115.

80

y fusilamientos, todo ello conjugado con la idea permanente de alcoholismo y fatalidad que se materializa en los personajes. Se perfila una zona de la que es perentorio escapar; como enunció Carlos Franz: «Correr más rápido que la sombra del Matadero que avanza»⁸⁰.



CAPÍTULO II

A PATA PELÁ Y CON LEVA

Memorias de los matarifes, faena y organización

EN ESTE CAPÍTULO, nos apartamos de la estructura discursiva de las fuentes escritas oficiales, para dar paso a las memorias esgrimidas por los propios trabajadores del Matadero. A través de los testimonios recopilados recientemente y de las cuecas acumuladas en el repertorio centrino, hemos intentamos reconstruir las vivencias y experiencias laborales del Matadero Franklin, reconociendo algunos nudos identitarios que configuran un discurso diferente al planteado en el capítulo anterior.

Concebimos los relatos de los ex trabajadores del Matadero Franklin como memorias en tanto construcción de un discurso sobre el pasado desde el presente, y que tienen como hilo articulador la experiencia y los sentimientos del testificante¹. Este discurso se genera mediante la selección de determinados acontecimientos, a los cuales se les da distintas valoraciones según los intereses, afectos y prioridades de quien elabora dicho relato.

Por lo tanto, no es nuestro interés criticar ni poner en cuestionamiento las historias enunciadas, sino que las recibimos tal cual nos fueron entregadas, cargadas de emotividad, subjetividad e interpretación. La memoria es siempre

¹ Peter Burke, *Fomas de historia cultural*, Alianza Editorial, Madrid 2000, p. 69.

IMAGEN: Federación Nacional de Sindicato de Matarifes, archivo personal Luis Castro González.

selectiva, y la reiteración de determinados acontecimientos en las entrevistas, así como la valoración positiva de aquellos, nos indican puntos de encuentro que son importantes de relevar en tanto configuran relatos en torno a la construcción de identidad que se albergaron en los recuerdos-presentes de los matarifes y sus familias. También hemos incorporado como fuentes para este capítulo, documentación del periodo relativa a la organización de la faena en el Matadero, ya sean artículos de prensa y otros estudios, así como documentos del Sindicato de Matarifes, disponibles en el Archivo Nacional de la Administración.

«EN LA PUERTA DEL MATADERO»

Distribución del espacio

Como mencionamos en el capítulo anterior, el Matadero se comenzó a construir el año 1847, sufriendo varias modificaciones en su infraestructura. La principal remodelación espacial se inició en la década de 1910, pero no logró implementarse en su totalidad. Los pabellones continuaron en desfavorables condiciones, siendo vulnerables a las inclemencias del clima. Además, la ausencia de grandes frigoríficos hacía que la matanza fuera desarrollada durante la madrugada, para suministrar la carne al resto de la ciudad durante el día, puesto que todavía hacia 1950 el Matadero Franklin era el principal centro de abastecimiento de este producto en Santiago.

El Matadero, se nos presenta como un espacio geográficamente cerrado y a su vez, eje de la formación del barrio Franklin que se fue levantando a su alrededor. Los *cuadrinos*, denominados así por trabajar en el *cuadro blanco* del Matadero, en primera instancia se autodefinían en función de su oficio, pero también por la pertenencia a ese cuadrante espacial. Entrar al Matadero,

implicaba necesariamente adquirir códigos dados por la faena de matanza, respetar jerarquías y adquirir los elementos y herramientas que definían por entonces al matarife: la ropa color caqui, la faja blanca, el cuchillo, el *astil*², el punto y el hacha, además del teñido de sus ropas con la sangre del animal beneficiado.

Pero dentro del Matadero, también se manifestaron diferencias según el tipo de labor desarrollada, materializada asimismo en una distribución espacial. Por ello es necesario hacer una visita microgeográfica al recinto para dar cuenta de las distintas secciones.

En la década de 1910 se reconstruyeron los dos grandes pabellones de matanza. El más importante de aquellos era el de vacunos, ubicado en el sector sur, en el límite con la calle Placer y la actual calle Bío-Bío, la que por entonces era un callejón donde se instalaban carretas y camiones para recibir la carga del día. Este pabellón contaba con veinte corrales dispuestos de este a oeste, con una sala de ventas y con una gran campana en el centro, cuyo sonido indicaba el inicio de la jornada de trabajo*.

Era un galpón grande, de material sólido, concreto. Estaba la cancha de matanza, un largo de dos cuadras, en la primera cuadra estaba la campana, la campana para entrar, y ahí empezaba de San Francisco para acá, uno oriente, dos oriente, tres oriente, cuatro oriente, cinco oriente, hasta el diez. Después empezaba desde Arturo Prat para acá, todo lo contrario, uno poniente, dos poniente, hasta el diez poniente. Hasta llegar a la campana... Está todo descubierto, solo está el corral y su puerta, y cada uno tenía su roldana donde colgaban los animales, cada uno trabajaba en su departamento, que le llamaban, al lugar de trabajo.

—MARIO GONZÁLEZ

² Herramienta con la que se afilaba el cuchillo.

* Ver Diagrama del Matadero de Santiago en página 85.

³ “Matadero humano”, *El Siglo*, 10 de julio de 1954, p. 8.

El segundo pabellón correspondía a la Sección de Cerdos ubicado hacia la calle Arturo Prat, frente a la plaza Magallanes y su reconstrucción quedó inconclusa hasta el cierre del recinto. Como la matanza de cerdos no tenía la misma frecuencia que la de vacunos y se concentraba en los meses de invierno, su pabellón era de menor tamaño que el anterior. Junto a la faena de vacunos y cerdos, en el Matadero también se voltearon terneros, ganado ovino y equino, en antiguos galpones que no fueron remodelados en la reforma de comienzos del siglo xx. Éstos se ubicaban en el sector oriente, hacia la calle San Francisco y el trabajo no fue regular en este periodo³. Un último recinto de matanza que debemos mencionar es el Pabellón de Corderos, ubicado hacia el sector oriente y datado también hacia mediados del siglo xix. Su reconstrucción se realizó en 1948, cuando se reemplazó su estructura anterior por una de techo metálico y pavimento.

La separación espacial de las canchas de matanzas reflejaba también la diferenciación identitaria de los matarifes. Los cuadrinos de la sección vacunos, serían los “más fuertes” y diestros en el manejo de las herramientas, por la envergadura física del animal; en tanto que los pertenecientes a la sección de terneros eran más débiles e incluso, de manera peyorativa, se indicaba que esta labor podía ser desempeñada por niños y mujeres. Además de ello, se reconocía que los de la Sección de Cerdos ganaban más que el resto de los cuadrinos, no obstante éstos contaban únicamente con un trabajo temporal, concentrado en el invierno, estando en desventaja con respecto a la periodicidad del trabajo.

Asimismo, la distinción por tipo de animal beneficiado, implicaba una especie de marca perenne, mantenida incluso después del fallecimiento del trabajador. Hasta el día de hoy, en las criptas de los difuntos en el Mausoleo de Matarifes se indica junto a sus nombres y fechas de nacimiento y defunción, la sección a la cual pertenecían. De la misma manera aparecen calificados

los dirigentes y delegados del sindicato en cada uno de los documentos encontrados. Su función, rango y su adscripción a cierto pabellón, eran determinantes en la categoría que ostentaban.

En paralelo a los pabellones de matanza, el cuadrante contaba con otros edificios que complementan la faena inicial. Este era el caso de las calderas (para el tratamiento de guatas y tripas), ubicadas entre los pabellones de cerdo y vacunos, en el sector poniente y el destructor de decomiso⁴, donde se procesaban aquellos animales enfermos y en mal estado que no podían ser distribuidos para el consumo humano. También se encontraban los edificios de la administración, donde los funcionarios municipales y el veterinario jefe controlaban las cuotas de matanza, cobraban los impuestos y pagaban el salario de los trabajadores.

Hacia el sector norte, se instaló el sector comercial del Matadero. En la esquina de la intersección de las calles Franklin con Arturo Prat se ubicaban las “pilastras”, sector de fruterías y verdulerías; en calle Franklin frente a Chiloé y en la intersección con calle San Francisco se ubicaban algunas carnicerías, espacio conocido como el *barrio chino*. Estos últimos lugares complementan el cuadro comercial del Matadero y son un primer vínculo con el barrio, relacionándolo con otras áreas productivas y por sobre todo, constatando la diversidad de elementos que allí confluían.

*

⁴ Según las investigaciones de los doctores Luengo y Ponce, este destructor poseía un “aparato Hartman”, de última tecnología hacia la década de 1940. Sin embargo, los entrevistados no reconocieron esta denominación. Ver Miguel Ponce, *La industria de la carne en Chile 1955-2005*, Ed. Puerto Palos, Santiago 2005. Y Juan Luengo, “El viejo Matadero Franklin (1912-1972)” en *Tecnonet* N° 1, año 8, marzo de 2002.

5

«HAY QUE LACEAR EL NOVILLO, Y ARRIARLO A LA MATANZA»

Ver capítulo IV.

Trabajo y cuadrilla

6

Nano Acevedo, *Los Ojos de la Memoria*, Ed. Cantoral, Santiago, 1995, p. 16.

El toque de la campana, ubicada en el centro del pabellón de vacunos, indicaba cada día el inicio de la jornada laboral, acontecimiento plasmado en los siguientes versos:

7

Se abrieron Mataderos particulares, ver Miguel Ponce, Op. cit.

*Despierta pue' cuadrinito
que es hora de madrugar
ya tocaron la campana
y es preciso trabajar.⁵*

Los cuadrinos llegaban al Matadero en el medio de la noche. El día anterior, los animales vivos habían llegado en trenes, en camiones o por transhumancia. Más de una crónica nos relata cómo producto de estos traslados, algunos animales se arrancaban del grupo, provocando temor en la población: «Era habitual que vehículos con animales pasaran a horas diversas por San Diego hacia el sur con rumbo al Matadero Franklin, no fue esa la única vez que, debimos huir despavoridos ante caballos desbocados o toros enloquecidos que trataban de huir a la vez de sus propias muertes»⁶. Durante la tarde, los animales eran conducidos a los corrales para ser beneficiados al día siguiente.

Hacia la década de 1950, el trabajo se llevaba a cabo desde las tres de la madrugada hasta el amanecer, de lunes a sábado, sin embargo, ya entrada la década del sesenta y debido a la existencia de otros mataderos en la ciudad⁷, se fue parcelando hasta producirse sólo lunes, miércoles y viernes.

Años atrás se trabajaba de lunes a sábado, después se empezó a descansar el sábado con el cambio de directiva... Después salió otra directiva que se empezó

a trabajar lunes, miércoles y viernes, se trabajaba tres días no más, no se trabajaba tanto. Empezaron a salir mataderos chicos, La Florida, La Pintana, Puente Alto, entonces se fue necesitando menos... Los matarifes que quedaban parados aquí, se iban a trabajar a los otros mataderos. — MARIO GONZÁLEZ

Ahí el que quería trabajar tenía cabida, porque era muy sacrificado, había que estar a las dos de la mañana, dos y media, habían noches que tocaban la campana a las dos de la mañana y otras a las tres, eso dependía del día. Había que estar ahí, a pie pelado y en invierno, hacía frío. — JORGE GONZÁLEZ

En los testimonios compilados hay consenso en precisar la rigurosidad de la faena, principalmente por el frío de la madrugada que se acentuaba en los meses de invierno. La infraestructura antigua y descuidada no protegía a los trabajadores de las inclemencias del clima; a su vez las canchas de matanza eran lugares húmedos, por donde corría la sangre y el agua que usaban para enfriar el cuerpo del animal. Esta situación obligaba a los matarifes a permanecer a *pata pelá*, para no ensuciar el líquido que corría hacia las canaletas para ser utilizado en los subproductos de la carne, como las prietas. Sus vestimentas se componían por una camisa y un pantalón arremangado color caqui, tal como se explica en el siguiente testimonio:

Chaqueta caqui, pantalón caqui y una faja blanca. Y en la faja se metía la vaina y el astil, la cuchilla. Entonces estaba trabajando y sacaba el astil para afilar la cuchilla y se guardaba el astil, era muy fácil, todo de memoria se hacía, y tenía que ser rápido para trabajar, hacer casi todo de corrido, por eso era bruto el trabajo, bien pagado sí. — MARIO GONZÁLEZ

En las fotografías que quedaron, se puede apreciar que la vestimenta no era uniforme y si bien existía la norma del color que debían usar, ésta era responsabilidad de cada trabajador. Asimismo, la faja hecha de saco harinero debía mantenerse lo más blanca posible, como signo de cuidado y limpieza. Los matarifes lucían ensangrentados y sucios durante su jornada laboral, pero cuidaban de bañarse y vestirse de punta en blanco una vez que terminaba la faena, primando el estilo *gardeliano* del pañuelo al cuello. De esta manera, intentaban abandonar su aspecto rudo e incluso temible, por causa de su trabajo dentro del Matadero.

La primera parte de la cadena laboral que realizaba la cuadrilla era la matanza del animal, que en el caso de los vacunos, se ejecutaba entre dos a tres personas. Mientras dos lo laceaban para sostenerlo, un tercero le daba el golpe de gracia con un *punto* en la nuca. Estos cuadrinos debían ser los más fuertes de la cuadrilla, ya que debían contener al animal para que no escapara. Así lo describen los testimonios:

Nosotros cuando llegábamos laceábamos los animales, a veces los sacábamos a dos lazos, cuando era un poquito mañoso el animal... y uno se lo atrincaba, y ahí ya estaba indefenso el animal y ahí lo volteábamos. Ahí caía, caía aturdido el animal, agónico, y se le pegábamos aquí en la nuca. Ahí en seguida lo nuqueábamos bien para que pataleara bien, y ahí lo desangrábamos. — LUIS TOBAR

Cuando mataban, uno mataba el novillo y dos lo descueraban, porque el novillo quedaba pateando siempre, había que ponerle un cordel en una pata, pa' abrirlo. Porque antes era así, era todo manual, todo lo del Matadero Santiago, era todo manual, todo con rondanas, cadenas, todas esas cosas... — SERGIO GONZÁLEZ

Esta primera etapa de la faena también fue descrita en detalle por Fernando González Marabolí en la siguiente cueca⁸.

⁸ Ver también "Hay que lacear el novillo" en página 134.

*Vamo' pillando la pata
y degollando corderos
para inflarlos con el fuelle
mete el palo primero*

*Y uno raja adelante
lo pela entero
los vamo' echando arriba
bajando cueros*

*Bajando cueros, sí
tan levanta'o
pa' la venta en la vara
ya están pesa'o*

*A un cargador le entrego
yo los corderos*

La etapa siguiente, como aparece relatada en estas cuecas, consistía en descuerar el animal, labor realizada por otro cuadrino, que debía ser diestro con el uso del cuchillo. Esta herramienta era especial para esta labor, pues contaba con filo por ambos costados de la hoja y la punta encorvada, por lo tanto, el matarife debía ser exacto en sus movimientos para no sufrir accidentes. Los testimonios también describen este proceso:

En la cancha de matanza, se mojaba el animal, para poder tomarlo, se toma del cuello y se tiene que meter todo el brazo, en las costillas, y había que hacer un tajo grande... Mi papá era muy buen matarife, y nos enseñaba a nosotros, y nos decía, que se mete el brazo, no importa que lo eche a perder pero que aprendiéramos al tajo largo. — MARIO GONZÁLEZ

Posteriormente, el animal era cortado por un cuadrino hábil en el manejo del hacha y se le extraían los órganos del interior. En esta parte, intervenían otros trabajadores que cumplían sus funciones específicas, permitiendo que la cuadrilla funcionara en una perfecta cadena:

Cada uno tenía su rol, por ejemplo el grasero, el de las malcornas que cortaba las cabezas, el destripador, el de la grasa, el tripalero, cada uno tenía su pega, su rol dentro de la cuadrilla de matarifes, y en ese tiempo había gente para levantar los animales en las rondanas. — MARIO GONZÁLEZ

Por lo tanto, la labor de la matanza se complementaba con estos trabajadores que se especializaban en el tratamiento y la venta de ciertos órganos del animal. A los ya mencionados en el testimonio, se le suman *guateros* y *pateros* quienes comercializaban estos productos de manera separada de la carne, distribuyéndolos a fábricas de cecinas, sebo, industrias farmacéuticas, saladeros o directamente a las carnicerías. Esta labor también quedó retratada en la cueca “Pata'e cordero y guatita”, plasmada en el disco adjunto, la que sitúa a los guateros en la venta callejera.

La faena concluía, cuando el animal era cortado en “cuatro cuartos” y se disponía para ser vendido y distribuido. En ese momento, la carne era trasladada a la sala de ventas, donde industriales y abasteros negociaban:

El animal se parte... de la cancha de matanza salen dos mitades, en la sala de venta se parte en cuatro después, dos paletas y dos piernas, cuatro cuartos, y ahí se pone en la troya para que el dueño de carnicería compre ahí, y pasaban la carne y el industrial decía, “ya, pesen ese al señor fulano de tal”, y se pescaba (al hombro) y se lo pesaba altiro. — MARIO GONZÁLEZ

El procedimiento referido era realizado con cada animal que ingresaba en la cancha de matanza. Según las descripciones del Dr. Luengo, el Pabellón de Vacunos podía albergar unas 350 cabezas de ganado, y entrega la misma cifra para el pabellón de cerdos⁹. Los recuerdos de los matarifes, en cambio, alteran estas cifras, planteando que una cuadrilla podía voltear entre veinte y noventa novillos diarios, valorando así la rapidez, precisión y coordinación de la cuadrilla en su conjunto.

A pesar de las diferencias en la mensura del trabajo, el esfuerzo desplegado en la ardua faena fue un punto de confluencia en las memorias. La fortaleza física y mental eran condiciones vitales para desempeñarse en estas labores especialmente duras, por el escenario ya relatado y que los testimonios enfatizan:

Se trabajaba a pie pelado y arremangado hasta acá arriba, en invierno y verano, y metió en agua helada como hielo y cuando se congelaban los pies, abríamos una guata y metíamos los pies adentro para que se caliente porque teníamos entumidos los pies. Ese era todo el remedio que se hacía, era un trabajo salvaje y bruto. Para cargar la carne había que andar corriendo, se cargaba un cuarto, una paleta y una pierna que eran ochenta o noventa kilos y corriendo... — MARIO GONZÁLEZ

⁹ Juan Luengo, Op. cit.

10
 Carlos Humberto Farfás,
*En homenaje al 1° Congreso
 de Matarifes de Chile,*
 Santiago 1942, p. 11.

Por ello, una contextura gruesa era necesaria para desempeñarse en estas labores, *nadie podía pesar menos de ochenta kilos para trabajar, menos kilos de peso y no lo dejaban trabajar. Había que echarse los animales al hombro, entonces, no podía ser muy ñeclé debía ser macizo.* (Mario González). Los mismos argumentos aparecen en un discurso del año 1942, realizado por un dirigente sindical:

«Yo he venido explicando y demostrando con los hechos, que para ser matarife se necesita tener, como vulgarmente se dice, salud de fierro, fuerzas sobresaliente, buena vista, y buen pulso para ser diestro en el manejo del cuchillo y demás herramientas cortantes, punzantes y contundentes, y por estas cualidades mantengo la convicción de que el matarife es, y será siempre irremplazable en el desempeño de su obra»¹⁰.

La fortaleza, sinónimo de brutalidad en las descripciones históricas del roto chileno, en este caso fue rescatado como un valor para desempeñar una tarea que resultaba imprescindible para la comunidad. Por ello, la regeneración diaria del cuerpo debía ser una preocupación permanente, para mantenerse firme y constante durante la matutina jornada laboral. La comida y los diferentes brebajes les ayudaban a desarrollar las duras faenas anteriormente descritas.

En la alimentación, los matarifes destacan el consumo diario de “cuatro desayunos”, suministrado por las pensiones instaladas en las calles circundantes al Matadero. Esta fue la primera vez que en los testimonios se menciona a las mujeres, concebidas como ajenas al recinto y proveedoras de comida. Eran ellas, quienes cada madrugada, la preparaban para los cuadrinos:

A las dos y media de la mañana antes de entrar se tomaba el caldo de pata, después como a las cuatro pasaban las niñas de la pensión y traían cafecito con

sándwich de arrollado... porque era un trabajo muy bruto, se transpiraba mucho y daba mucha hambre. Ya después como a las siete otro desayuno, una cazuela de ave a veces, después como a las diez el último desayuno, un churrasco o un bistec con ensalada, todo eso, se comía mucho. Era la única forma de mantenerse, de ser capaz de trabajar. — MARIO GONZÁLEZ

Otro alimento que se reitera en las memorias, emblemático del Matadero, era la sangre cruda del novillo, una tradición arraigada en el campesinado ligado a las faenas ganaderas. Según la creencia popular, esta bebida otorgaba fuerzas sobrenaturales a quien lo consumiera, la misma que necesitaban estos trabajadores para laburar de madrugada.

Se tomaba sangre también, y dos cortitos de cognac para pasar el gusto después... La sangre cruda, te daba mucha fuerza, mucha vitamina, y se tomaba jugo de nuca también, para sacar toda la fuerza del toro... no sé quién le enseñaría a los matarifes antiguos... Si tenía el cuerpo malo, tres puños de sangre y se acababa el cuerpo malo... — MARIO GONZÁLEZ

El consumo de la sangre toruna significaba apoderarse de la potencia de este animal, una aproximación frecuente y que también aparece como metáfora en la poesía de la cueca centrina:

*Jue ese finao niñito
 Como si se echara a un saco
 Con la bravura de un toro
 Boto con caballo a un paco.*

11

Luis Castro González: “Jué ese fina'o niñito”. Esta cueca homenajea a un cargador de la sección de cerdos.

*

Ver Sociabilidad en el Barrio Matadero en página 114.

Medía unos dos metros

Yo te lo digo

Y se podía un chanchito

Doscientos kilos.

Doscientos kilos, sí

Peso, pesao

Macizo 'e contextura

Ya no hay ma' bravo

Jue el fina'o niñito

*Como un torito*¹¹

Los licores también eran consumidos durante el trabajo, siendo usual escapar de la faena para consumir “agua con agua” en el local de *Don Floro**. Este trago consistía en un cuarto de agua ardiente con *Bilz* a “vaso llenito”, y que como otras combinaciones similares, fortalecían al trabajador, como se detalla en el relato abajo inserto:

Ahí vendían por cuarto y por medio, no eran una caña, eran un medio... o un cuarto y un cuarto uno se tomaba, era un cuarto de chicha y un cuarto de vino, después se creía super ratón para trabajar, entraba sacando pecho, y ahí se trabajaba hasta como las siete, ocho. — JORGE GONZÁLEZ

La fortaleza descrita, también nos apareció vinculada a la virilidad de los trabajadores, demostrada principalmente en la relación con el sexo opuesto. El cuadro del Matadero era un espacio esencialmente masculino y las labores

desplegadas en él requerían vigorizar el ideario del hombre fuerte y viril, lo que estaba asociado al éxito en las relaciones con las mujeres. Muchas anécdotas narraban la pericia de los trabajadores en tanto utilizaban las distintas puertas del Matadero para citar allí a *sus* diferentes mujeres, ya sea para entregarles dinero o concretar un encuentro. Sin embargo, en ocasiones el cálculo fallaba lo que provocaba más de algún lío con la “oficial” y la *che*¹².

Continuando con la descripción de la faena dentro del Matadero, debemos precisar el funcionamiento de la *cuadrilla*, entidad que constituye la unidad básica de organización del trabajo y que también opera como una esfera de integración y lealtad de los trabajadores. Quienes deseaban iniciarse como matorifes, ingresaban en primera instancia como *huachos*, *miliqueros*, *medios pollos*, o *trabajadores a la aventura* y cada madrugada se situaban frente al muro principal de la sección, con algunas herramientas de trabajo básicas, esperando el llamado a colaborar en una cuadrilla donde faltase un cuadrino o asistir en labores menores como limpieza, transporte, pillaje, entre otros:

En la cuadrilla de nosotros teníamos unos que les decíamos los huachos... eran los que no eran asindicados. Trabajadores ambulantes, huachos, porque madrugaban, se iban por la madrugada... los poníamos en la pared, pasaban los delegados y contaban los trabajadores y pongámosle que en el corral tres, son doce trabajadores, y a veces faltaba un trabajador en esa cuadrilla, llegaban y sacaban un huacho y lo ponían en esa cuadrilla. Es bonito lo que hacían... tan real lo que le estoy diciendo que me hubiese gustado que lo hubiese visto. — LUIS TOBAR

Yo primero que nada, ahí pillaba, cuando era cabro. A los viejos se les arrancaban los animales, y hay animales que se dan cuenta que los van a matar, y

12

Mujer con la cual tenían un romance fuera del matrimonio.

13
Cuota de carne designada a cada matarife por el industrial.

se arrancan, incluso hay toros que han salido a la calle... Las vacas de cerro se daban cuenta que las iban a matar, pegaban unos por arriba de los... así de altos, saltaban por arriba de los corrales, gritaban, todos corriendo... y habían toreros ahí, estaba el Miguelete, era torero, se ponía a torear altiro... Eso se llamaba ir a la aventura, uno se ponía ahí no más y lo llamaban. Cuando uno era muchacho, después uno va creciendo y van cayendo otras cosas... — JORGE GONZALEZ

La integración en la cuadrilla implicaba también la pertenencia al Sindicato, entidad máxima de organización de los trabajadores que funcionaba como su sostén y respaldo. Esta incorporación era un paso anhelado porque aseguraba un sueldo estable e importantes beneficios sociales, como veremos en la sección siguiente. El pago realizado a cada trabajador era un porcentaje de la faena desarrollada por la cuadrilla completa más las *regalías*¹³, lo que producía fuertes lazos de complicidad entre sus integrantes, quienes bogaban por el aumento de la producción y la obtención del máximo de beneficios al momento de extraer las cuotas de carne, consideradas un derecho por los trabajadores.

Por otro lado, la cuadrilla comprendía un círculo de probidad, encabezado por el *maestro*, quien hacia comienzos del siglo xx, negociaba directamente con los industriales la cantidad de animales que se beneficiarían, el costo por ese trabajo y las regalías que se le entregarían a los trabajadores. Si bien esta relación contractual fue transformada, el maestro nunca perdió su condición de liderazgo e imagen paternalista con “sus trabajadores”, como lo recuerda uno de nuestros matarifes:

Si pues, Oscar Valenzuela, el maestro de nosotros, compadre de mi papá, cantaba muy bonito, muy lindo... era guapo, le tenían miedo... guapo, guapo,

era bien respetado, capaz de pelear a balazos por cualquier cosa, entonces siempre me decía cualquier cosa o que te falte el respeto alguien me decís no más, yo soy como tu padre, tu papá está muerto, pero yo soy como tu papá.

— MARIO GONZÁLEZ

Cuadrilla y maestro representan el lazo de protección y filiación más íntima dentro del Matadero. En la siguiente cueca, Mario González Marabolí recuerda a sus compañeros de trabajo, después de cincuenta años de haber abandonado estas labores:

*La cuadrilla Cinco Oriente
del industrial “Daniel Palma”
y “El Rucio Oscar Valenzuela”
maestro de la matanza*

*Tà “El Lucho”, el “Negro Ayala”
y el “Güaso Lalo”
también “El General”
con “Jorge Pardo”*

*Con “Jorge Pardo”, sí
y el “Polo Galvez”
“Enrique Valenzuela”
“Mario González”*

*Cuadrilla cinco oriente
y está presente*

Así como el trabajo en cuadrillas era una herencia de las históricas faenas peonales (canalinos, carrilanos, camineros e incluso de bandidaje) el vínculo con el maestro también es de viejo cuño: él no sólo dirigía la faena, sino que también era quien elegía, acogía y enseñaba a los nuevos trabajadores. Por ello el maestro era a su vez el protector que velaba por el bienestar de su cuadrilla no sólo en el ámbito laboral, sino también en el familiar.

Esta era una jerarquía asumida dentro del Matadero, pues el maestro recibía el respeto de sus colegas, por su trayectoria y capacidad de resolver las labores comprometidas. Según el testimonio de Luis Tobar, quien llegó a ser maestro a muy corta edad, era complicado asumir en este puesto porque: *resulta que a los viejos matarifes... había que prácticamente matarlos porque era difícil. La verdad de las cosas, tenían setenta, ochenta años, y todavía trabajaban los viejos.* Para lograrlo debió trabajar duro, *aprendiendo, emprendedor, empeñoso, así los dirigentes lo veían, porque nosotros no teníamos patronos, éramos sindicato.*

En este testimonio, se nos revela la importancia que fue adquiriendo el sindicato que logró constituirse como representante legítimo de los trabajadores y también en vertebrador principal. Postulamos que hubo una transformación en la relación laboral a mediados del siglo xx, dada principalmente por la necesidad de “modernizar” el gremio, de afirmar la defensa de sus derechos y del sistema de trabajo tradicional, convirtiéndose el sindicato en uno de los más poderosos de la capital, desplegando gran poder de negociación.

*

«ÉRAMOS MÁS PODEROSOS QUE LOS MINEROS»

Sindicato Profesional de Matarifes

Al realizar una búsqueda en la literatura sobre sindicalismo en Chile, sorprende en primera instancia que no haya referencias a la organización gremial de los matarifes. Así mismo, la información en la literatura veterinaria sobre los mataderos en Chile, también es escasa. Sin embargo, en los testimonios este tema emerge con notoriedad desde el primer acercamiento, siendo calificado siempre de manera positiva, remembrándose cada beneficio social como parte de la cobertura y poder de negociación de este organismo.

El *Sindicato Profesional de Matarifes del Matadero Municipal de Santiago* se configuró como organismo en asamblea abierta el 28 de noviembre de 1945 y adquirió su personalidad jurídica el 28 de enero de 1946, una vez cumplidos los requisitos decretados por ley¹⁴. Los Estatutos de este organismo, se escribieron en base a otro documento, publicado en 1941 y que configuraría un sindicato anterior fundado el 29 de noviembre de 1934¹⁵ y que según el *Periódico Matadero*, hacia 1936 tendría 400 socios¹⁶. Desconocemos qué sucedió con este primer intento y las razones de su reemplazo.

Por otro lado, la prensa publicada en la década de 1930, da cuenta de otras entidades de trabajadores como el *Sindicato Profesional de Operarios de Matadero* fundado el 2 de abril de 1931¹⁷, con intereses culturales e ilustración de los matarifes; y los documentos disponibles en el Archivo Nacional de la Administración, nos indican que dentro del Matadero se constituyeron varios órganos representativos: *Sindicato Profesional de Matarifes de Equinos de Provincia de Santiago*, fundado el 14 abril 1955¹⁸, el *Sindicato Profesional de Operarios del Matadero Sección Cerdo*, fundado el 14 de febrero de 1940¹⁹, y el *Sindicato Profesional de Obreros Cabeceros*²⁰. Este listado es solo una muestra de

14

“Decreto N° 698, 28 enero 1946” *Fondo Ministerio de Justicia* vol. 6530. En Archivo Nacional de la Administración.

15

Sindicato profesional de Matarifes del Matadero de Santiago, Instituto Geográfico Militar, Santiago 1941.

16

Periódico Matadero, 30 de enero de 1936, p. 1.

17

Patria y Trabajo, N° 1, 18 de septiembre de 1931, p. 1.

18

Fondo Dirección de Relaciones Laborales, Carpeta 242. Archivo Nacional de la Administración.

19

Fondo Dirección de Relaciones Laborales, Carpeta 83. Archivo Nacional de la Administración.

20

Fondo Dirección de Relaciones Laborales, Carpeta 155. Archivo Nacional de la Administración.

21

“Estatutos del Sindicato Profesional de Matarifes del Matadero de Santiago”, *Fondo Ministerio de Justicia*, vol. 6530. En Archivo Nacional de la Administración, p. 11.

22

Ibidem, p. 9.

*

Ver documento página 71.

la variedad de organizaciones de los matarifes que fueron creados durante el siglo xx. Nuestra concentración se abocará privilegiadamente al Sindicato de Matarifes fundado en 1946, y que concebía como socios «a todas las personas de ambos sexos, mayores de 18 años, que cumplan con los requisitos establecidos por la ley, y que laboren en las actividades que constituyan la base profesional del Sindicato»²¹. Con “profesional” se enfatiza que este organismo agrupa a quienes ejerzan la labor de “matarife”, lo que implica el reconocimiento formal del manejo de las artes de un oficio. Por lo tanto, el carnet de socio del sindicato, no sólo servía como un pase de ingreso al Matadero sino también como de garante de un conocimiento adquirido*.

El acta de la asamblea primigenia fue firmada por 32 matarifes, quienes eligieron por directiva a Florencio Orellana, Presidente; Ricardo Cerda de la Barra, Secretario; Carlos Valenzuela, tesorero y José Cossio y Jorge Vergara, directores. El cuerpo de dirigentes debía renovarse anualmente, y en su gestión debían ser apoyados por los Delegados (representantes de cada sección de matanza) y por los Comités, encargados de desarrollar un área importante definida por los estatutos: el *Comité de Defensa de los Intereses de la Institución* tendría como objetivo principal “evitar que el Matadero sea entregado a instituciones particulares”²², aspecto que se mantuvo siempre en tensión debido a los proyectos de modernización esbozados por las distintas administraciones municipales y gubernamentales desde comienzos del siglo xx. El *Comité de Asistencia y Previsión Social*, por su parte, estaría encargado de concretar obras complementarias a las Leyes de Previsión, como por ejemplo, la adquisición de un Mausoleo para los Matarifes, el cual se compró en terrenos del Cementerio General y permitía que los restos de cada trabajador fallecido, pudiera permanecer en un nicho durante los primeros cinco años, tras los cuales se trasladarían a un patio colindante.

Del entretenimiento y formación de los trabajadores, se preocuparían los *Comités de Educación*, orientado al perfeccionamiento de la “profesión de matarifes”, el de *Estudios Sociales*, encargado de dar a conocer las leyes sociales y cívicas a los trabajadores; y el de *Deportes*, preocupado de difundir actividades deportivas y la cultura física²³.

Estos comités, deberían colaborar en cumplir los objetivos del sindicato, los que podemos agrupar en tres puntos: el primero plantea que el organismo debía contribuir al bienestar de los asociados²⁴, enfatizándose que los beneficios sociales por ellos recibidos, eran extraordinarios comparados con otros trabajadores del periodo. El más recordado, sin duda, fue el tipo de régimen salarial:

Después uno entra a ser un obrero más, uno sindicado trabajara o no trabajara tenía el sueldo asegurado. Un día no fui porque estaba enfermo, y como estaba sindicado, me pagaron el sueldo, lo que se ganaba ahí, con eso se pagaba el sueldo. Todos los que estaban en la cuadrilla estaban sindicados, los que iban a la aventura trabajaban cuando faltaba uno, porque habían otros que eran matarifes pero no eran sindicados, entonces esos eran trabajadores a la aventura. Es una historia muy bonita la del Matadero... Los que no trabajaban, los que faltaban, al otro día le tenían su paga, uno de los principales puntos del sindicato era eso. Si alguien se enfermaba también, si alguien caía preso, también, porque ahí las peleas a cuchilla eran pan de cada día. — JORGE GONZÁLEZ

Esta práctica se extendía al caso de enfermedades o bien de muerte de algún trabajador, en ese caso la ayuda en dinero iba en beneficio de la familia del asociado, junto a los gastos por los funerales. Todo ello, cubierto por una cuota mortuoria obligatoria que debían cancelar todos los socios²⁵.

23

Ibidem, p. 10.

24

Ibidem, p. 1.

25

Ibidem, p. 11.

26
Ibíd., p. 1.

Un segundo objetivo planteaba que el sindicato debía hacer cumplir las leyes sociales, lo cual se concretó en el pago del Seguro del Servicio Social, obligatorio para todos socios. Este pago, realizado para el antiguo fondo previsional y asegurar la jubilación de los trabajadores, debía realizarse a través de la Libreta de Seguro, establecido según las leyes de previsión.

Y el tercer objetivo, consistía en la representación de los trabajadores «ante patronos y autoridades respectivas... ante Administración y demás poderes públicos»²⁶, elemento que también fue relevado en las entrevistas, debido a que el sindicato logró constituirse en un ente negociador fuerte, no sólo por las cualidades del gremio sino también, por sus dirigentes.

El poder de este Sindicato radicaba en que el gremio era imprescindible para el funcionamiento de la ciudad, puesto que su trabajo en la madrugada abastecía de carne a todo Santiago durante el día. Si la faena se detenía, había desabastecimiento, ya que no existían posibilidades de traer este producto desde otros puntos del país, a causa de la ausencia de frigoríficos. Este elemento entonces, fue la principal arma de presión de los matarifes, aseverándonos que *éramos más poderosos que los mineros, era un gremio muy poderoso a nivel nacional (Luis Tobar)*. La condición de sector estratégico, sumada al arrojo con que se ha caracterizado a los cuadrinos, tornaban a su organismo sindical una entidad fortalecida al momento de negociar.

Sobre las huelgas, los testimonios recuerdan que algunas ocasiones soldados del ejército –trabajadores del Matadero Militar ubicado junto a la Penitenciaría–, trataron de hacer funcionar Franklin:

Claro, tenían Matadero los militares entonces sabían trabajar y cuando se paraban los matarifes venían los militares, pero no eran capaz de trabajar, así

que tenían que firmar el pliego de peticiones no más, no eran capaz. Por ejemplo, una cuadrilla de matarifes, volteamos noventa novillos, la misma cantidad de hombres militares, no volteaban más de diez, nosotros éramos muy rápido, por la práctica... se trabajaba de memoria. — MARIO GONZÁLEZ

Yo estaba miliqueando, y se botaron a huelga y no se podía para la matanza y trajeron a los milicos, porque aquí, en el este, hay un Matadero militar, al lado de la Peni, hay un matadero, es militar, y trajeron milicos pa' acá. El año 57, huelgas hubieron varias. En esos años, a mí me contaban los amigos que a veces las huelgas, eran unidos, si quedaba la crema. Habían carretelas que salían con carne y en el Parque Cousiño, como estaban rompiendo la huelga, les echaban un bidón con creolina, y nosotros cuando queríamos hacer una huelga, le trabajábamos lento, nosotros nos demorábamos pa voltear diez animales una hora, éramos rápidos, y habían 120, nos demorábamos diez horas, sacábamos la cuenta, mientras estaban las conversaciones y si salía humo blanco, apurábamos la matanza. — LUIS TOBAR

Sin duda, uno de los factores que contribuyó a esta imagen del Sindicato, fueron sus dirigentes, entre los que se destaca la figura de Florencio Orellana, primer presidente, fallecido tempranamente en el año 1947. Su tumba inauguró el Mausoleo gremial y en su honor se puso la primera placa conmemorativa:

«Al cumplirse tres años de la fundación del Sindicato Profesional de Matarifes de Santiago, a un año del fallecimiento del que fuera su querido Presidente compañero Florencio Orellana Vega Q.E.P.D. el actual directorio y cuerpo de delegados al colocar esta placa recordatoria a su memoria quieren recordar sus enseñanzas de lealtad y honradez hacia

27

“Federación Nacional de Sindicatos de Matarifes y R. S.”, Carpeta 10, *Fondo Dirección de Relaciones Laborales*, Archivo Nacional de la Administración, p. 59. La abreviación “R. S.” significa Ramos Similares.

sus compañeros de clase.

DIRECTIVA ACTUAL:

Carlos Valenzuela C., *Tesorero*. | Juan Armijo V., *Secretario*. | Jacinto Cossio A., *Presidente*. | Luis Obregón D. *Director*. | Ricardo Cerda, *Director*. ¶ Santiago, 28 de enero de 1949.»

Otros dirigentes recordados fueron Alberto Guevara, apodado *el limón* y José Domínguez Rivera, que presidieron el sindicato en los años cincuenta. Rescatamos el vínculo de los trabajadores con sus dirigentes, ya que en los testimonios se enfatizó que ellos ordenaban a sus trabajadores, estableciendo un comité de disciplina e incluso, participando en la selección de los maestros de cuadrillas, ya durante los años sesenta. Creemos que este organismo fue parte de una modernización propia de la estructura laboral, puesto que finalizaron la etapa en que los maestros de cuadrilla comandaban las relaciones contractuales con los industriales, e inauguraron un periodo de organización autónoma que debía concluir en la autogestión de su trabajo, como veremos en la última sección de este capítulo.

Las redes de solidaridad afianzadas por el sindicato, lograron dilatarse más allá del Matadero Franklin, constituyéndose una identidad gremial extensiva a todo el país. Este espíritu fue representado por la *Federación de Sindicatos de Matarifes y R. S.*, fundada el 10 de julio de 1954 y que tenía por objetivo «propiciar la unidad total del gremio de matarifes y ramos similares de todo el país, luchando por establecer iguales condiciones económicas»²⁷. Esto se traduce en que la identificación del espacio Matadero se extiende a la profesión “matarife”, lo que implica que la solidaridad también se puede manifestar con trabajadores de otras ciudades, como en el siguiente relato:



DOCUMENTOS: Carnet Sindical de Fernando González Marabolí, archivo personal Luis Castro González.



IMAGEN: Matarifes en reunión sindical, archivo personal Luis Castro González.



IMAGEN: Fernando González
Marabolí en reunión
sindical, archivo personal
Luis Castro González.

28
Ibídem.

Le voy a contar algo... nosotros éramos muy poderosos, aquí en el Matadero en Portales, en Valparaíso, había un Matadero chiquitito, hace treinta, cuarenta años atrás. Ese matadero, cuando ya a los matarifes querían cortarles los brazos, no llegaban animales para voltear. ¿Sabe lo que hacía la municipalidad de Valparaíso? Los estaba mandando a limpiar las plazas, a los matarifes, y eso que tenía el carnet de profesional. Entonces qué fue lo que se hizo, se juntó plata a nivel de todos nosotros, y le mandábamos la plata a ellos, nosotros poníamos de nuestro sueldo. — LUIS TOBAR

La Federación Nacional, se constituyó con representantes del *Sindicato Profesional de Matarifes de Blanqueado, de Obreros del Matadero de Viña del Mar, de Repartidores de Carne de Matadero de Santiago, de Matarifes de Puente Alto, de Matarifes y R. S. de La Florida y La Cisterna, de Matarifes y R. S. de Talca, de Matarifes y R. S. de Conchalí, y de Matarifes del Matadero Municipal de Santiago*, planteándose en el futuro ampliar la cantidad de organismos incorporados, e incluso, en los estatutos se incluye una cláusula en que los sindicatos de provincias pueden designar como vocero para las asambleas a trabajadores de Santiago, para facilitar su representación.

La unidad de los matarifes a nivel nacional buscaba constituir un organismo fuerte en la lucha por evitar que se privatizaran los mataderos, lo que fue definido en los estatutos como «procurar interesar al Estado para que dicte leyes que determinen que los mataderos sean de propiedad fiscal o municipal y al mismo tiempo, establecer elementos de higiene y salubridad para el desempeño del trabajo de matanza, y para los obreros que laboren en ellos»²⁸. Este paso importante en su ordenamiento, opera como una respuesta a los planes de la Corporación de Fomento de la Producción (CORFO), que pretendía crear una red de mataderos frigoríficos a nivel nacional reemplazando los antiguos,

suceso que desataría el enfrentamiento de 1971, como veremos en la última sección de este capítulo.

«OTRO MÁS A LA CUENTA, LA SALA 'E VENTA»

Funcionamiento y administración

Desde su fundación, el Matadero fue de propiedad Municipal y si bien durante el siglo XIX se prodigó su administración a concesión privada, prontamente la entidad edilicia retomarí el control de su funcionamiento. De esta manera, el Matadero operaba según los decretos y dictados del municipio de Santiago, organismo que se dedicaba a cobrar el impuesto por beneficio de animales establecido por ley, a la gestión e inversión en infraestructura y al control sanitario (este rol era ejercido por un veterinario jefe). Una vez consolidados los sindicatos, la administración también intervino en el pago de los sueldos y en la gestión del servicio de Seguro Social, ya que recuerdan los entrevistados que debían ir a ese edificio a poner sus estampillas en sus libretas.

Por mucho tiempo, la relación entre matarifes e industriales (dueños de los animales que se beneficiaban) fue directa y la administración ejerció un papel bastante menor en la mediación. Este sistema era muy similar al utilizado durante el siglo XIX por el gremio de lancheros y jornaleros en el puerto de Valparaíso, quienes se organizaban en cuadrillas y cada una negociaba directamente y por separado con cada comerciante²⁹. Para el caso del Matadero, el industrial contrataba los servicios de una cuadrilla completa –no a los trabajadores por separado– y hacia comienzos de siglo, el trato se realizaba directamente con el maestro jefe de esos trabajadores. Luego, una vez consolidados los sindicatos, la negociación se realizaba a nivel de organizaciones, disminuyendo

29

Nos referimos al concepto de *gremio* utilizado por Aldo Yávar en “El gremio de jornaleros y lancheros de Valparaíso. 1837-1859. Etapa de formación”, *Historia*, vol. 24, 1989, pp. 359-362.

30
 “Comercialización de ganado y carne”, *Agricultura y ganadería*, Ministerio de Agricultura, N° 11-12, septiembre-diciembre de 1957, p. 23.

la libertad de los industriales de negociar individualmente el precio de la faena, ya que ese valor era establecido por el gremio en su conjunto. De este modo, la supervisión de las cuadrillas, la disciplina del trabajo, la productividad de la mano de obras y otras conductas laborales eran prácticamente “autocontroladas” por los trabajadores, puesto que eran sus propios representantes quienes velaban por el buen funcionamiento.

Como indicamos previamente, el trabajo realizado por la cuadrilla, constituía la primera parte del proceso global de la industria de la carne. El animal faenado, dividido en carne y subproductos, tenía diferentes destinos: la carne era instalada en la sala de ventas, donde industriales negociaban con los abasteros (dueños de carnicerías) quienes también constituían un gremio poderoso. El traslado de este producto era realizado por los cargadores hacia carretelas y camiones, que se instalaban en las calles interiores del Matadero.

Otro circuito lo recorrían los subproductos de la carne, y se dirigía hacia las fábricas colindantes al matadero, las cuales podían ser curtiembres, fábrica de sebo, fábrica de cecinas, principalmente abastecidas por los triperos. En tanto que los cabeceros, malcorneros, guateros y pateros abastecían las fábricas de harinas de huesos, a comerciantes ambulantes y también a algunas fábricas de cecinas³⁰. Este procedimiento, era ampliamente cuestionado por las investigaciones realizadas a fines de la década de 1950, por las condiciones en que salían los productos cárneos del Matadero y por la gran cantidad de intermediarios que existían entre el animal vivo y el consumidor. Esto se sumaba a la crítica por las malas condiciones higiénicas del recinto y a los anticuados y deteriorados edificios y pabellones de matanza. Las soluciones propuestas para lidiar con este problema, desde comienzos de siglo xx fueron transformar y mejorar la infraestructura del lugar, sin embargo, las opciones de convertirlo en un

recinto moderno fueron abandonadas y se concretó la creación de un nuevo Matadero modelo para reemplazar al “Viejo Matadero Franklin”.

«QUE SERÁ DEL MATADERO»

Ocaso y cierre

En 1957, el gobierno chileno encargó realizar un diagnóstico de la producción y comercialización ganadera en Chile a doctores estadounidenses. De esa misión, surgió el Plan Nacional de Mataderos, creado por CORFO en 1961³¹, y que tenía por objetivo la construcción de una Red de Mataderos Frigoríficos a lo largo del país.

El diagnóstico mencionado, concluyó que todos los mataderos municipales eran anticuados y exigían el empleo de métodos primitivos para su operación, y que debido a la falta de maquinaria y de un conocimiento adecuado, los métodos para el faenamamiento de la carne eran «rudimentarios, trabajosos, lentos, insalubres y antieconómicos»³². Por lo tanto, el Plan de CORFO proyectó para la década siguiente la creación de trece mataderos frigoríficos³³, que debían tener como condición principal, ser instalados cerca de los puntos de producción ganadera, con amplias salas de refrigeración y maquinaria que permitieran el beneficio del animal en condiciones salubres y a su vez, mantener la calidad de los subproductos. El objetivo de estas modificaciones, eran que el transporte hacia los centros urbanos consumidores lo realizara la carne ya faenada, y no el animal vivo, como se efectuaba hasta entonces. Además, se enfatizó en la necesidad de que los productores ganaderos fueran propietarios de los Mataderos, a través de cooperativas, lo que permitiría que disminuyeran los intermediarios entre el ganadero y el consumidor.³⁴

31
 Luis Ortega, et. ál., *CORFO. 50 años de realizaciones*, Universidad de Santiago de Chile, Santiago 1993, p. 144-145.

32
 Dr. Harry Shepherd, “Proyecto de modernización de Mataderos Frigoríficos”, en Miguel Ponce, Op. cit., p. 27.

33
 El primero que se construyó y que sirvió de modelo para el resto, fue el Matadero Frigorífico de Magallanes.

34
Programa de Desarrollo Ganadero. CORFO-BIRF, 1970-1973, CORFO, Santiago 1969, p. 22.

35

Ver entrevista al administrador del Matadero, don Ramón Molina Cortes, en *Periódico Matadero* N° 4, 1 de marzo de 1936, p. 1.

36

«Comercialización de ganado y carne», Op. cit., p. 12.

37

Programa de Desarrollo Ganadero. CORFO-BIRF. 1970-1973. CORFO, Santiago 1969, p. 23.

38

Miguel Ponce, Op. cit., pp. 55 y 57.

39

Alcalde de Santiago entre 1970 y 1972.

En el caso de Santiago, el Matadero que reemplazaría al Municipal sería Lo Valledor, el cual fue concebido en la década de 1920 como “Matadero Modelo” y fue postergado en distintas ocasiones por falta de recursos desde el municipio³⁵, iniciándose su construcción recién en 1947. El proyecto quedó inconcluso una vez más y sólo veinte años después, se retomó como parte del Plan Nacional mencionado³⁶. En 1969 comenzó a funcionar en marcha blanca, con matarifes de Franklin³⁷ y en 1971 fue adquirido por SOCOAGRO (Sociedad de Construcciones y Operaciones Agropecuarias), una cooperativa estatal formada por CORFO, ECA (Empresa de Comercio Agrícola) y ENAFRI (Empresa nacional de Frigoríficos)³⁸. Este proceso se desarrolló en paralelo a las *vedas*, que correspondían a parcializaciones del trabajo.

Según el testimonio de Luis Tobar, quien fue uno de los matarifes que iniciaron la faena en Lo Valledor, el Sindicato había realizado gestiones para adquirir este nuevo recinto, las que fueron frustradas por el contexto político:

El Matadero de Lo Valledor ya se llamaba SOCOAGRO, ese Matadero era de nosotros, porque a nosotros nos correspondía, y de a poquito nos lo fueron quitando, nosotros íbamos a comprar ese matadero, el gremio de nosotros, si nosotros teníamos plata, nos íbamos a unirnos con los industriales, si ese Matadero era justamente para nosotros... Me acuerdo que había un alcalde, Ignacio Lagno³⁹, era del Partido Radical, ese nos cerró las puertas para que nosotros no lo compraríamos, Ignacio Lagno se llamaba y después se empezó a venderle a los ferianos, empezaron a venderle los terrenos, y ahora el Matadero lo vendieron, lo compraron ellos mismos, el de la Feria de Lo Valledor. Yo fui uno de los primeros en llegar a trabajar a ese Matadero...

Yo me fui a practicar allá, estuve practicando cuatro años. El año 69 fui a practicar, yo tengo una foto con Eduardo Frei, tiene que estar en la biblioteca cuando estamos todos con casco y todos de blanco, y afuera del Matadero le estaba dando la mano al presidente Frei Montalva, cuando lo estaban inaugurando, el año 69. Si claro, ese Matadero era nuestro y resulta que después cuando quisimos ir allá, ya había gente, habían más de 500 metidos ahí, qué lo que eran: Partido Radical, Partido Comunista, Partido Socialista, y nosotros que éramos un gremio con carnet de sindicato, con carnet profesional, ojo, que nosotros teníamos carnet profesional de Matarife, no nos servía de nada. Gente que ni conocía la carne ganaban más plata que nosotros, porque estaban por puro pituto.

40

Miguel Ponce. Op. cit., pp. 235-236.

Este proceso, descrito por Tobar como un triunfo de la organización sindical, fue frustrado por los vicios de las prácticas políticas de la época. Por ello, en el año 1971, los obreros matarifes de Franklin se tomaron Lo Valledor, con el objetivo de manejarlo autónomamente, consolidar la administración de los trabajadores y asegurar los puestos de trabajo ante el inminente cierre del Matadero Municipal. La toma se bajó al año siguiente, luego que por medio de las negociaciones se acordara el “pago del vacío”, una remuneración cancelada mientras los obreros se mantenían “cesantes”, puesto que la faena en Franklin ya se encontraba disminuida y se esperó hasta fin de año para la apertura del Matadero “modelo”⁴⁰.

Durante esta investigación, no logramos escudriñar hondamente el vínculo político existente entre el Sindicato de Matarifes y el gobierno de la Unidad Popular. En los testimonios recolectados, se nos hizo hincapié en que a pesar de reconocer la militancia política de algunos dirigentes (como Fernando González Marabolí y Ricardo Cerda, vinculados al Partido Comunista), el trabajo del sindicato no se relacionaba con fórmula partidista alguna, aunque la toma realizada

⁴¹
Para el detalle de este proceso, ver Peter Winn, *Tejedores de la Revolución. Los trabajadores de Yarur y la vía chilena al socialismo*, Ed. LOM, Santiago 2004.

⁴²
“La ganadería nacional y la comercialización de la carne”, en *Agricultura y ganadería*, Ministerio de Agricultura, N° 11-12, septiembrediciembre de 1957, p. 4.

entre 1971 y 1972 se vincula con las formas de presión hechas por los trabajadores como parte del proceso denominado “revolución desde abajo” por Peter Winn⁴¹.

Como hemos señalado, no encontramos referencias de los matarifes en la bibliografía de historia sindical, y tampoco logramos identificar en la prensa escrita acontecimientos importantes recordados por los entrevistados, como el Congreso Nacional de Matarifes, organizado durante el invierno de 1973. La ausencia de estos hechos en los escritos del periodo, podría señalar la minusvaloración de este sindicato, asunto que –conjeturamos– se explica en la modernización y erección de otros Mataderos.

De esta manera, la construcción del nuevo Matadero en Lo Valledor, significó el cierre paulatino de Franklin, al que ya no sólo la infraestructura atrasada le ponía obstáculos, sino que también el modelo económico. Desde los años cincuenta la producción de carne en el país disminuyó paulatinamente, debido a las deficiencias en la faena y al alto costo que implicaba el transporte⁴². Esta situación se complicaba aún más, por las medidas implementadas por el Comisariato de Precios y Subsistencias (SAP) y la posterior Dirección de Industria y Comercio (DIRINCO), que tendía a bajar el valor de los productos de consumo básicos para los hogares. Es así, como hacia la década de 1970, el trabajo disminuyó al nivel de no poder hacer funcionar el Matadero en los tres días determinados.

Una vez iniciada la faena en Lo Valledor, el objetivo del gobierno fue jubilar o trasladar a los matarifes, quienes serían contratados ahora con sueldo fijo, bajo el rótulo de trabajador público. Esta nueva condición, degradaba la calidad de salario que acostumbraron a ganar los cuadrinos en su época de oro, la que fue recordada insistentemente por los entrevistados:

Había que estar ahí, a pie pelado y en invierno, hacía frío. Pero así era la cosa, y así como se ganaba plata también, salíamos con los bolsillos llenos de plata.

Yo cuando llegué a la casa, tenía quince años, no vivíamos aquí... con quince años, llegué de terno, pañuelo al cuello y con los bolsillos llenos de plata, mi mamá se puso a llorar... estaba ahí la Adriana, la Yola y se armó la fiesta.

— JORGE GONZÁLEZ

Se pasaba muy bien, comíamos muy bien, y es que había mucha plata, se ganaba mucha plata... Un día le pregunté a un amigo, le dije cuánto ganaríamos de plata ahora en el matadero. Y me dijo que sus nietos hicieron el calculo con el precio del cambio de la moneda, y me dijo que ganábamos entre setenta y noventa mil pesos diarios de ahora... pero el trabajo era duro. — MARIO GONZÁLEZ

Y nosotros trabajábamos todo el año. Nosotros trabajábamos tres veces a la semana, tres días, y los otros días los dedicábamos a tomar, a pasarlo bien, porque pasábamos con los bolsillos llenos de plata. Nosotros nos agarrábamos a combo para pagar una cuenta. — LUIS TOBAR

Lo Valledor no sólo cambiaba un régimen salarial, sino que también transformaba el sistema de vida, los códigos sociales y de asociatividad que habían desarrollado los matarifes. El trabajo manual pasó a ser mecanizado, lo que significó que el matancero no debía necesariamente ser un hombre fuerte y mocetón, como se caracterizó históricamente a los cuadrinos; por otro lado, los rasgos autonómicos que le habían dado fortaleza al sindicato, se reducían a un formato de industria tradicional, lo que debilitaba la representatividad y capacidad negociadora de la organización. Tal vez el argumento principal del cambio que representaba este nuevo matadero, era que alejaba a los cuadrinos del histórico barrio que se había erigido a su alrededor, por lo tanto, Lo Valledor no sólo implicaba un cambio en la infraestructura y tecnificación del procedimiento

43
Según el estudio citado del Dr. Luengo, esto fue en 1972, y según el sitio de DIBAM www.memoriachilena.cl, fue en 1975. Los entrevistados nos precisaron que el cierre sucedió después del golpe de Estado.

administrativo y funcional de la industria de la carne, sino que también involucraba el ocaso irrevocable de una “cultura laboral”.

Las puertas de viejo Matadero se cerraron hacia 1973⁴³, dejando atrás más de ciento veinte años de historias, en los que se modificó completamente el entorno del antiguo cuadrante. El bullente barrio comercial que nació en torno al Matadero, dejó atrás el desértico y rural paisaje de 1847, consiguiendo ser incorporado como una extensión del *centro* de la capital.

A pesar del cierre de sus puertas, en la memoria de los cuadrinos permanecen vivos los recuerdos de todos sus intersticios y callejuelas. Por ello, a continuación, transitaremos por los puntos de encuentro y reunión, donde los mata-rifes le dieron vida al Barrio Matadero Franklin.

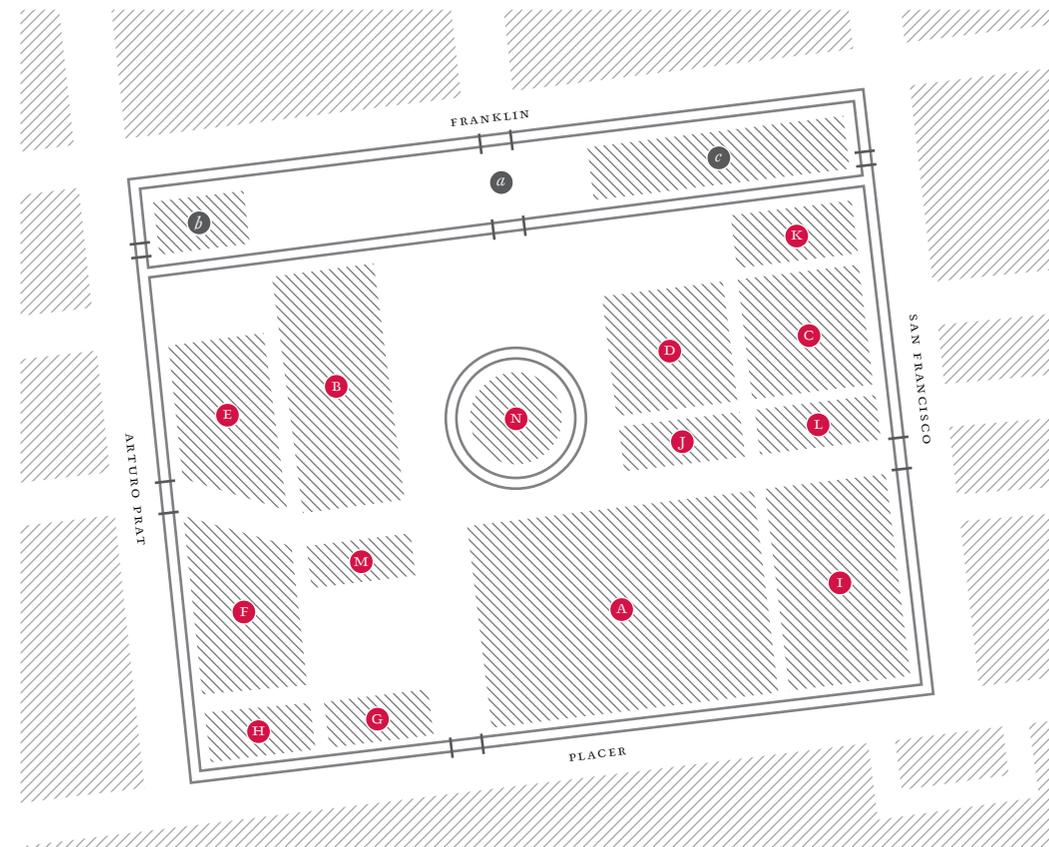


DIAGRAMA
MATADERO
DE SANTIAGO

- | | | |
|--------------------|--------------------------|-----------------------------------|
| A Sección Vacunos | G Hospital de animales | M Cocinerías |
| B Sección Cerdos | H Crematorio | N Plaza Magallanes o de los Toros |
| C Sección Terneros | I Frigorífico Magallanes | a Vega Mercado |
| D Sección Corderos | J Administración | b Pilastras |
| E Subproductos | K Carabineros | c Barrio Chino |
| F Calderas | L Pensiones | |



CAPÍTULO III

QUE SE CIERRE ESTE SALÓN, QUE SON DUEÑOS LOS CUADRINOS

Sociabilidades populares en el barrio Matadero

LOS ESTUDIOS CONCERNIENTES a la sociabilidad popular en Chile se han concentrado en describir y analizar las costumbres, diversiones y relaciones sociales de rotos y peones durante el siglo XIX. En dichos relatos, se ha relevado como lugar preferente a las *chinganas*, instalaciones primariamente rurales que fueron invadiendo los bordes citadinos, instalándose en arrabales y caminos de ingreso de las principales ciudades del país. Inicialmente fueron descritas por cronistas como María Graham¹, Carlos Bladh² y José Zapiola³ entre otros, como un espacio de diversión propio de la plebe, distanciado de los *cafés* y salones, epicentro de reunión de la elite ilustrada. Por otro lado, los estudios historiográficos más recientes han puesto atención en la sociabilidad peonal como forma de *trasgredir* el orden social propio de la consolidación del estado autoritario surgido en la década de 1830. Particularmente, la Nueva Historia Social ha enfatizado que las modalidades de socialización y diversiones populares rurales se trasladaron junto a los rotos y peones, hacia los diversos enganches que debieron emprender, siendo ellos portadores y reproductores de un *modo de ser* popular-tradicional:

¹ María Graham, *Diario de su residencia en Chile (1822) y de su viaje al Brasil (1823)*, Editorial América, s/f., p. 268. Revisada en www.memoriachilena.cl.

² Carlos Bladh "La República de Chile. 1821-1828", en Guillermo Feliú Cruz, *Santiago a comienzos del siglo XIX. Crónicas de los viajeros*, Editorial Andrés Bello, 1970.

³ José Zapiola, *Recuerdos de treinta años*, Editorial Zig-Zag, 1974, Cap. IV.

IMAGEN: Restorán Las Tres B, Renca, archivo personal Luis Castro González.

4 Jaime Valenzuela, “Diversiones rurales y sociabilidad popular en Chile Central. 1850-1880”, en Fundación Mario Góngora, *Formas de sociabilidad en Chile. 1840-1940*, Ed. Vivaria, Santiago 1992, p. 379.

5 Gabriel Salazar, Op. cit., p. 124-127.

6 Para esta interpretación ver María Angélica Illanes, “Azote, salario y ley. Disciplinamiento y rebeldía de la mano de obra en la minería de Atacama. 1817-1852”, en *Chile Des-centrado. Formación socio-cultural republicana y transición capitalista (1810-1910)*. Ed. LOM, Santiago, 2003, p. 25-26. Maximiliano Salinas, “¡En tiempos de chaya, nadie se enoja! La fiesta popular del carnaval en Santiago de Chile, 1880-1910”, en *Mapocho*, N° 50, Santiago 2001, pp. 281-325. Milton Godoy, “Fiestas y revueltas entre los mineros del Norte Chico, 1840-1900”, en Luis Ortega, et. ál., *Sociedad y Minería en el Norte Chico, 1840-1930*, Ed. Usach-Academia de Humanismo Cristiano, Santiago 2009, pp. 67-96.

7 Para la relación del Estado-nación y la sociabilidad popular ver Fernando Purcell, *Diversiones y juegos populares*.

«Estos establecimientos estaban tan íntimamente ligados a la vida de los bajos grupos rurales, que repetían sus características y su contenido en cada lugar y acontecimiento que reuniera un número importante de esas personas. Y ello no sólo ocurría en las faenas de la trilla o en las carreras de caballos, sino que también se manifestaba en las concertaciones de trabajadores convocadas para componer un camino, construir un puente o tender la línea férrea»⁴.

Asimismo, la configuración de chinganas y otras diversiones populares no solo representaron las manifestaciones festivas de un modo de ser peonal arraigadas en una tradición pretérita, sino que también fueron asociadas a diferentes formas de *resistencia* ante el orden social y al disciplinamiento laboral necesario para sostener un desarrollo económico en la ruta de Chile al capitalismo⁵. Por lo tanto, la historia social-cultural contemporánea se ha preocupado de la sociabilidad popular desde las perspectivas de *transgresión*⁶ o de la construcción de nación,⁷ reiterando la dificultad de las autoridades para contener el “desborde festivo popular” (utilizando fuentes oficiales como decretos, bandos, partes de policía y prensa periódica) presente intrínsecamente en los lugares donde se reunía la mano de obra.

Contrariamente a la abundancia de descripciones de sociabilidad popular decimonónica, existe una carencia de estudios que desarrollen esta materia –desde la perspectiva historiográfica– para el siglo xx. Los lugares de sociabilidad se fueron transformando, abandonando el formato sub-urbano de la chingana y dando paso a otro tipo de recintos que materializaban los cambios y perplejidades de la migración campo ciudad desde los años 30 en adelante. Asimismo, junto a la organización sindical de los trabajadores, fueron afianzándose aglutinaciones vinculadas en torno a clubes sociales que incluían en

sus actividades bailes y deportes, adicionados a espacios de entretenimiento más espontáneo como restoranes y *picás*.

A partir de estos espacios, penetraremos al Barrio Franklin con el fin de atisbar el diálogo que se establece entre el Matadero, el comercio y otros lugares de encuentro que se forjaron a su alrededor⁸. En torno al punto principal de abastecimiento de carnes de la ciudad, se instalaron puestos de frutas y verduras, así como “pensiones” y cocinerías que suministraban de alimentos a los trabajadores durante la madrugada. De la misma forma, se multiplicaron *picás* que recibían a los trabajadores después de la jornada laboral y junto a ellas, las infaltables casas de niñas. Así, las manzanas de predio rústico donadas a la Municipalidad hacia 1847 se fueron transformando en un barrio repleto de nuevas industrias, tráfico comerciales, arterias enteras y pequeñas callejuelas que operaron como áreas de pausa y diversión.

En este apartado, hemos optado por observar los sitios de sociabilidad a modo de *líneas de fuga* del trabajo, espacios donde se propiciaron específicas prácticas sociales. No las asumimos *a priori* como *transgresoras* o *subversivas* y más bien las percibimos como una particular convivencia social. Ellas produjeron relaciones codificadas que derivaron en figuras de organización y también de reunión voluntaria. Si bien, algunas prácticas fueron comunes a los trabajadores urbanos de la primera mitad del siglo xx, consideramos aquí la manera en que ellas se actualizaron puntualmente en torno al barrio y a los mismos matarifes. Procuraremos sondear sus particularidades, recordar sus calles, sus nombres propios y reductos concretos.

*

Formas de sociabilidad y crítica social. Colchagua, 1850-1880. Ed. DIBAM-LOM, 2000. Paulina Peralta, *¡Chile tiene fiesta!: el origen del 18 de Septiembre (1810-1837)*. Ed. LOM, Santiago 2007.

8 Maximiliano Salinas, Elisabet Prudent, Tomás Cornejo y Catalina Saldaña, *¡Vamos remoliendo mi alma! La vida festiva popular en Santiago de Chile 1870-1910*. Ed. LOM, Santiago 2007, p. 74.

9 «Y EN LA PLAZA 'E LOS TOROS, DE PECHO AL FRENTE»

Eugenio Pereira Salas, *Juegos y alegrías coloniales*, Ed. Zig-Zag, Santiago 1947, p. 63 y ss. René León Echaíz, *Historia de Santiago...*, p. 133.

Toreaduras

Una actividad que se presenta tan pública en su visibilidad como críptica en su significado son las *toreaduras* de los matarifes. Según registraron Eugenio Pereira Salas y René León Echaíz, las corridas de toros han existido en Santiago desde el siglo XVI⁹. Su práctica hacia fines del XVIII, era considerada aún una “diversión honesta”¹⁰, autorizándose una plaza y otros lugares especiales donde la plebe podría asistir y de ese modo, alejarse de sus tan arraigados “excesos”. Fue modificándose de un toreo a caballo por otro a pie, considerado este último más profesional¹¹ y se procuró que su celebración continuara evitando “el más remoto peligro de escándalo”¹². Si alguna vez tuvo algún ápice de entretenimiento propio de las elites, claramente ello ya no se observaba para el siglo XIX. Guillermo Feliú Cruz, indica que su motor principal era “recrear al populacho”¹³ que para entonces bebía, bailaba y celebraba con “una indescriptible alegría”¹⁴, soslayándose la brutalidad de su ejecución. Con posterioridad, se le relacionó discursivamente con un desborde *bárbaro* que para el siglo XIX y comienzos del XX, parecía extemporáneo, disruptivo, siendo finalmente vencido por principios de profilaxia social, materializados en bandos y decretos¹⁵.

Se señala una apropiación por parte del pueblo de un atávico entretenimiento que arribó con los españoles avecindados en Chile. Sus vínculos con los tablados y ramadas no pudo ser extirpado, tornándose un deporte popular que reaparece con su propia leyenda y vigor en el Barrio Matadero. En algunas ocasiones, el beneficio de animales se dificultaba debido a que éstos huían del cuadrante de los corrales, incluso “hasta la eremita de San Miguel”¹⁶ generándose gran expectación entre matarifes y habitantes del barrio. Ante la mirada ávida de conventillos y *cités* que se agolpaban alrededor, acontecían las mentadas

toreaduras, momento en que algunos trabajadores demostraban sus habilidades por controlar y devolver al ganado prófugo a las canchas de matanza. Pobladores y transeúntes remembran con distinción estos episodios, momento en que los cuadrinos eran por ellos visibilizados:

«Un ruido, que se sentía más que escucharlo, procedía del pesado golpeteo de cascos sobre los adoquines. Los animales a su paso iban regando con bostas, inundando el ambiente con la hediondez correspondiente. Pero no eran ni el ruido, no menos el olor lo que nos atraía hacia esta caravana fúnebre sino la eventual escapada de algún animal que se resistía a morir y trataba de huir de su triste destino; era una fiesta, donde el animal obtenía todas nuestras simpatías y lo animábamos ruidosamente en su intento.»¹⁷

Por un lado, se observa cómo la empatía de los niños discurre hacia los animales y su destino fatal y evidentemente, contra los célebres trabajadores del Matadero. Los industriales, por su parte, eran los oponentes principales de estos episodios, pues la productividad flaqueaba notoriamente, alzándose también como perspectiva impugnante, reprobatoria. Distinto era para los mismos cuadrinos, quienes recuerdan a los que se demostraban duchos en el arte toruno con admiración y orgullo, pues eran considerados sus genuinos representantes:

Y habían toreros, y eso entretenía. Habían toreros muy buenos, como el “Torito Castrito”, cuando se soltaban los animales, pero los industriales se enojaban, porque cuando se ponían a torear, dejaban todo el trabajo botado, los animales sin descuerar..., porque todos iban a ver las toreaduras, eran buenas.

17

Erica Paluba, “Franklin Recuerdos de infancia”, en *Voces de la ciudad Historias de barrios de Santiago*, Ed. LOM, Santiago 1999, p. 147. Acontecimiento también recordado en Carlos Sepúlveda Leyton, Op. cit., p. 88.

Los soltaban de adrede, y como que se arrancaba, cuando no le quedaba nada de lazo se ponían a gritar “Al lazo, al lazo” para que le ayuden, pero ya el novillo había arrancado y corría con los chunchules en los cachos, eran bravos, como veían la sangre y los otros animales colgados se ponían más bravos. Y ahí todos empezaban “Castrito, Castrito”, que era el torero. Castrito toreó en Madrid, tenía un ojito malo le pusieron el “visco” y era muy famoso en España, y era puro matarife y aprendió con el Paltoco. Fue a torear a España y fue famoso allá, él hizo una gracia y salió en los diarios de Madrid, porque toreó con un sombrero y nadie había toreado con el sombrero, botó la capa y se sacó el sombrero... había que ser suicida de valiente, porque el toro tiene unos cachos así, como aguja.

Había otro, el “Torito”. El “Torito” una vez pidió permiso para hacer el servicio militar, y el sindicato le pagaba todo, le mandaba el sueldo y la carne a su casa todos los días, pongámosle setenta lucas y la recibía la mamá. Pero engañó a la directiva, porque un día en el diario La Nación salió: “Matarife del Matadero Municipal de Santiago salió campeón del deporte taurino de la plaza de Lima en Perú”, y salía una foto con él. Y ganó el torneo. Entonces en la reunión, mi hermano Fernando se puso a defenderlo, cuando lo iban a echar todos estaban de acuerdo por engañar al sindicato, y mi hermano dice: “Todo hombre, merece una segunda oportunidad en la vida... y el compañero llevó la honra y gloria del sindicato nuestro en el extranjero” y votaron de nuevo, levanten la mano quienes quiere que se quede y todos levantaron la mano. Tiene que haber sido el año 48, por ahí, pero no me acuerdo... — MARIO GONZÁLEZ

“El Castrito” como “El Torito”, son solo dos nombres de los tantos obreros del Matadero que, como se nos devela, instigaron el escape de los animales. Ninguna casualidad, sino la pura instalación de su voluntad en medio de la

ardua jornada laboral. Revisita de una práctica intempestiva, *tradicional* y aquí, completamente apropiada: entorpeciendo el atareo, los mandatos del patrón, la animadversión de los espectadores, vuelve siempre a irrumpir como *mito* orgulloso de los cuadrinos.

«VÁMONOS PA'L ABASTO TO'O E' PA' GASTO»

Clubes Sociales.

El Barrio Matadero, se distinguió desde fines del siglo XIX por hallarse en medio de célebres lugares de diversión, como fueron la mentada “Fonda Popular” de Avenida Matta con San Diego o la “Fonda de Juanito el Patero”¹⁸ de calle San Diego. Afamadas cantoras y *puetas* se apilaron allí, entre la estridencia de la zamacueca, el ponche y los juegos de azar. Fondas típicamente descritas, tomaron cuerpo y nombre propio en estos recovecos urbanos, donde sus moradores fueron también asiduos clientes. Inmensos tramos chinganeros, fueron mutando hacia un tipo de sociabilidad diferente, acaso más ordenada y “enaltecedora” de sus costumbres: los Clubes Sociales se alzaron como regazo de múltiples prácticas que sintetizaban baile, deportes y diversos pataches.

Quizá uno de los más remembrados sea el Club Social y Deportivo Comercio Atlético, fundado el 9 de junio de 1932. Para el año 1936 contaba con mil socios, quienes cotidianamente practicaban el billar, pin pon, damas, ajedrez, dominó¹⁹ entre otros juegos de mesa²⁰. La “monumental obra” se radicó en San Diego 1130, contando con salón de baile, teatro y su propio club deportivo. Cultivóse en él, *foot ball*, *basket ball*, ciclismo, atletismo, teniendo además dos bailes mensuales y un paseo a “El Clarillo” como beneficio para sus socios. Siempre como instancia de “mejoramiento moral”, los clubes azuzaron la

18 Antonio Acevedo Hernández, *Los cantores populares chilenos*, Ed. Nascimento, Santiago 1933, p. 24-25.

19 Sobre el dominó y los matarifes ver “Cuando cambian el cuchillo por el dominó”, *La Tercera de la Hora*, 29 de febrero de 1980, p. 5.

20 *Diario Matadero*, 28 de marzo de 1936, N° 7, p. 1.



IMAGEN: Fernando González
Marabolí y amigos, Matadero
Franklin, archivo personal
Luis Castro González.

21

Diario Matadero, 5 de abril de 1936, n° 8, p. 1.

22

Se nombra la participación del Gremio de Abastos en la Huelga de la Carne en Sergio Grez Toso, “Una mirada al movimiento popular desde dos asonadas callejeras. (Santiago 1888-1905)”, en *Cyber Humanitatis* n° 41, Santiago 2007. Y Bárbara de Calisto, “Historia de una asonada popular: Santiago 22 de octubre de 1905”, Tesis para optar al grado Licenciatura en Historia, PUC, Santiago 2001, p. 77.

23

Diario Matadero, 5 de abril de 1936, n° 8, p. 2.

24

Eugenio Pereira Salas, *Juegos y alegrías...*, p. 181.

25

René Leon Echaiz, *Diversiones y juegos típicos chilenos*, Ed. Gabriela Mistral, Santiago 1974, p. 32.

26

Guillermo Feliú Cruz, Op. cit., p. 89.

creación y cuidado de sus deportistas, costeano su indumentaria y procurando su mesurado, sano esparcimiento.

Otro de los sitios más perennes del perímetro, es el Gremio de Abastos, ubicado aún en Nataniel 1910 y fundado en 1897. De orígenes mutualistas, albergó entre sus lindes una escuela nocturna, respondiendo a la reiterada necesidad de *ilustración popular*. Dedicada a instruir a hijos del barrio obrero, duró activa 35 años, hasta su clausura en el gobierno de Carlos Ibañez²¹. Gremio reconocido en el movimiento contra la abolición del impuesto al ganado argentino en 1905²², los abasteros, formaron parte en la organización del Congreso Social Obrero y en la Asamblea Obrera de Alimentación Nacional²³ Con todo, continuó siendo un centro de sociabilidad e inmortalizado fue su Club de Rayuela. Esta última, «entretención inocente y de valiosa calidad deportiva»²⁴, fue ejercitada por soldados y militares preferentemente en la época colonial y su estructura básica nunca mutó demasiado: lanzar tejos circulares y metálicos hacia una raya trazada con tiza en el suelo o hacia una lienza colocada a lo ancho del extremo de la cancha. Cada jugador tiene dos tejos y el éxito consiste en que caigan sobre la raya o lienza. Así se producen el “punto bordeado” y el “punto quemado”²⁵. Considerada “diversión común” hacia 1820²⁶, en 1947 el erudito Pereira Salas indica que «muchos clubes de aficionados a este deporte colonial se han fundado a lo largo del país», constatando su pervivencia. El Gremio de Abasto, fue registrado en las cuecas, más que por su histórico rol en la asonada obrera, por ser un centro de reunión, de jarana:

*Tiremos pa' el Abasto
donde 'ta el Club de Rayuela
llegan niño 'el Matadero
a cantar puras chilenas*

*Vamo' para el Abasto
en Nataniel
llega la flor y nata
a remoler*

*A remoler, sí
flor de cuequero
cantore' a la alta escuela
del Matadero*

*Vamonos pa' l Abasto
to' o e' pa' gasto*

Se observa este deporte empalmado con el canto de la cueca y con lo que la rodea, derrochándose sin medidas en la algarabía que cobija El Abasto. Junto a él, el Club de Rayuela Benjamín Franklin, permanecieron en la memoria de los habitantes del barrio y sus concurrentes:

*Chile tiene su deporte
Que se llama la rayuela
Representa a todo un pueblo
Simbolismo de mi tierra.*

*De todos los deportes
Que se practican
La rayuela es el juego
Que identifica*

*Que identifica, sí
 Muchos cuarenta
 Un rayuelero tieso
 Corta la lienza*

*En el Franklin se juega
 A la rayuela*

Esta cueca fue grabada en el disco *Buenas Cuecas Centrinas* en 1970 con la muletilla *punto y quemá*, su autor Luis Téllez recuerda El Franklin hacia 1955 como lugar donde se extendieron arduas contiendas y álgidas apuestas. La rayuela fue insertada en la métrica de una cueca, obedeciendo a la precisión de su ejercicio:

El primero que tira tiene que ser un gallo que tenga sangre fría, porque el tipo que no le tirite la muñeca, que tire a echar vuelo inmediatamente para intimidar al rival y esos son los punteros, y en cambio hay otros que no son punteros y que necesitan más precisión, porque cuando les toca tirar, prácticamente que la cancha está llena de tejos, entonces tiene que saber caer. Entonces aquí viene una cosa que en la rayuela tienen un dicho que dice “faltando una, faltan todas”, o sea tu puedes ir ganando 14-0, pero si todavía no llegai a las 16, podís perder. Entonces hay una parte de la cueca que dice “muchos cuarenta”, cuando hay muchos cuarenta, ya nos tienen ganado ya y tengo que tirar yo: “un rayuelero tieso, corta la lienza”, o sea la tira y cortándose la lienza, se anula el juego. Y eso está en la letra.

Como otros deportes territorializados en el sector, la rayuela no se practicaba encerrada sobre sí, sino por el contrario, en contacto con la festividad que suscitaba. Generalmente, las apuestas no se materializaban en dinero, sino en “*botellas de vino o una bebida*”, licores y otras comidas que permitieran proseguir con el encuentro.

Junto a estos dos ejes deportivos, se diseminaron otros clubes de distinta índole: Club Social, Cultural y Deportivo José Maza Fernández de Serrano; Club de *basket ball* La Flecha; Club del Deportista Rafael Franco; El Tani, Tucapel; Escalante y finalmente el Club del Matadero entre otros. De todos ellos, los que cultivaron el boxeo y el fútbol, se afincaron más hondamente en esta zona urbana.

El pugilismo chileno experimentó la rutilancia de su *época de oro* en el Barrio Matadero. Deporte de origen inglés, habría llegado con los marineros al Puerto de Valparaíso a fines del siglo XIX para masificarse en la primera mitad del siglo XX en toda la extensión del país²⁷. Si bien fue acuñado en primera instancia por la clase acomodada, velozmente fue conquistando el corazón de los barrios más populares de Santiago, como Estación Central y Mapocho. Desde entonces, su recorrido fue vertiginoso: cientos de centros de boxeo fueron fundados y arraigados en la memoria de sus observadores. Se estribaron múltiples leyendas en torno a sus más grandes próceres: Manuel Sánchez, Luis Vicentini, Luis Ángel Firpo, Estanislao Loayza y Arturo Godoy, entre otros, dieron cuerpo y vida a los inolvidables *matches* del Hipódromo Circo de calle Artesanos; al Pabellón Acrópolis y el Teatro Caupolicán, de San Diego. En ellos, se cobijó a miles de fanáticos, que desde todos los extremos de la capital, observaban ávidos a los más peritos *escultores del mentón*. El boxeo, qué duda cabe, deviene en el deporte popular por antonomasia, siendo reconocido como recreo propio de obreros desde la década del 20²⁸ y adhesivo al “espíritu peleador de la raza chilena”²⁹.

27 Renato González, *El boxeo en Chile*, Ed. Quimantú, Santiago 1973, p. 11.

28 Luis Vitale, *Interpretación Marxista de la Historia de Chile*, Ed. LOM, Santiago 1998, p. 219. Peter de Shazo, *Trabajadores urbanos y sindicatos en Chile: 1902-1927*, Ed. Centro de Investigaciones Diego Barrios Arana-DIBAM, Santiago 2007, p. 128.

29 Renato González, Op. cit., p. 12.

30

Stefan Rinke, *Cultura de masas: reforma y nacionalismo en Chile 1910-193*, Ed. Centro de Investigaciones Diego Barros Arana-DIBAM, Santiago 2002, p. 54.

31

Juan Uribe Echevarría, *El púgil y San Pancracio*, Ed. Zig-Zag, Santiago 1966.

32

Enrique Lafourcade, *Mano Bendita*, Ed. Planeta, Buenos Aires 1993.

33

Hernán Adasme, “Amarga leña del púgil caído: Narrativa chilena de boxeo”, en *Grifa*, Universidad Diego Portales, n° 17, Santiago diciembre de 2009, p. 19.

Se le vislumbra como alternativa «disciplinada a la vida desordenada de las calles de los barrios pobres»³⁰ pero conviene cuestionarse: ¿tuvo ese discurso algo de asidero en la realidad?

*El púgil y San Pancracio*³¹ de Juan Uribe Echevarría o *Mano Bendita*³² de Enrique Lafourcade, son dos novelas inspiradas en este fenómeno que contrariamente al relato anterior, retratan el tenor *popular* que le habría pertenecido. Si bien ellas se ubican alejadas de los clubes aficionados y su experiencia local, subvierten el discurso esgrimido “desde arriba”. Nos describen *tongos* y perversiones provocados en un entorno *hampesco*, donde el pugilismo se corporiza más indomeñable, desvirtuado y errático. Con pertinencia Hernán Adasme indica que «la narrativa chilena de box ostentará como rasgo principal el irremontable destino adverso de sus personajes. Tendrá al descalabro gravitando irremediable y permanente en el itinerario de los púgiles»³³. En el centro de la escritura lumpen, arremete nuevamente la fatalidad labrada contra la promesa de *regeneración popular*, luctuosidad inherente a las prácticas populares. A la que primigeniamente se le presentó “reformadora” y ejemplar, se precipitó concluyentemente hacia un trazado decadente, inoculando viciosas influencias.

Pero, ¿qué rostro tenía este deporte en nuestro barrio? Sugerimos que el pugilismo amateur actualizado en las canchas del Matadero, se alejó de los dos polos interpretativos expuestos. No asimiló para sí y menos a modo de estandarte, la idea de “progreso” acuñado por las elites y tampoco experimentó el vértigo de su descenso narrado en la literatura. El Propa de San Francisco y la FAMA de San Ignacio con Franklin, fueron dos núcleos formadores de los tantos matarifes aficionados al boxeo, como fue Fernando González Marabolí, quien dedicó muchas horas de su juventud al entrenamiento de este deporte, compitiendo exitosamente en la Copa Fernando Llona. Los versos de cueca, una vez más evocan estas “glorias de antaño”:

Reliquias, glorias de antaño

Del pugilismo chileno

Fue el glorioso Manuel Sánchez

El bravo Quintín Romero

De los grandes campeones

Que tuvo Chile

Tanislao Loayza

Luis Vicentini

Luis Vicentini, sí

Los dos “Toritos”

El bravo Simón Guerra

Con Fernandito

Y en el trono de honor

*Arturo Godoy*³⁴

Al fútbol, coincidentemente, se le adosó un relato similar. De procedencia portuaria³⁵, este deporte comenzó a ser practicado por «residentes ingleses y sus amigos de la clase alta chilena»³⁶ posicionándose como «punta de lanza en la lucha de la nación contra su peor enemigo»: el alcoholismo³⁷. Idénticamente que el boxeo, el fútbol operó además como implementación de un discurso nacional, racial y de género, siendo el “mejoramiento de la raza” o el alejamiento por parte de la juventud del «vicio, la bohemia y la prostitución»³⁸ algunos de los motores que se le endosaron. Respecto de su ejercicio popular, se ha indicado que tuvo como finalidad “un lucimiento individual y colectivo” y un “competir

34

Esta cueca fue grabada por Los Chileneros en el disco *La cueca brava*, LP Emi-Odeon, Santiago 1968.

35

Luis Ortega, “De pasión de multitudes a rito privado”, en Rafael Sagredo y Cristian Gazmuro, *Historia de la vida privada en Chile. El Chile contemporáneo. De 1925 a nuestros días*, Ed. FUC, Santiago 2007, p. 163.

36

Peter de Shazo, Op. cit., p. 128.

37

Edgardo Marín, *Centenario historia total del fútbol chileno: 1895-1995*, Ed. REI, Santiago 1995, p. 18-38.

38

Pedro Acuña, “¿La Roja de todos?: Construcciones de nación a través de discursos de raza y masculinidad(es) en el fútbol chileno: 1930-1948”, Tesis para optar al grado Licenciatura en Historia, Universidad Diego Portales, Santiago 2009, p. 3-4.

39

Eduardo Santa Cruz, "Los comienzos de nuestro Olimpo. Los deportistas como nuevas figuras públicas en Chile en las primeras décadas del siglo xx" en Revista *Comunicación y Medios*, Universidad de Chile n° 17, Santiago 2006.

40

Club Social y Deportivo Magallanes, *43° Aniversario Club Social y Deportivo Magallanes*, Imp. La Unión, Santiago 1940.

para ganar"³⁹. Contrariamente a ello, planteamos que las *pichangas* pertenecían a un espacio convivencial amplio y fraterno, donde no cabía la competencia en tanto objetivo culminante. La misma noción de pichanga, se excede de una significación puramente futbolística, para –en voz de nuestros entrevistados– simbolizar ampliamente un festejo, acompañado de licores, cantos y músicas concitadas en un colectivo. De honda preeminencia en el barrio, es el Club Social y Deportivo Magallanes, con sede en Chiloé 1844⁴⁰, predecesor de Colo-Colo, representó la algarabía de muchos cuadrinos e industriales. Se rememora que cuando éste jugaba, el Matadero era ornamentado para la ocasión, llenándose de banderas y festejándose el triunfo en la plaza que lleva su nombre. *Eran todos magallánicos, los de ahí de al frente, de la sección de los chanchos, eran todos magallánicos, y la plaza que estaba aquí le pusieron Magallanes (Luis Tobar)*. Los entrevistados nos recuerdan el *clásico* que se suscitaba entre el Club del Matadero y el Magallanes, pues, al estar ambos situados en el mismo barrio, se habría producido cierta pugna por la distinción local.

Sugerimos que las prácticas deportivas y el sentido con el que fueron satisfechas, dicen relación con la búsqueda y deseo de propiciar lugares de coincidencia con otros. Su quehacer estuvo ligado a un entusiasmo que, más que materializar los discursos de disciplinamiento moral u homogenización racial, manifestaba la sencilla voluntad de reunión.

*

«Y UN PRIMERO DE NOVIEMBRE, TO'ÍTO EL SANTO DÍA»

Romerías del Sindicato

Otra instancia de sociabilidad, similar en cuanto a la estructura que presentaban los clubes descritos, fueron las establecidas con periodicidad anual dentro del Sindicato Profesional de Matarifes. Además de los realizados en la Sede del Sindicato, como aniversarios, fiesta de la primavera y otros bailes, tuvieron predominancia en los testimonios, las recordadas *romerías*. Realizadas cada primero de noviembre, ellas consistían en un gran desfile que se iniciaba en la puerta del Matadero y concluía en el Cementerio General. Esta procesión era minuciosamente organizada por los dirigentes, quienes invitaban a participar a delegaciones de matarifes de otras ciudades del país. La larga comitiva era encabezada por una banda, que animaba el recorrido, hasta llegar al Mausoleo de Matarifes, donde se le rendía homenaje a los compañeros fallecidos. El siguiente testimonio da cuenta de este encuentro anual:

Hacían una romería linda todos los años al Mausoleo de los Matarifes, en el Cementerio General... la foto sería del año 55, se hacía para el 1° de noviembre. Ponían una banda de músicos de 40 personas...

Ud. veía pura gente joven, no se veía gente de edad. Nosotras íbamos con mi prima y nos salíamos ahí en Victoria, antes de llegar a Av. Matta, nos salíamos porque habíamos estado toda la mañana ahí, de las 8, ya no dábamos más "salgámonos Alicia", cuando pasábamos por la casa. Nadie se daba cuenta, venía mucha gente, algunos de provincia, venían delegaciones de provincia por eso es que no partía la columna... entonces estaban esperando que llegaran los trabajadores de tal parte, por ejemplo, Rancagua.

Yo encontraba tan lindo, ellos formaban la gente, a los mas jóvenes los ponían adelante, y pasaba una carroza llena de coronas, llegaban delegaciones de tal parte, “colocan la corona los compañeros de Santiago”, así... llegábamos como a las 8 allá, y los que andaban arreglando las columnas eran los delegados, y a nosotras nos retaban, nos decían “a ustedes las puse allá y ahora están aquí”. — FLOR MARÍA GONZÁLEZ

Claro, nosotros, las romerías que hacíamos, era algo espectacular, aquí llegaban todos, los regidores, los diputados, los senadores. Nosotros teníamos, éramos más poderosos que los mineros, era un gremio muy poderoso a nivel nacional. Las hacíamos de a pié. Por todos nuestros compañeros, porque nosotros teníamos un mausoleo. — LUIS TOBAR

El Mausoleo de Matarifes fue adquirido por el Sindicato en 1949 e inaugurado con los restos de don Florencio Orellana, a quien le entregaron una tumba vitalicia por los servicios prestados al Sindicato. Este lugar se constituyó en recinto de peregrinación cada vez que fallecía un matarife siendo el sindicato quien organizaba la ceremonia de velorio y sepultación correspondiente. Para ello, en sus estatutos, se estableció como obligación una cuota mortuoria para así financiar estos gastos, transformándose la muerte de un compañero, en un ritual en el que todo matarife debía y deseaba participar, por ser el último adiós a un colega.

El reconocimiento y aceptación de este ritual se manifiesta en el deseo de los trabajadores de ser sepultados con los honores del sindicato. Este fue el caso de Valentín Jaime, un matarife de la sección de terneros, que le dejó a sus hijas la indicación que *tenían que llevarlo igual como él acompañó a muchos compañeros de allá del Matadero, salían de a pié, hasta el cementerio (Leonor Jaime)*. El Sr. Jaime falleció el 4 de septiembre de 1949 y la primera

noche fue velado en su casa. El día siguiente, sus compañeros trasladaron su cuerpo hasta la sede del sindicato, ubicada en San Francisco, cerca de la puerta del Matadero, para ser homenajeado las dos noches siguientes. El cuarto día, saldría el cortejo fúnebre desde el sindicato, con dirección al Cementerio General. La procesión también era liderada por una banda, que tocaba himnos y la marcha fúnebre:

Y tenían contratado la mejor banda, era excelente... contratada por años y años. De repente morían dos personas en la semana, y los de la banda hacían la caminata no más po... pero el que estaba trabajando a diario, trabajó en el día y en la tarde le tocó ir a dejar a su compañero a la sepultura en el cementerio, decía mi papá “Sale tan pesado ir al cementerio dos veces de a pié”.

La carroza era con caballos, en esos años... y mucho auto, mucho taxi como de costumbre. Nosotras íbamos en auto. Éramos jóvenes pero no como para pegarse esa tremenda caminata. Y nos cuidaban, cuando fuimos al sindicato, que nos tocó ir dos noches, ahí nos cuidaban mientras, nos daban una caja de leche, nos ofrecían queque.

Mi papá quiso siempre que lo velaran allá en el sindicato. Porque quería ir igual que los demás, con los mismos honores. A pié. — CARMEN Y LEONOR JAIME

Según nuestra perspectiva, estas ceremonias cumplen dos funciones, vinculadas ambas a la reafirmación de la identidad del trabajador del Matadero. Por un lado, reafirma el lazo de compañerismo de los trabajadores, en tanto los velorios y desfiles eran verdaderos homenajes a quien había dado su vida a la faena ardua y sacrificada. La opción del sindicato de decretar como “obligatoria” la cuota

mortuoria, también es un esfuerzo por fortalecer desde la organización gremial, el vínculo de solidaridad entre los matarifes que se hace extensiva a sus familias.

Por otro lado, este ritual representa su aparición pública, en tanto unidad, frente a la diversidad de profesiones y escenarios de la ciudad. Esto connota un esfuerzo: cruzar la ciudad completa, de un margen a otro. La romería nos aparece como una voluntad de demostrar su capacidad organizativa, aglutinadora y ser al mismo tiempo, visibilizados por otros, reafirmando en este caso, la identidad del matarife en torno a los tópicos ya enunciados de fuerza y solidaridad.

«CUANDO TOMO CON CANTO, BOTO EL DINERO»

Relatos de la abundancia.

Nos preguntamos desde dónde analizar las *picás*, restoranes y casas de niñas en el Barrio Matadero y pensamos que sería atingente comenzar esta aproximación desde la identificación de los dispositivos que en ellas se conjugan. ¿Cuáles perduran y cuáles parecen introducirse a modo de novedad?

Como hemos sugerido, los clubes y el Sindicato ostentaron ribetes donde fue preferente la organización en torno a deportes y pasatiempos considerados virtuosos o devocionales, independiente de la manera en que estos fueron concretados. Distantemente a ellos, los reductos enunciados se configuran en torno a elementos que parecen enraizados en formas de sociabilidad popular presentes desde el siglo XIX. El alcohol, la música y la comida se actualizan igualmente en estos espacios, ahora, sin embargo, en un contexto de confinamiento territorial y estabilidad laboral marcado por la preponderancia masculina. Los matarifes asimismo, en tanto trabajadores urbanos de la periferia, estaban diferenciados del habitante paradigmático del conventillo. Podían

habitarlo y en el mejor de los casos, morar algún cité o casa del entorno, destacándose eso sí, por ocuparse en una labor que le aseguraba un sueldo permanentemente y las predichas regalías. Son sujetos con trabajo fijo, de primacía sindical, sometidos a bonanzas económicas.

Es preciso dar cuenta de los componentes que se confunden en esta jarana más espontánea, consuetudinaria y frecuente, observando cómo se les ha representado y bajo qué discurso se les ha trabado. Como bien enuncia el historiador Marcos Fernández, el alcohol ha sido comprendido como «factor identitario popular y criminal»⁴¹, signándose al ebrio como «holgazán, criminal, loco, enfermo y degenerado»⁴². Esta identidad lineal y molar, ha sido particularmente reproducida en escritos historiográficos que se abocan a su estudio.

¿Existiría una hebra que ate forzosamente la ebriedad con el delito? Pensadores y cronistas han observado abundantemente el consumo del alcohol como parte inherente del *ser chileno*. Alberto Cabero lo considera una de las más “peligrosas pasiones de los chilenos”, opuesto radicalmente a placeres “cultos y honestos”⁴³, vicio que *provocaría* la pereza y la violencia criminal⁴⁴. Guillermo Feliú Cruz, le asigna igualmente la nomenclatura de *vicio*, explicando su ingesta por «la ausencia del amor al hogar, sentimiento que la naturaleza vagabunda de ellos nunca conoció»⁴⁵, degenerando necesariamente en riñas cometidas en el ocaso de la fiesta popular. Usualmente, se le nombra aquí como efecto de la *carencia*, producida por desamores o “miseria e ignorancia”⁴⁶. Causa o efecto primero de la violencia, se le visualiza atravesada por su conducción hacia el desborde excedido y la ejecución de delitos. La embriaguez como hábito incorporado al peón⁴⁷ permanece como sedimento prendido y traspasado hacia la sociabilidad obrera⁴⁸, que vive esta urbanidad en ciernes. Ante la pregunta, ¿para qué toma un pobre? No es extraño que

⁴¹ Marcos Fernández, Op. cit., p. 64.

⁴² Marcos Fernández, “Las puntas de un mismo lazo. Discurso y representación social del bebedor inmoderado en Chile 1870-1930”, en *Alcohol y trabajo. El alcohol y la formación de las identidades laborales en Chile. Siglo XIX y XX*, Ed. Universidad de los Lagos, Osorno 2008, p. 94.

⁴³ Alberto Cabero, Op. cit., p. 129.

⁴⁴ *Ibidem*.

⁴⁵ Guillermo Feliú Cruz, *Santiago a comienzos...*, p. 86.

⁴⁶ Oreste Plath, “Aportaciones populares sobre el vino y la chicha. Compilación de normas, creencias, costumbres y motivos de la cultura tradicional chilena”, en *Anales del Instituto de Lingüística UNC*, vol. VIII, Mendoza 1962, p. 362.

⁴⁷ Para el caso de la Pampa ver Julio Pinto Vallejos, Verónica Valdivia y Pablo Artaza, “Patria y clase en los albores de la identidad pampina (1860-1890)”, en *Historia* n° 36, Santiago

2003, p. 313. Y para el caso de la Frontera ver Leonardo León, “Tradición y modernidad: vida cotidiana en la Araucanía (1900-1935)”, en *Historia* N° 40, Santiago 2007, p. 358 y ss.

48

Peter de Shazo, Op. cit., pp. 129-130.

49

Andrea Medina, “Vicios y Delitos en los conventillos de la capital: 1900-1920”, Tesis para optar al grado de Licenciatura en Historia, PUC, Santiago 2003, p. 105.

50

Sobre el caso del Norte, ver Rodrigo Henríquez, Op. cit., p. 111 y ss.

51

Ver Álvaro Góngora, *La prostitución en Santiago 1813-1931. Visión de las élites*, Ed. Universitaria, Santiago 1999, p. 113 y ss. Daniela Luque, “Criminalidad, moral y trabajo femenino en Santiago 1900-1920”, Monografía para Seminario *Cuestión Social en Chile*, PUC, Santiago 2009, p. 88-90 (inédito).

52

Zacarías Norambuena, “Barrio Matadero”, en *Voces de la ciudad. Historias de barrios de Santiago*, Ed. LOM, Santiago 1999, p. 11.

se lleve a la misma contestación: para “huir” de “tan amarga realidad”⁴⁹. Su realidad laboral y eventual marginación social, parece opresora, insoportable de ser vivida y se le homologa a la *alienación*.

La prostitución, como el alcohol, es otra experiencia revitalizada con creces en los callejones del Matadero Franklin. Comprendida por las elites como “mal social”⁵⁰ fue asumida como antesala y correlato de la delincuencia, portadora de corrupción moral⁵¹ imbricada allí, con la embriaguez. Música y licores eran subsumidas en las casas de tambo, de yira, de niñas, nombres que asumieron por su permanente algarabía: «Bares que nunca cerraban, pasados a chanco cocido y cebolla en escabeche»⁵². La literatura recuerda la cantina como corolario de diversas actividades, por ejemplo, luego de la oración «los hombres entran en las cantinas y en las casas alegres, resuena el arpa y las castañuelas traquetean una carcajada, alegremente, como si fueran pájaros»⁵³.

Franklin, en torno al Matadero, se nos presenta eminentemente jaranero. Advertimos entonces las *picás* y restaurantes como espacios colectivos, donde una pluralidad de elementos son fundamentales para su actualización. Lejos de encomiar la estructura en que se enmarca la labor del matarife, quisiéramos entrever cómo estos lugares sintetizan una forma de convivencia dispuesta bajo códigos peculiares, donde se concibe un *modo de vivir*. Refrendando la debilidad de los trabajadores por la multiplicidad de bares que se disponen en su área, el Sindicato de Matarifes de la década del treinta, indica como uno de los “diez mandamientos” prioritarios de los compañeros “apartarse de la cantina”⁵⁴. Con el fin de mitigar parcialmente los pleitos acontecidos dentro del establecimiento –que portaban las más de las veces causas traídas desde los bares– se crea el Juzgado de Mataderos⁵⁵. Nuevamente, desde un *deber-ser* trabajador, se pretende frenar el flujo desbordado que materializaban las *picás* y casas aledañas.

Estos encuentros, que no cuentan con lógica organizativa, eran parte de

la cotidianeidad del ciclo laboral, el cual culmina diariamente en uno de estos locales:

Por ejemplo estaban trabajando y se preguntaban, “ya, dónde nos juntamos”, “donde el Negro Arenas” y ahí se pescaba la cachá de carne, de asado y partíamos, imagínate llevábamos dos corderos, entre diez, mandábamos a hacer dos corderos lechones, y ahí estábamos todo el día. Se pasaba muy bien, comíamos muy bien, y es que había mucha plata, se ganaba mucha plata. — MARIO GONZÁLEZ

Como expresa el testimonio expuesto, los matarifes concurrían a los restaurantes con parte de sus regalías o bien otros productos, para que fueran cocinados por los dueños. Este sistema es una dinámica particular, ya que los cuadrinos pagaban por el servicio de la cocina o un tipo de arriendo por el uso del patio y las parrillas, así como el consumo de los bebestibles el cual siempre era en grandes cantidades:

Claro, o carne al jugo con papitas doradas, le pasábamos la carne al dueño del restaurant, ya “Cuántos vienen”, “tantos”, y listo, no sacaban ni una cosa, si entregábamos dos corderos, ponían los dos corderos en la mesa. Tienen que cuidar a los clientes, porque llevaban mucha plata. El matarife tenía mucha plata. — MARIO GONZÁLEZ

Si, nosotros la llevábamos [la carne] y nos cobraban por la hechura, y se quedaban con lo que sobraba ahí, porque cuándo entre cuatro nos íbamos a comer un cordero, nos comíamos la mitad y la otra mitad quedaba ahí. — SERGIO GONZÁLEZ

53

Carlos Sepúlveda, Op. cit., p. 92.

54

Patria y Trabajo N° 1, 18 de septiembre de 1931, p. 1.

55

Diario Matadero N° 4, 1 de marzo de 1936, p. 1.

56

Samuel Claro, Op. cit.,
p. 523, n° 401.

57

*Primero Dios, después el
Matadero. Pasada, presente y
futuro del Barrio Franklin Placer.*
Documental audiovisual,
Programa de Estudios
Patrimoniales y Museología,
Universidad Academia de
Humanismo Cristiano,
Santiago 2008.

Los testimonios vuelven a hacer énfasis en la abundancia del salario ganado por los matarifes. Frases como “nos peleábamos para pagar la cuenta”, “pedíamos las cervezas en caja” o “comprábamos poncheras llenas de vino”, están refiriendo a la holgura económica que permitía no sólo satisfacer las necesidades propias, sino también las de los invitados. Desde este punto de vista, la sociabilidad en los restaurantes se entiende sólo desde el disfrute colectivo, trasladando la fraternidad iniciada en el espacio del trabajo a estos recintos. La cordialidad, entonces, se manifiesta en la invitación y se extiende más allá de los matarifes, integrándose personas “foráneas”, como sucedió con los músicos y cantores de otros barrios populares. Por ello, en el repertorio de cueca centrina, se alude en innumerables ocasiones al hecho de “ir al Matadero”, integrado dentro de los espacios de profusión de la cueca popular:

*Tiremos pa'l Matadero
pa' que cantemos chilenas
donde hay un hombre del pueblo
que me tiene pura güena*⁵⁶

Si hacemos un recorrido por el barrio, los primeros restaurantes que se destacan son los de la calle Franklin. Entre San Diego y Arturo Prat se encontraba *Las Cachás Grandes*, denominado originalmente *Fuente de Soda Miguel Castro*. Según el mito popular, se le cambió el nombre por las proporciones excesivas de los alimentos que ahí se dispensaban, ante lo cual el público solía pedir: *véndame una cachá grande de chocolate y una cachá grande de sopai-pillas*⁵⁷. En esta cuadra también fueron recordados *Los Chinos* y *Las Mundiales*.

En la cuadra siguiente, entre Arturo Prat y San Francisco, se ubicaban *Las Tres B*, negocio caracterizado por su patio interior en el cual se hacían asados. Este

58

Ibidem.

local, igual como *Las Cachás Grandes*, logró abrir sedes en otras comunas. En esta cuadra también estaba el restorán de *Don Floro*, recordado por el “agua con agua”.

En la misma calle Franklin, pero en la esquina de Chiloé, frente a la puerta del Matadero y a la parada de los carros, se encontraba el *Chépica*, uno de los más antiguos. Alejándose del Matadero, por calle Chiloé, se encontraba el restorán *El Manchao*, fundado en 1925 y que aún permanece abierto. Recibió ese nombre por la mancha en la cara que tenía su primer dueño⁵⁸ y según Mario González, ahí se vendía la mejor chicha:

La Chicha del Manchao, famosa la chicha rica, buena, la del Manchao... cada vez que llegaba el matarife, por ejemplo, llegaban dos matarifes y le tenía los dos vasos de chicha con naranja encima, listos, porque salían de carrera a tomarse la chicha y volvía a trabajar. Yo por ejemplo, le pedía permiso al maestro, don Oscar (y hace el gesto de llevarse un vaso a la boca), había que pedirle permiso, no salía al lote.

Por el sector oriente, en calle San Francisco, se instalaron otros recintos como *La picá de don Roberto*, la del *Negro Arenas* y la de *don Oscar*. Pero el más recordado por los cantores del Matadero fue el restorán de *don Víctor Carreño*, quien tenía especial predilección por la cueca:

Era como el padrino de ahí, era como el verdadero padrino, era muy buena gente, muy buena persona, era un hombre estricto con su clientela... tenía arriba unas piezas chicas para acostarse los que estaban cura'os, era otra cosa, ahí estaba abierto hasta que se fuera el último, ahí no cerraba don Víctor, si estaban los cuequeros cantando y tomando, se ponía a tomar con ellos. Era muy buena gente.

— JORGE GONZÁLEZ

59
Samuel Claro, Op. cit.,
p. 523, N° 401.

En este recinto, se reunían los cantores que formaron el conjunto *Los Centrinos del Matadero*, nombre que adoptaron para la grabación del disco *Cuecas con Escándalo* y posteriormente, para el único disco que grabaron en solitario, *Buenas Cuecas Centrinas*. Por ello, Don Víctor Carreño quedó retratado también en el repertorio de cuecas:

*Donde los comerciantes
canta hasta el dueño
y es la mejor picada
Víctor Carreño.*

*Víctor Carreño, sí
yo te lo digo
que es derecho en el lote
y es flor de amigo.*

*Llegan muy buenos pitos
donde don Vito⁵⁹.*

Los lugares predichos, son sólo una muestra de los recintos que albergaron momentos de diversión y esparcimiento de los matarifes. Junto a éstos, se instaló también un nutrido y diversificado comercio donde sastrerías, zapaterías, sombrererías, mueblerías y curtiembres, abastecían de productos básicos tanto a los trabajadores, como al resto de los habitantes de la ciudad. Los testimonios, han insistido en caracterizar el espacio y periodo visto como una época dorada, de bonanza económica, de callejones agitados, afanados, vivos. Por nuestra parte, hemos aspirado a crear, una historia parcial que respondiese fielmente a la

singularidad de los emplazamientos geográficos que le lindaban. Trazar memorias locales, repletas de detalles y elipsis que construyeron finalmente, un relato en búsqueda de lo *molecular*⁶⁰ que lo habitó. Tal vez, el Matadero se presentó irreductible a una Historia escrita que jamás le prestó atención, refundiéndolo incesantemente en discursos moralistas, higienistas y criminalizantes que no le pertenecieron substancialmente. Barrio abigarrado, heterogéneo que expiró en gran parte con la oclusión de su eje fundamental: El Matadero. Estimamos que esta erradicación, concluyó por anularlo también de lo decible, confinándolo al recuerdo oral de la tradición. Pulida ya por su tráfigo en la güeya, se plasmó itinerante en las cuecas que aquí presentamos. Poblados por crónicas, episodios y memorias propias que lo enaltecen, estos versos nos remiten a una narración de honda sociabilidad, abundancia y códigos subsumidos en sus prácticas sociales que solo se actualizan en colectivo, en tanto pluralidad.

60
Gilles Deleuze y Félix Guattari,
Mil Mesetas, Ed. Pre-textos,
Valencia 1980, p. 225 y ss.

SOCIABILIDAD EN EL BARRIO MATADERO

1900 — 1950

■ Matadero Municipal
de Santiago

RESTORANES Y PICÁS

El Pelican
La Malagueña
Bar y Restaurant Gaeta
El Chépica
Los Gringos
Donde el Negro Arenas
La Paloma
Negro Roberto
Doña Fidela
Dónde Don Víctor
Las Tres B
El León de Oro
El Manchao
Don Floro
El Caribe
Las Cachás Grandes

CLUBES SOCIALES

Centro de Box Propa
Club Social y Deportivo
Comercio Atlético
Gremio de Abastos

TEATROS Y CINES

Teatro Franklin
Cine Prat
Teatro Huemul

SERVICIOS

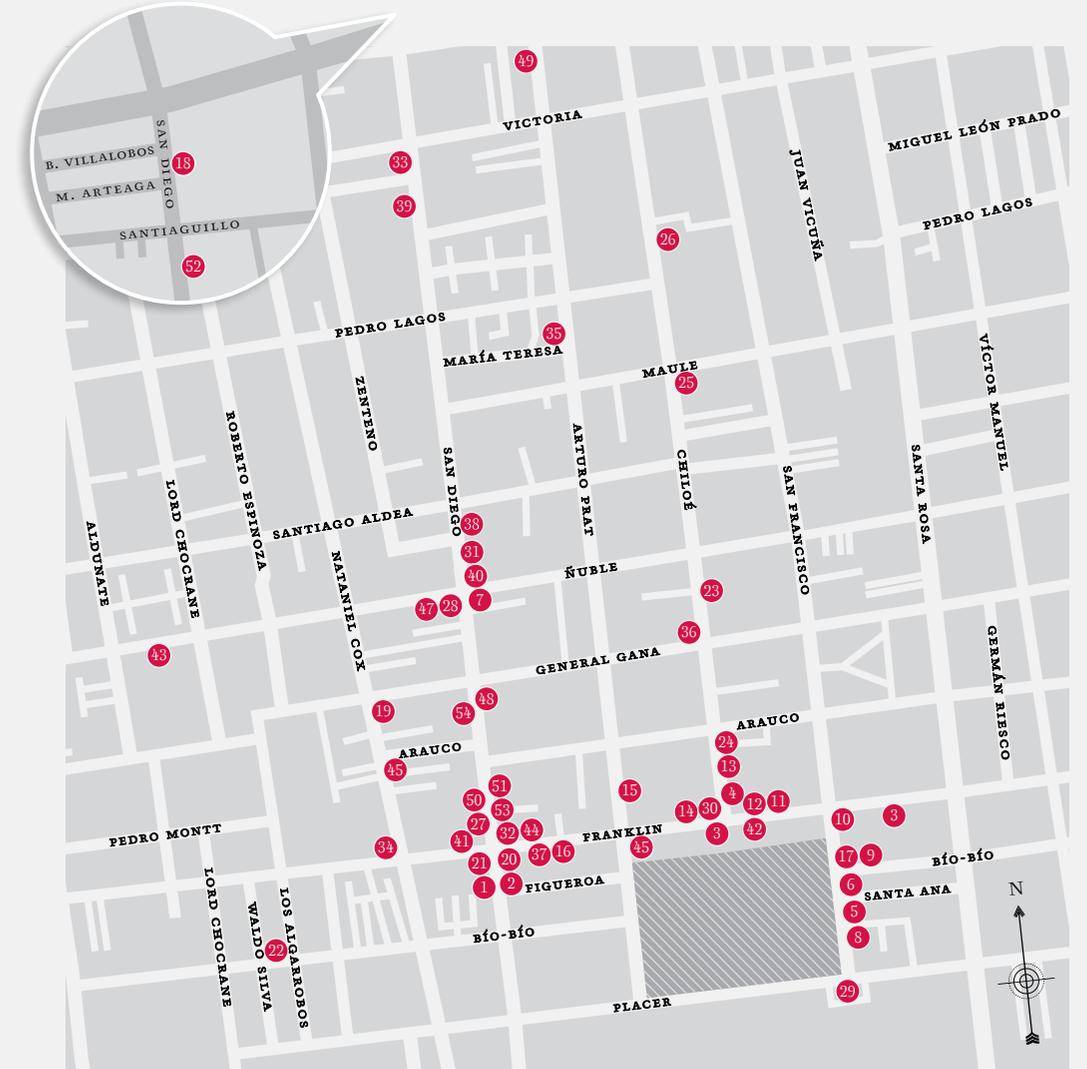
Periódico Matadero
Imprenta Marión
Posta
Comisaría
Foto-studio Chiesa
Caja de Crédito
Estación de Trenes
Matadero

Terminal de Carros
Urbanos Línea 36

COMERCIO

Botica La República
Laboratorio y Botica
García Giroz
Abarrotes Antillo
Escobar Hnos.
Emporio El Nuevo Siglo
Viña Santa Teresa Ovalle
Gran Bodega y Almacén
La Estrella
Fábrica de Helados
Excelsior
Joyería y Reljería
Taller de Composturas
El Cronómetro
Tienda y Ropería
El Carmen

Tienda El Ferrocarril
Almacén de Rubio Hnos.
Sastrería Mazo
Sastrería Casa
Nuevo Mundo
Sastrería Ronban
Pantys y Medias
La Camelia
Fábrica de Sederías
La Continental
Zapatería Elguera
Fábrica de Calzado Firna
Hortal Hnos.
Zapatería La Riojana
Suelería La Chilena
Bazar El León
Librería y Cigarrería
El Monito
Productos Electrónicos
Alberto Valenzuela





CAPÍTULO IV

SON LOS TONOS BRILLANTES, DE LA CHILENA

*Cueca centrina y Los Chinganeros**

EL PRESENTE CAPÍTULO tiene por objetivo precisar la práctica de la cueca centrina en el barrio Matadero, enfatizando las peculiaridades del canto según los conocimientos conservados en la memoria de la familia González Marabolí. A su vez, este escrito también es una presentación del disco que *Los Chinganeros* han grabado para retratar esta investigación, por lo tanto, describimos los acompañamientos musicales elegidos para interpretar el repertorio de la cueca en el Matadero, e incluimos breves reseñas sobre cada una de las cuecas interpretadas.

Hemos realizado una revisión de numerosos documentos inéditos, escritos por Fernando González Marabolí donde plasmó su teoría sobre la cueca y la cultura oral recibida de su padre Luis González Flores, apodado Lucho *El Porteño*. Accedimos a cientos de manuscritos que incluyen versos, refranes, dichos populares, anécdotas y datos sobre lugares, tanto heredados generacionalmente desde su abuelo José Santos González, como vividos por él mismo en su oficio de matarife. Como en el transcurso de este libro, los testimonios de los hermanos González Marabolí fueron fundamentales para reconstruir las letras, melodías e historias presentes en este trabajo.

* Este capítulo fue escrito con la colaboración del musicólogo Felipe Bórquez

IMAGEN: Restorán Las Tres B, Renca, archivo personal Luis Castro González.

«POR EL BARRIO MATADERO, DONDE NO CANTA CUALQUIERA»

La Cueca del Matadero

Al intentar definir y explicar la cueca que se cultivaba en el Matadero, debemos precisar que ésta posee las características estructurales del género “cueca” chilena del valle Central que ha sido descrita y estudiada por distintos autores desde el siglo XIX¹, pero a su vez posee las particularidades estilísticas distintivas de su práctica en los barrios populares de Santiago y Valparaíso². Esta cueca ha sido definida por Fernando González Marabolí como *cueca centrina* y la ha vinculado con la herencia arábigo-andaluza, tesis explicada en el libro *Chilena o cueca tradicional*, publicado junto a Samuel Claro³.

Según González, una de las principales decantaciones estilísticas en la cueca centrina está dada por su interpretación, en la que intervienen cuatro cantores que realizan un movimiento o relevo circular, es decir “por derecha”. Cada uno es protagonista en un pie de la cueca llevando la *primera voz* o melodía principal. El que lleva la primera voz encuentra un apoyo en el resto de los cantores que va haciendo segundas voces, alargando con el murmullo de su voz, la terminación del verso. Además, interviene en ese espacio, otro cantor que hace de animador. Este pequeño intervalo de tiempo lo ocupa el cantor principal para tomar aire y luego *pegar el grito*, siguiendo así con el verso sucesivo. Una vez finalizada la cueca y para continuar con el ruedo, los cantores que entonan las melodías siguientes deben fijarse de no repetir las ya interpretadas, siendo ésta una “ley tradicional”⁴. Esta habilidad, para memorizar melodías, va de la mano con los diferentes matices que los cantores deben poseer, según lo precisa González Marabolí: «esa es la cueca centrina o chilena, tiene riqueza de matices, de melismas y de inflexiones modulantes en su línea melódica, lo cual le va dando variedad, sentimiento y alegría»⁵.

Es importante el hecho que, debido al vasto repertorio de versos que los cantores manejaban, se practicaba la forma de canto con pies independientes entre en sí, sin que sea estrictamente necesaria una unidad narrativa en la cueca. Luis Araneda, cantor tradicional, cuenta que «*las cuecas se comenzaron a cantar completas no hace ni veinticinco años. Hoy día no, poh, usted saca una cueca y tiene que pegar todo, se cantan enteras...*»⁶. A este hecho, que para Luis Araneda es “natural”, Fernando González Marabolí le atribuye un significado trascendente, pues en sus palabras: «La cueca es una obra de arte. Los pies de la cueca los hace el pueblo separados y después, al ajustarlos bien, se completa la obra de arte»⁷.

Volviendo a nuestro planteamiento original, la cueca del Matadero no tiene diferencias estilísticas con la cueca centrina, sino que sus particularidades fueron dadas por el contexto social en el que se desplegó, lo que nos permite distinguir tres aspectos:

En primer lugar, las memorias de los matarifes registran un amplio número de cantores: más de ochenta de acuerdo con el testimonio de Mario González Marabolí. En segundo lugar, el barrio albergó cantores no matarifes considerados parte de las “canchas del Matadero”, como el caso del recordado comerciante Carlos Godoy Araya. Finalmente, planteamos que el funcionamiento del Matadero como una comunidad facilitó la mantención y transmisión generacional entre familias. Es en este sentido, podemos hablar de una *Escuela de Canto*.

Ante lo planteado, nos preguntamos ¿por qué la cueca encontró en el barrio Matadero un espacio de difusión? Los entrevistados coincidieron en que la abundancia del dinero propiciaba la diversión, aún sin importar cuánto se gastara en ello, lo que a su vez, habría generado un ambiente festivo donde la cueca pudo desarrollarse abiertamente:

⁶ “El Baucha”, *The Clinic*, n° 259, 11 de Septiembre de 2008.

⁷ Documentos inéditos de Fernando González Marabolí.

¹ Entre los textos más destacados están Carlos Vega, *La forma de la cueca chilena*, Ed. Universitaria, Santiago 1947. Antonio Acevedo Hernández, *La cueca*, Ed. Nascimento, Santiago 1953. Pablo Garrido, *Biografía de la Cueca*, Ed. Ercilla, Santiago 1943. E *Historial de la Cueca*, Ed. Universitaria, Valparaíso 1979. Más recientemente se ha publicado el estudio de Margot Loyola, *La cueca. Danza de la vida y de la muerte* Ed. Universitaria, Valparaíso 2010.

² Al respecto ver Rodrigo Torres, “El arte de cuequear: identidad y memoria del arrabal chileno”, en Sonia Montecinos comp., *Revisitando Chile: Identidades, mitos e historias*, Ed. Cuadernos Bicentenario, Santiago 2003. Y Julio Alegría, “La cueca urbana o ‘cueca chilenera’” en *Revista Araucaria de Chile*, n° 14, Madrid 1981, pp. 125-135.

³ Samuel Claro, Op. cit.

⁴ Documentos inéditos de Fernando González Marabolí.

⁵ *Ibidem*.

8
Ibidem.

...cuando llegaba un lote de cantores del Matadero a un restorán, toda la gente se agolpaba, se llenaba el restorán, pero en todos los restoranes cantaban. Una vez le pregunté a un maestro mío, ¿Cuántos cantores de cueca buenos habrán en el matadero? No menos de ochenta, me contestó. Y eran todos buenos, y el que no tenía condiciones no se metía en el ruedo...

En los restoranes cantaban los lotes, por ejemplo estaban trabajando y se preguntaban, “ya, dónde nos juntamos”, “donde el negro Arenas” y ahí se pescaba la cachá de carne, de asado y partíamos, imagínate llevábamos dos corderos, entre diez, mandábamos a hacer dos corderos lechones, y ahí estábamos todo el día. Se pasaba muy bien, comíamos muy bien, y es que había mucha plata, se ganaba mucha plata — MARIO GONZÁLEZ

Por su parte, Fernando González Marabolí sitúa al barrio Matadero como uno de los campos fértiles donde las prácticas de la cultura popular se reprodujeron y transmitieron a través de la oralidad:

“El arte es oral y no escrito, entiéndase bien. Lo sagrado del canto se ha mantenido así, porque el pueblo no deforma ni deja deformar. Es por ello que los antiguos cantores mantenían el canto a la rueda sólo en las cuadrillas de la güeya antigua y lejos de la mano del coloniaje extranjero”⁸.

Desde su perspectiva, el Matadero se transforma en un lugar receptor de diversos oficios populares, los que ya cargaban consigo la chilena. El barrio aloja a afuerinos, peones migrantes de todo el territorio que cultivaban la cueca de antaño, “descendiente de la güeya que los formó”. También plantea que el canto en tonos altos y encumbrados, se relaciona con la fiereza de su trabajo, a lo

que agregamos el ambiente sonoro del Matadero, el que era bullicioso debido a los quejidos de los animales dispuestos a ser beneficiados. A este estilo de canto, que González Marabolí vinculó con la herencia arábigo-andaluza, se le denominó *canto gritado*, aún asimismo con el pregón de la calle⁹, característica presente en oficios materializados en determinados ejes laborales urbanos, donde se exige la vociferación a *viva voz*. Los cantores del Matadero se destacaron por este estilo de canto y en las memorias se reivindica a quienes tuvieron voz melodiosa y podían llegar fácilmente a los tonos más altos, denominados “tonos brillantes”. De ellos, han quedado en el recuerdo los nombres de Enrique Castillo *El Pamplón*, Miguel *El Buey*, Oscar Valenzuela, todos maestros de la sección de vacunos. De la misma sección encontramos a los hermanos *Miguelito care' cacho* y *Manuel el macho* y a uno de nuestras principales fuentes, Mario González Marabolí.

De la sección de corderos se destacan Enrique Ayala y *El Huguito*, quienes además cantaban tango. Junto a ellos el *Rucio Magallanes*, y *El Corderito*, cantor de la casa de *Doña Fidela*. Este recinto, junto a la casa de *Juan de la Fuente* y a la *Chico Grueso* fueron escenarios propicios para la difusión de cueca, existiendo instrumentos especiales para su interpretación, como el piano y la batería. Era regular que los dueños de estas casas contrataran a grandes cantores, como el ya mencionado y que no ejercían el oficio de matarifes, como El *canaca*, el *Pata e' combo*, *Perico* Alfaro y *El Monigote*. Las “casas de canto” de la calle Placer fueron también muy populares, y en ellas se destaca la figura del *Ocho Monito*, *El Merino*, que vendía flores en canasto y *El Pastero*. Otros cantores, que tampoco pertenecieron al gremio de matarifes, fueron el *Cabro Sebrero* y *El timota*, comerciantes y Manuel Meneses, apodado *El taita*, que trabajó en la Laguna Negra. También aparecen algunos vinculados a los industriales, como Juan Órdenes, Alberto Vázquez y *Don Vara*, apodo de Evaristo Silva y su nieto,

9
Rodrigo Torres, Op. cit., p. 155.

10
Los Chilenos *La Cueca Brava*.
LP Emi-Odeón, Santiago 1968.

11
Ver Los Chinganeros, *Cuecas
de Barrios Populares*, C.D
FONDART, Santiago 2009.

Carlitos López, quien quedó retratado en la cueca de Luis Araneda “Romerito está tomando”¹⁰.

Para el periodo de fines de la década de 1960, los cantores recuerdan el restorán *Donde Don Víctor* que alojaba a los lotes de cantores. Pertenecía a don Víctor Carreño, y ahí tenían su punto de encuentro de Luis Téllez Viera, Luis Téllez Mellado, Luis Araneda *El Baucha* y Raul Lizama *El Perico*, quienes bajo el nombre de *Los Centrinos* grabaron el disco *Buenas cuecas centrinas*, cuya portada fue fotografiada en la puerta de este recinto. A este mismo restorán llegaban desde otros barrios de Santiago, Carlos Navarro *El Pollito* eximio intérprete de acordeón y Mario Catalán Portilla, conocido cantor de la Vega y quien ha sido sumariamente homenajeado en distintas cuecas¹¹. También debemos relevar la figura de Rafal Andrade *El Rafucho*, quien mantuvo la agrupación *Los Chinganeros* durante la década de 1980 y permitió que este nombre permaneciera representando el legado de don Fernando González Marabolí.

Entre los testimonios recopilados, existe un consenso en reconocer a Carlos Godoy Araya como uno de los más grandes cantores que tuvo el barrio. Carlos Navarro señaló que tenía “una voz melodiosa y tonos muy brillantes” y una anécdota relatada por don Fernando González señala que Godoy “dejó sin aliento a Mario Catalán al enfrentarse en un ruedo con él”. Curiosamente, siendo Godoy uno de los mejores cantores de la época, no llegó a ser registrado en los discos del periodo, explicándose ello por su voz gruesa y alta, lo que no le permitía modular finamente como era requerido por la industria discográfica. A pesar de esta carencia, hasta el día de hoy mantiene se mantiene en las memorias como uno de los más grandes.

*

«CON ARPA, GUITARRA Y PIANO»

Música e instrumentación

En el disco que elaboramos para acompañar esta investigación, hemos querido retomar el legado de la cueca centrina, tributando la música e instrumentación que acompañó a esta expresión cultural durante el siglo xx. Si los estudios relativos a la cueca chilena, han vinculado a su práctica el uso de instrumentos como la guitarra y el arpa –siendo predominante esta combinación en las cantoras de las chinganas arrabaleras decimonónicas¹²– el uso de otro tipo de instrumentos armónicos se ha asociado a los salones burgueses de fines del siglo XIX y su uso en ambientes urbanos públicos y semipúblicos, durante la primera mitad del siglo xx¹³. Entonces, su transitar de un escenario a otro le habría permitido a la cueca enriquecer su interpretación musical¹⁴ incorporando instrumentos como el piano y el tormento, propios de las casas de canto de las primeras décadas del siglo xx¹⁵. Este tránsito marcaría también la transformación del canto, puesto que hacia el siglo XIX quienes portarían la cueca serían las cantoras, definiendo que los hombres sólo ejecutarían la poesía popular sería acompañados del guitarrón¹⁶.

Don Fernando González Marabolí, en sus investigaciones, se ha distanciado de esta interpretación, dando cuenta que la *cueca centrina* que se cultivó durante el siglo xx en las casas de canto y casas de remolienda, se mantuvo en el canto popular masculino, siempre urbano, oculto y subterráneo. Ha planteado que desde los primeros años de independencia republicana, los cantores de este estilo se encontraban en las chinganas (de ahí el nombre “chinganeros”), luego de las fondas del Parque Cousiño, para pasar por las casas de canto, bares, restoranes y picás de los barrios populares, plasmándose finalmente en los discos grabados bajo este estilo entre 1967 y 1973.

12
Rodolfo Lenz, *Diccionario etimológico de las voces chilenas derivadas de lenguas indígenas americanas*, Ed. Universidad de Chile, Santiago 1979, Primera ed. facsimilar 1905-1910, p. 785-788.

13
Juan Pablo González y Claudio Rolle, *Historia social de la música popular en Chile, 1890-1950*. Ed. PUC, Santiago 2005, p. 312.

14
A esta teoría adhiere la escuela de estudio del folklore chileno surgido en la Universidad de Chile en la década de 1940. Ver Eugenio Pereira Salas, *Los Orígenes del Arte Musical en Chile*, Imprenta Universitaria, Santiago 1941, p. 283.

15
Juan Pablo González y Claudio Rolle, Op. cit., p. 313.

16
Rodolfo Lenz, Op. cit. Y *Sobre la poesía popular impresa en Santiago de Chile*, Centro Cultural de España, Santiago 2003, primera ed. 1919, p. 25. Y Eugenio Pereira Salas, Op. cit.

17
Samuel Claro, Op. cit., p. 16.

18
Ibidem, p. 131.

19
Ibidem, p. 132.

En esta cueca, siguiendo lo señalado por González Marabolí, existiría una particular dicotomía entre el cantor y el músico. El cantor de cuecas no ejecutaría instrumentos armónicos, sino solamente percusiones como el pandero o el tañador¹⁷. Esta concepción sitúa el canto en un nivel de importancia mayor que el acompañamiento instrumental que funcionará como una base sobre la cual los cantores se apoyan y, al mismo tiempo, debe estar en sincronía con la expresividad del canto. Asimismo, González señala que esto se debe a las características heredadas de la música arábigo-andaluza «la música árabe comenzó, se desarrolló y perduró siendo principalmente vocal, el instrumento tenía por oficio acompañar la voz humana [...]»¹⁸. Reforzando esta idea, dice que «el árabe miraba con desagrado la música instrumental porque era sin poesía, sin canto ni baile. Los instrumentos musicales fueron creados sólo para acompañar la voz humana, nada más que instrumentos de sonidos cortados. Es tal como ahora difunden un tango sin alma, porque le hacen cambios de instrumentación y le sacaron el canto»¹⁹.

Desde este punto de vista, el acompañamiento musical tiene por función darle el énfasis y la base que el cantor necesita para desplegar su potencia vocal. Por ello, *Los Chinganeros* han optado por esta disociación, en la cual el cantor queda libre de instrumentos armónicos y sólo se conecta con la melodía a través la base rítmica que puede generar golpeando la mesa o haciendo chocar dos platillos, cucharas, tocando pandero u otro elemento que se tenga a mano, dependiendo del contexto.

Por lo anterior, en el disco presentamos tres cuecas en el estilo *canto a la rueda* y hemos elegido este formato para darle fuerza a la interpretación de estos versos que aluden al arduo trabajo desarrollado por los matarifes. Se usó como acompañamiento el tañador, ejecutado virtuosamente por Mario González Marabolí, articulador principal de las memorias impregnadas en este manuscrito.

Bajo los principios expuestos anteriormente, el acompañamiento musical que hemos utilizado para este disco, se inspira en los músicos de la cueca urbana de mediados del siglo XX, a cuyo legado accedimos a través de las grabaciones discográficas que ellos realizaron. Concebimos que dichas grabaciones fueron la cristalización de un formato de interpretación según los parámetros exigidos por la industria disquera. Por ello, para conocer la actividad cotidiana de los músicos, indagamos mediante entrevistas y conversaciones con antiguos cultores de la tradición.

Cada cueca se inicia con una introducción musical que se ejecuta con las funciones armónicas de tónica y dominante. Esta *salida* (como se le denomina entre los músicos populares), puede ser un arreglo preparado entre varios instrumentos o de manera individual y cada músico posee su repertorio de salidas que lo caracteriza. En sesiones informales, esta introducción se puede improvisar y su duración puede oscilar entre uno y dos compases, tras los cuales el cantor pega el grito entonando una melodía afín a la tonalidad expuesta, iniciando el ciclo del canto que ya explicamos.

La música de la cueca está emparentada estrechamente con otros ritmos musicales modernos, que tenían espacio de difusión en la radio y en los diferentes lugares de entretención. Por ello, es que muchos de los músicos que grabaron para las producciones cueca, tenían experiencia también en la ejecución de otros ritmos de música popular latinoamericana (como vals peruanos, tangos y boleros) o bien, norteamericana (principalmente jazz, fox-trot). Casos emblemáticos fueron el del contrabajista Ivan Cazabón y el pianista Rafael Traslaviña, ambos integrantes del cuartetos *Los Ases Chilenos del Jazz* y reconocidos músicos de los discos de cuecas urbanas. Otro caso es el acordeonista Carlos Navarro, integrante de *Los Chileneros* y de *Los Chinganeros*, intérprete de tangos y boleros y quien nos explicó su técnica



IMAGEN: Fernando González
Marabolí, Luis Araneda y
Hernán Nuñez, Restorán
Las Tres B, Renca, archivo
personal Luis Castro González.

iniciada primariamente en el acordeón de botones para luego utilizar el acordeón piano. Otros músicos que dejaron su huella en nuestro grupo fueron los arpistas Alberto Rey, del reconocido *Dúo Rey Silva*, a quien estudiamos vía producción musical; y a José Veliz, quien grabó en el disco de *Los Centrinos* y nos entregó parte de sus conocimientos.

Sin duda, uno de los músicos que marcó un hito en la historia de la cueca registrada, fue Humberto Campos, cuya guitarra tiene un sello característico. Su legado quedó plasmado en innumerables registros fonográficos, y sus introducciones y arreglos a tres y cuatro guitarras fundaron una verdadera escuela de este instrumento. También reconocemos la herencia que dejó Roberto Parra, y sus introducciones, las que también nos inspiraron.

Estamos conscientes que estos datos son una simple exposición de nuestras experiencias en tanto músicos autodidactas, y que aún queda por hacer una investigación profunda y extendida de los intérpretes que le dieron vida a la cueca urbana popular durante siglo xx. Este disco, es sólo una primera aproximación a un trabajo de investigación musical, en el cual pretendimos darle importancia a cada instrumento, y permitirle su brillo propio.

La guitarra ha sido históricamente el instrumento que ha acompañado la música popular latinoamericana, principal herencia del arte musical español. Adquirió popularidad por su tamaño pequeño, fácil transporte y también su rápida construcción, lo que permite que pueda ser elaborada en talleres artesanales locales, aumentando rápidamente su construcción. La guitarra (junto al piano, acordeón y el arpa) tiene la facultad de permitir evocar la melodía de la cueca que se va a interpretar, preparándole la *cancha* al cantor.

Para este disco, hemos grabado las cuecas “Y un cazador fue a cazar”, “Paloma que vas volando”, “Y antes del toque 'e campana” y “No es el viejo Matadero” a tres guitarras, usando la combinación de dos guitarras melódicas y una tercera

de acompañamiento. El arreglo de tres guitarras es propicio para darle intensidad y un carácter melancólico a las melodías.

Otro instrumento histórico es el arpa, que si bien tiene una larga tradición en el canto femenino, se incorporó a la cueca urbana en la interpretación masculina. El uso del arpa en las casas de canto, era apreciado porque su sonoridad tomaba mayor volumen y color en los pisos de madera de dichas casas. En el trabajo sonoro que acompaña el libro nuestro arpista tomó arreglos hechos por Alberto Rey y utilizó la técnica enseñada por Jose Véliz, de la décima y ataques sobre pulso. Se puede apreciar su virtuosidad especialmente en las cuecas “Vamos niña al Matadero”, “Cuando te toque pararte”, “Jugueteando, jugueteando” y “Querer y no ser querido”.

El piano es uno de los instrumentos más enriquecidos al momento de interpretar música, puesto que se pueden hacer melodías y acordes al mismo tiempo. En este disco lo hemos resaltado por predominar especialmente en los salones y casas de canto y se proyecta solitariamente en la introducción de “Cantemos querido amigo”, inspirada en la versión de “La Corina Rojas” grabada por *Los Chileños*²⁰. El piano, junto a la batería, son instrumentos que permiten marcar firmemente el compás.

El contrabajo tiene un vínculo más contemporáneo con la cueca. Se integra a la música popular desde el jazz para colaborar en la base rítmica. En “Manuel el Bonete Grande” este instrumento cobra protagonismo con una introducción solo y un desarrollo usando distintas variaciones rítmicas y melódicas, en la cual hemos querido exponer la profundidad y gravedad de su sonido.

Otro de los instrumentos de larga presencia en la organología de la música popular chilena, es el acordeón, creado en la primera mitad del siglo xviii, tuvo amplia difusión en nuestro país, debido también a su tamaño pequeño que facilita su posibilidad de traslado. En este disco se puede apreciar su

20

La Cueca Centrina, LP
Emi-Odeón, Santiago 1967.

21

Los Centrinós, *Buenas cuecas centrinas*, LP Emi-Odeón, Santiago 1971.

22

Se le llamaba chimbero a un tañador tocado por los cantores del barrio de La Chimba.

23

Para ejemplos desarrollados ver Luis Castro González, “El canto a la rueda y las casas de canto”, en Micaela Navarrete y Karen Donoso, *Y se va la primera. Conversaciones sobre la cueca*. Ed. LOM-DIBAM, Santiago 2010.

interpretación en la introducción a “Jue la gloriosa chingana”, la cual se inspiró en la creada por Rafael Berríos “El Rabanito” para la cueca “Plaza O’higgins y Almendral”²¹.

La batería marca una potente base rítmica que le da expresividad a todo el conjunto, además marca las cuatro vueltas de la danza o la entrada del pie de cada cantor. Este instrumento remite a las casas de canto, donde fue ampliamente usada y reemplazó el uso del *chimbero*²². Hemos seleccionado este instrumento para ser parte de las cuecas interpretadas “a toda orquesta” como “José María Pañuelo” y las de la temática Homenaje al Matadero, ya que éstas son un tributo de lo que es nuestro grupo hoy, con las historias que hemos plasmado en este libro. Consideramos que el aporte de *Los Chinganeros* ha sido el poder integrar en una gran orquesta una amplia variedad de instrumentos, sin perder el protagonismo del canto, principal característica de lo que hemos reconocido como cueca centrina.

«DEL BARRIO MATADERO, LOS CHINGANEROS»

Crónicas en la cueca centrina

Hemos considerado necesario entregar algunos detalles de las cuecas registradas sonoramente en este trabajo, aportando datos sobre el autor o recopilador de la letra, procedencia de la melodía, y una breve reseña que explica su selección. También hemos incluido la muletilla que se ha utilizado y que da cuenta de la forma que adoptó el canto, ya sea *cueca derecha*, con *requiebro*, con *muletilla corta* o *larga*²³. Hemos dividido la presentación de estas cuecas en cuatro temáticas:

I. TRABAJO EN EL MATADERO

Estas cuecas describen el trabajo desarrollado dentro del Matadero en tres fases: el ingreso a la jornada laboral, la matanza del novillo y la venta de los subproductos. Las hemos interpretado en el estilo canto a la rueda, para traducir en el canto la fortaleza de los cuadrinos, posibilitado por la capacidad interpretativas de los cantores.

La cueca “Despierta pues cuadrinito” fue registrada anteriormente en tres ocasiones. La primera se realizó en la década de 1940, por el conjunto *Los Alamitos* en grabación para el sello RCA Víctor²⁴. Posteriormente *Los Chileneros* la incluyeron en el disco *La cueca centrina* y en 1970 fue registrada por *Los Centrinós del Matadero* en el disco *Cuecas con escándalo*, para el sello RCA Víctor.

II. RESTORANES Y PICÁS

En esta temática, hemos seleccionado algunas cuecas que eran populares a mediados del siglo XX, y que se interpretaban en restaurantes y picás del barrio Matadero. Algunas de ellas fueron registradas con otras versiones como “Y un cazador fue a cazar”, grabada primariamente por *Los Quincheros* con el título “El cazador de patos”, a fines de la década de 1930²⁵ y posteriormente por el *Dúo Mesías Lizama*²⁶ con la misma melodía y muletilla que usamos en este disco.

Asimismo, la copla de “Cantemos querido amigo” fue registrada por el *Dúo Rey Silva*, *Segundo Zamora* y *Los Hermanos Lagos*²⁷. La versión que hemos obtenido de la familia González Marabolí, se utiliza la expresión *paso mause*, que hace referencia a la marcha militar. También se grabó la seguriya de la cueca “Vamos niña al Matadero” en una versión titulada “Me gustan los matanceros” interpretada por el poeta popular Lázaro Salgado²⁸.

24

Datos obtenidos de Catálogo discográfico. Patrimonio de la música chilena. Recurso virtual, disponible en <http://cdisc.redinvent.cl/index.php/discograma/details/id/2/disc/2>

25

Datos obtenidos de Felipe Solís Poblete, *Cancionero discográfico de cuecas chilenas*. Disponible en www.cancionerodecuecas.cl, FONDAART, 2011.

26

La Cueva Centrina, LP Emi-Odeón, Santiago 1969.

27

Dúo Rey Silva en discos *Cuecas* (1963) y *Las cuecas de siempre* (1969). Segundo Zamora en *Cuecas pa' los guatones* (1967). Y Hermanos Lagos en *Santiago de Fiesta* (1966) en Felipe Solís, Op. cit.

28

Registro sonoro en *El pueblo en fiesta. Músicas tradicionales de Chile* CD Selección sonora y textos Mariana León, Ignacio Ramos, Rodrigo Torres. Archivo e Música Tradicional Chilena, Centro de Documentación e Investigación Musical, Universidad de Chile, 2007.

29

Ver Marco Fernández,
Op. cit., p. 85-88.
Y Eugenio González, Op. cit.

III. CRÓNICAS DEL MATADERO

Estas crónicas son testimonios de distintas anécdotas comentadas por los matorifes. “Don Roja del Matadero” fue un afortunado industrial, que apostó todos sus bienes en el Derby de Viña del Mar y resultó ganador. Debido a la suerte que tuvo en ese evento, fue apodado el “raja” Valenzuela. “Manuel el Bonete Grande” da cuenta de la vida de los salteadores, muchos de los cuales llegaban a remoler al Matadero.

Por otro lado, “Antes del toque'e campana”, relata un duelo recordado por Fernando González, en el que se enfrentaron dos personajes, *Cholo Pancho* (un trabajador peruano) y el *Chino Pinto*. Finalmente “José María Pañuelo” alude a los presos de la Isla de Más Afuera como se denominó a la colonia penal establecida en la Isla de Juan Fernández en el siglo XIX²⁹, quienes también cultivaron el arte de la chilena.

IV. HOMENAJE AL BARRIO MATADERO

Estas composiciones fueron escritas con posterioridad al cierre del Matadero, rememorando aquellos lugares míticos del cultivo de la cueca. “No es el viejo Matadero”, por su parte, cristaliza el relato de un pasado glorioso y “Y al barrio del Matadero” corresponde al homenaje que hacemos a los antiguos cantores del barrio. “Jue la gloriosa chingana”, tiene un significado especial para el grupo, ya que la letra y melodía fueron revisadas por Fernando González Marabolí, quien dejó plasmado en su legado que *Los Chinganeros* debían grabarla. Por ello, la elegimos para coronar nuestro disco.

REPERTORIO

*Cuando estará mi hijo
en el cuadro del Matadero.*

*Pana pa' los paires,
gofe pa' los perros.*

*Después de Dios,
'ta el Matadero
¿o no paisano?*

DESPIERTA PUES CUADRINITO

*Despierta pue' cuadrinito
Que es hora de madrugar
Ya tocaron la campana
Y es preciso trabajar*

*Ya vienen los cuadrinos
A su trabajo
Con sus ricas cuchillas
Pegando tajos*

*Pegando tajos, sí
Son los cuadrinos
Que ganan mucha plata
Pa' tomar vino*

*Siempre constante y fino
Son los cuadrinos*

✖

Letra: Recopilación Fernando González Marabolí

Melodía: Tradicional

Muletilla: A pata pelá

Temática: Trabajo en el matadero

HAY QUE LACEAR EL NOVILLO

*Hay que lacear el novillo
Y arriarlo a la matanza
Sujetando bien la cola
Y puntiar como Dios manda*

*Tirando baldes de agua
Para enfriarlo
Pelar pata y cabeza
Pa' descuerarlo*

*Pa' descuerarlo, sí
Colgar primero
Pesca la sierra y l'hacha
Sacó el enre'o*

*Otro más a la cuenta
A la sala venta*

✖

Letra: Fernando González Marabolí

Melodía: Familia González Marabolí

Forma: Cueca derecha o con caramba

Temática: Trabajo en el matadero

PATA 'E CORDERO Y GUATITA

*Pata 'e cordero y guatita
Va carga'o a la cabeza
Con la talla a flor de labio
Y repartiendo finezas*

*Por la calle San Diego
Viene el guatero
Trae chunchules gordos
Sangre 'e cordero*

*Sangre 'e cordero, sí
Y es por su cuenta
De la calle Huemul
Sacó la venta*

*Firmeza el canastero
Son los guateros*

✖

Letra: Fernando González Marabolí

Melodía: Familia González Marabolí

Forma: Los ayes del cante

Temática: Trabajo en el matadero

VAMOS NIÑA AL MATADERO

*Vamo' niña al Matadero
Que la carne está barata
Cuatro cortes dan por veinte
Y una malaya de llapa*

*Lo primero que ofrecen
Todo cuadrino
Mollejas y chunchules
Y un trago 'e vino*

*Y un trago 'e vino, sí
También ofrecen
Un pañuelito lacre
Para ponerse*

*La mujer pierde el tino
Por un cuadrino*

✖

Letra: Tradicional, recopilación Luis Castro González

Melodía: Familia González Marabolí

Forma: Cueca derecha o con caramba

Temática: Repertorio de restaurantes y picás

Y UN CAZADOR FUE A CAZAR

*Y un cazador fue a cazar
Patito'a la laguna
Salió la pata y le dijo:
"Cazaré pero las pluma"*

*Cazador silencioso
Qué andai haciendo
Despertando las aves
Que están durmiendo*

*Que están durmiendo, sí
Paloma al monte
Si el cazador te agüaita
Detrás del bosque*

*Vuela paloma al monte,
Detrás del bosque*

✖

Letra: Recopilación familia González Marabolí
Melodía: Tradicional
Muletilla: Paisana, ay sí
Temática: Repertorio de restaurantes y picás

PALOMA QUE VAS VOLANDO

*Paloma que vas volando
Y en el pico llevas flores
Adivino, adivinando
Que también tienes amores*

*La palomita blanca
Me dejo solo
Cada vez que me acuerdo
Que triste lloro*

*Que triste lloro, sí
Que triste llanto
Que por una paloma
Yo sufro tanto*

*Y aroma, aroma, aroma
Blanca paloma*

✖

Letra: Luis González Flores, recopilación Luis Castro González
Melodía: Familia González Marabolí
Muletilla: Ay, rosedá, ay libertá
Temática: Repertorio de restaurantes y picás

QUERER Y NO SER QUERIDO

*Querer y no ser querido
Y es una pena muy grande
Pero más pena es morir
Sin haber querido a nadie*

*Si es por que te parece
Que no te quiero
Sabes que te idolatro
Que por ti muero*

*Que por ti muero, sí
No digas eso
No hay cosa más terrible
Que un menosprecio*

*Si los dos nos queremos'
Porqué sufrimo'*

✖

Letra: Luis González Flores, recopilación Luis Castro González
Melodía: Familia González Marabolí
Muletilla: Negra del alma – bajo la palma
Temática: Repertorio de restaurantes y picás

JUGUETEANDO, JUGUETEANDO

*Jugueteando, jugueteando
Me jugaste la traición
Guardaíta te la tengo
Dentro de mi corazón*

*Como las mariposas
Que andan volando
Y así andará mi negra
Carabeleando*

*Carabelando, sí
Negra variable
Las penas de la vida
No son estable*

*Miren como hacen cosa
Las mariposa*

✖

Letra: Luis González Flores, recopilación Luis Castro González
Melodía: Familia González Marabolí
Muletilla: Como correteando, como jugando
Temática: Repertorio de restaurantes y picás

CANTEMOS QUERIDO AMIGO

*Cantemos querido amigo
To'íto en reunión
Con una cuequita mause
Se no' alegra el corazón*

*Pa' cantar esta cueca
Hay que entonarse
y echarles los repiques
De paso mause*

*De paso mause, sí
No digo nada
Me doy la media vuelta
Paso 'e parada*

*Me paro y saco pecho
Tranco derecho*

✖

Letra: Luis González Flores, recopilación Luis Castro González

Melodía: Tradicional

Forma: Cueca derecha o con caramba

Temática: Repertorio de restaurantes y picás

DON ROJA DEL MATADERO

*Don "Roja" del Matadero
Fortario para gastar
Salió a remoler con canto
Y navega en alta mar.*

*Y el jugador más grande
Pa' tóo juego
Fue el "raja Valenzuela"
Del Matadero*

*Del Matadero, sí
Y en carretela
Van a los frutillares
De Santa Elena*

*Corren a la chilena
En Santa Elena*

✖

Letra: Fernando González Marabolí

Melodía: Familia González Marabolí

Forma: Cueca derecha o con caramba

Temática: Crónicas del Matadero

Y ANTES DEL TOQUE 'E CAMPANA

*Y antes del toque 'e campana
Se vio el duelo más menta'o
Se paraba el Chino Pinto
Y el Cholo Pancho Colla'o*

*Y en la plaza 'e los toros
De pecho al frente
Como le hacen los buques
Se ven la suerte*

*Se ven la suerte, sí
De madrugada
Se paran los cuadrinos
Y a puñaladas*

*Ya cayó el Cholo Pancho
Guapo 'e los chanchos*

✖

Letra: Fernando González Marabolí,

recopilación Luis Castro González

Melodía: Familia González Marabolí

Forma: Cueca derecha o con caramba

Temática: Crónicas del Matadero

MANUEL "EL BONETE GRANDE"

*Manuel jué el Bonete Grande
Saltea'or jué el ajuerino
Paró 'onde la chusma brava
Fue la ley de los caminos*

*Pisó firme en la güeya
De pecho al frente
Con el choco en la mano
Se vio la suerte*

*Se vio la suerte, sí
Carga'o al oro
Paraba a remoler
Donde los toro*

*Y así jué el ajuerino
De los caminos*

✖

Letra: Luis Castro González

Melodía: Familia González Marabolí

Muletilla: Y así no más jué

Temática: Crónicas del Matadero

JOSÉ MARÍA PAÑUELO

*José María Pañuelo
Ya no es más que una bandera
Porque volvieron los choros
De la isla 'e "Más Afuera"*

*De las casas de gira
Tengo presente
La de doña Fidela
Juan de la Fuente*

*Juan de la Fuente, sí
Los presidiarios
Tienen más gorgoreo
Que los canario*

*Ya formaron los choro
La rueda de oro*

✖

Letra: Fernando González Marabolí.

Melodía: Tradicional

Muletilla: Ay tiquitiqui, allá va – ay ninanina naná

Temática: Crónicas del Matadero

Y AL BARRIO DEL MATADERO

*Al barrio del Matadero
Jué de guapos y cantores
Y el canto jué a la alta escuela
Y el que reinó en los salones*

*El Oscar Arriagada
Voz soberana
Cantor apadrona'o
De la chingana*

*De la chingana sí
Los medio pito
Tiene el Cato Miranda
Y el Corderito*

*Guapos del Matadero
Flor de cuequeros.*

✖

Letra: Luis Castro González

Melodía: Familia González Marabolí

Muletilla: Sí, ayayay – sí, ayayay

Temática: Homenaje al barrio Matadero

NO ES EL VIEJO MATADERO

*No es el viejo Matadero
De los cuadrinos glorioso
Que 'ran ciego sordo y mudo
Guapo, cantor y habiloso*

*Cuando tomo con canto
Botó el dinero
Porque despue' de Dios
'Ta el Matadero*

*'Ta el Matadero, sí
Qué tomatera
Con mujer' en Victoria
O en carretela*

*Vamo' en carretela
Pa' Santa Elena*

✖

Letra: Fernando González Marabolí

Melodía: Tradicional

Forma: Cueca derecha o con caramba

Temática: Homenaje al barrio Matadero

JUÉ LA GLORIOSA CHINGANA

*Jué la gloriosa chingana
Las canchas del Matadero
Donde esta la flor y nata
De los grandes chinganeros*

*Y el barrio Matadero
Jué respecta'o
Por toda la gallá
De rotos bravos*

*De rotos bravos, sí
Y a la alta escuela
Mantuvieron el arte
De la chilena*

*Del barrio Matadero
Los Chinganeros*

✖

Letra: Luis Castro González

Melodía: Familia González Marabolí

Forma: Los ayes del cante

Temática: Homenaje al barrio matadero



LOS CHINGANEROS



POR LA GÜEYA DEL MATADERO

MEMORIAS DE LA CUECA CENTRINA

DIRECTOR GENERAL

Luis Castro González (*voz y pandero*)

CANTORES

René Alfaro Parra (*voz, pandero, platillos y tormento*)

Carlos Godoy Hernández (*voz*)

MÚSICOS

Felipe Bórquez Aguilar (*acordeón, piano, pandero, palmas, segunda voz*)

Cristian Campos Ascencio (*guitarra*)

Manuel Espinoza Giménez (*arpa*)

Marco Palma Vargas (*guitarra, piano*)

Rodrigo Pinto Cabezas (*guitarra, segunda voz*)

Jorge Salinas Andrade (*batería*)

Giancarlo Valdebenito González (*contrabajo, segunda voz*)

INVITADOS

Eduardo Godoy Hernández (*voz*)

Mario González Marabolí (*cuchillo y astil, verso y dicho popular, tañador*)

Sergio González Marabolí (*relato*)

PRODUCCIÓN MUSICAL

Felipe Solís Poblete

SONIDO, MEZCLA Y MASTERIZACIÓN

Gonzalo González, en Estudios TRIANA (www.estudiostriana.cl)

GRABADO LOS DÍAS 30 DE ABRIL Y 1 DE MAYO 2011

CAPTURA SONIDO DIRECTO DEL MERCADO MATADERO 22 DE MAYO 2011

I. TRABAJO EN EL MATADERO

1. *Despierta pues cuadrinito*

2. *Hay que lacear el novillo*

3. *Pata 'e cordero y guatita*

4. *Vamos niña al Matadero*

II. RESTORANES Y PICÁS

5. *Y un cazador fue a cazar*

6. *Paloma que vas volando*

7. *Querer y no ser querido*

8. *Jugueteando, jugueteando*

9. *Cantemos querido amigo*

REPERTORIO

III. CRÓNICAS DEL MATADERO

10. *Don Roja del Matadero*

11. *Y antes del toque 'e campana*

12. *Manuel el Bonete Grande*

13. *José María Pañuelo*

IV. HOMENAJE AL BARRIO MATADERO

14. *Relato*

15. *Y al barrio del Matadero*

16. *No es el viejo Matadero*

17. *Fue la gloriosa chingana*



C O L O F Ó N

Y

E S T A

P R I M E R A

edición se terminó

de imprimir en el mes de

junio del año 2011, en medio de

grandes y diversas movilizaciones sociales

de sur a norte del país; mientras el complejo volcá-

nico Puyehue-Cordón Caulle, ubicado en la x región de Los

Lagos, entró en feroz erupción. ¶ Se imprimieron quinientos ejem-

plares en papel Bond ahuesado de 80 grs. para el interior, y papel Hilado blanco

de 180 grs. para envolver la tapa. La encuadernación es rústica. Para la composición

de los textos se utilizó la tipografía Berenjena Blanca y Berenjena Blanca Itálica, con sus

variantes versalitas y mayúsculas *swash*. Los títulos y destacados fueron compuestos con la tipografía

Mazúrquica en sus variantes de peso: media y pesada. Ambas fueron diseñadas en Santiago de Chile.

